



La Esfera

AÑO XV.—NÚM. 766

MADRID, 8 SEPTIEMBRE 1928

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

Director: FRANCISCO VERDUGO



Visita regia al Sanatorio de Pedrosa, en Santander

Su Majestad la Reina Doña Victoria, acompañada del director del Sanatorio Antituberculoso de Pedrosa, viendo á uno de los pequeñuelos sometidos á tratamiento en el magnífico Establecimiento costeado por el Estado para niños pobres (Fot. Del Río)

LOS BASTIDORES DE LA HISTORIA

ESPAÑA Y NAPOLEÓN I

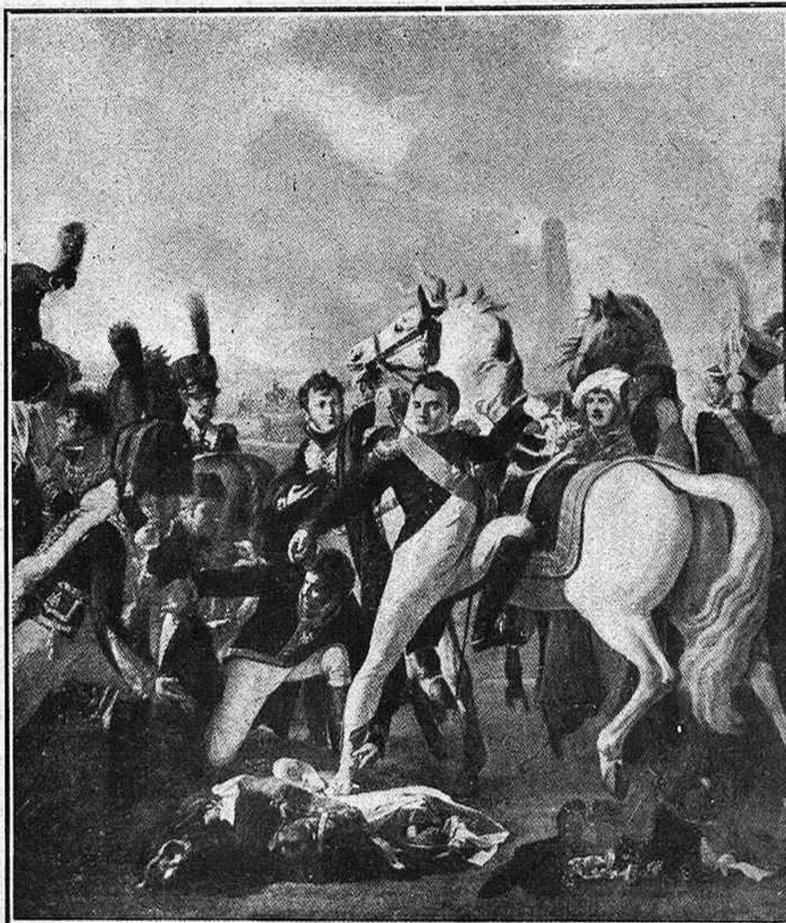
(Confidencias del Emperador)



«Paso del monte de San Bernardo por los ejércitos de Napoleón»,

EL duque de La Force, académico francés, muy y excelentemente reputado por sus trabajos históricos, está publicando en la *Revue de Deux Mondes* un interesantísimo fragmento de las memorias de Armando Luis Agustín de Caulaincourt, duque de Vicenza, á que ha puesto por rótulo *En trineo con el emperador*.

Caulaincourt era, efectivamente, en el año 1812, caballerizo mayor del Emperador, y por tal calidad y por el afecto que á Napoleón merecía, hizo con él aquel precipitado y misterioso viaje hecho para anticiparse en París á las noticias de los desastres de Rusia: «En el actual estado de cosas —había dicho Napoleón á su compañero de viaje antes de partir— no puedo imponerme á Europa más que desde el palacio de las Tullerías»; y para llegar á tiempo de imponerse una vez más, realizó de riguroso incógnito, separándose de su ejército, de la Grande Armée, cautelosamente, la noche helada del 5 de Diciembre de 1812, aquel viaje de catorce días, sin descanso, caminando casi siempre sobre nieve, con temperaturas que llegaron hasta 25 grados bajo cero, perdiendo su reducida escolta en vein-



«Napoleón herido en Ratisbona», cuadro de Gautherot, de la Galería de Batallas, de Versalles

cuadro de Theremin, que se conserva en el Museo de Versalles

ticuatro horas y llegando al cabo á París, donde, para entrar en las Tullerías, Caulaincourt tuvo que despertar al correo Amodru, que desde Mana, por lo menos, vencido por la fatiga, dormía sobre su caballo galopante.

El duque de Vicenza pinta muy bien en esas memorias los incidentes del viaje, y el duque de la Force ha reunido muy bien, encomiándolos, esos relatos:

«Ved á Caulaincourt en el coche del Emperador mismo, que se hace pasar por secretario del duque de Vicenza, con el nombre de M. Rayneval. Cerca del coche, un polaco, el valiente Wonsowier, á caballo, y á caballo, como él, Rouslán, los picadores Amodru y Fagalde. En un carricoche les siguen el duque de Frioul y el conde de Lobou, y en otro, el secretario, barón Jain, y el ayuda de cámara Constant...

«Ved á los dos viajeros, á las once de la mañana del 10 de Diciembre, llegando á Varsovia, no en el coche confortable, pero inútil para caminar sobre hielo, del Emperador, sino en un vehículo comprado en el camino á un senador polaco, el conde de Wybichi: en una caja vieja que fué



«María Luisa Romolino, madre de Napoleón», cuadro de Gerard

que nos mueve á relatarlo. Ello demuestra que España fué entonces, una vez más, el campo de batalla donde los extraños vinieron á dirimir sus contiendas. Napoleón no sostenía sus ejércitos en la Península contra los españoles, sino contra los ingleses. La presencia de los ingleses era, según el Emperador, el mayor obstáculo para la pacificación de España; pero prefería verlos en ese país, á que le amenazaran constantemente en Bretaña, en Italia, en todos los lugares con costas accesibles. Sabía entonces dónde ir á buscarlos, mientras que si no estuviesen ocupados aquí, habría de cuidar de ponerse á la defensiva en muchas partes; lo que le exigiría muchas más tropas, le proporcionaría muchas inquietudes y podría hacerle más daño.

«Si treinta mil ingleses—me decía (escribe Caulaincourt)—desembarcasen en Bélgica ó en el Paso de Calais, pusieran á contribución trescientos pueblos y fuesen á quemar el castillo de Caulaincourt, nos harían más daño que obligándome á sostener un ejército en España... Los ingleses juegan el juego que me conviene; aunque yo pagara á sus ministros, no me servirían mejor. Hay que guardarse de publicar estas reflexiones; pero si les diese la idea de hacer incursiones, ora en un punto, ora en otro, de mis costas, reembarcándose tan pronto como se hubiera reunido un ejército para contenerles y apareciendo en otro lugar, la partida sería muy desfavorable.

«En realidad, la guerra de España no me cuesta más que cualquier otra defensa obligada contra Inglaterra...»

Napoleón lamentaba sólo que Inglaterra hubiese encontrado en la venta de sus productos á las colonias españolas de América una compensación de lo que las haría perder con el bloqueo continental, y presentía la independencia de esas colonias, que «cambiaría la política del mundo». Se equivocaba al juzgar la orientación del cambio, que, según él, convertiría á aquellos países en auxiliares de los Estados Unidos y sería una amenaza para Inglaterra.

«En cuanto las colonias—dijo—se sienten bastante fuertes para resistir; quieren sacudir el yugo del que las ha creado. La patria es el lugar en que se habita, y se olvida muy pronto que uno mismo ó su padre ha nacido bajo otro cielo. La ambición acaba lo que el interés ha comenzado. Se quiere ser algo en el propio hogar y el yugo es rápidamente sacudido.»

Caulaincourt objetaba al Emperador el efecto moral que producía en los pueblos la resistencia de la nación española, haciéndole observar que era una equivocación no contar con el ejemplo para nada, y recordándole las palabras



EL PRINCIPE DE LA PAZ

roja y que, montada sobre un trineo, vuela sobre la nieve. Por las cuatro enormes ventanas con cristales helados, encuadradas por bastidores apolillados, los raros paseantes, medio muertos de frío, no pueden ver la pelliza verde con brandemburgos de oro del Emperador, ni el gorro forrado que le tapa la mitad de la cara. Apenas si miran distraídamente á Napoleón cuando desciende del trineo en el puente de Praga y, con su compañero de viaje, cruza á pie parte de la ciudad.

«Ved al Emperador en el hotel de Inglaterra injuriando á su embajador, el abate de Pradt, arzobispo de Malinas. Se pone á comer. No tiene apetito. «Los negocios alimentan», gruñe.

«Vedle en Dresde, en la berlina del rey de Sajonia; más lejos, en Eisenach, en grave riesgo de no tener caballos, si Caulaincourt, sacando la espada, no hubiese acogotado al maestro de postas.

«Vedle en Verdún, en Mens. «Aunque estamos á mitad de Diciembre—escribe Caulaincourt—, nos parece que hemos entrado en la primavera. Ha substituído á la nieve un barro horrible. Los postillones, que han reconocido al Emperador, nos llevan á un paso infernal.» El 19 de Diciembre la silla de postas rueda sobre el piso de Pa-

rís; pocas rodadas más, y estarán en la plaza del Carrousel...

«¡Qué cuadro el del Emperador pasando á galope tendido bajo el Arco de Triunfo, deteniéndose ante la puerta central de las Tullerías; bajando del coche ante las miradas de los centinelas, que le toman por un oficial portador de despachos, bajo la mirada mal despierta del suizo, que le mira de arriba á abajo y acaba por exclamar: —¡Es el Emperador!

«Y el Emperador entra en las habitaciones de la Emperatriz, diciendo: «¡Buenas noches, Caulaincourt; también tú necesitas descansar!...» En aquel momento el reloj daba tres campanadas. Eran las doce menos cuarto de la noche.

«Durante aquellos catorce días, el duque de Vicenza conversó constantemente con el Emperador, á quien la confianza absoluta en su compañero de viaje lanzó á las más sinceras confidencias.

«—Jamás—le había dicho al comenzar el viaje—tuvo un hombre tan larga conversación con su soberano. Este viaje será un recuerdo histórico para tu familia.»

En aquella conversación, España fué tema insistente durante muchas horas, y lo que el Emperador dijo tiene un alto interés histórico

que él mismo había oído al Emperador Alejandro de Rusia:

«Habéis vencido á los ejércitos españoles; pero no habéis sometido á la Nación; levantarán otros. Los españoles, sin gobierno, dan un gran ejemplo á las naciones; enseñan á los soberanos lo que puede la perseverancia en una causa justa.»

Napoleón se burló un poco de las sentencias del que él llamaba «el profeta del Norte», y continuó:

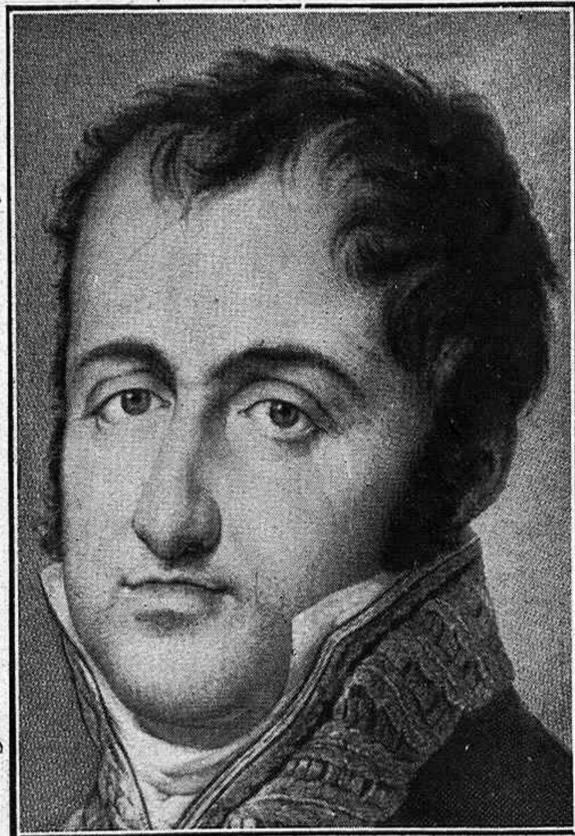
«No es difícil formular juicios sobre hechos pasados ni erigir en heroísmo lo que depende de causas quizás hasta poco honrosas. El heroísmo que se supone ahora á la nación española, por odio á Francia, no depende más que del estado de barbarie de ese pueblo semisalvaje y de la superstición que los errores de nuestros generales han sobreexcitado. El campesino español prefiere los peligros del contrabando y del bandolerismo á la fatiga del labrador no por heroísmo, sino por pereza. Los españoles han aprovechado la ocasión para lanzarse á esa vida nómada que está completamente dentro de sus gustos y del interés de su miseria. No hay en su actitud nada de patriotismo.»

Y tras de argumentar en favor de su tesis, insistió con afirmaciones igualmente demostrativas de su desconocimiento absoluto de la psicología del pueblo español:

«Los romanos, los espartanos—dijo—tenían otro ideal. Desafiaban á la muerte por otro motivo. La patria era algo para ellos, mientras que el pobre español sólo es impulsado por la esperanza del botín. Todo es preferible á la existencia miserable que él vive en su hogar. El español actual es aún, como el de la época romana; tiene, como el salvaje, el odio al extranjero, ó, mejor dicho, á todo lo que no conoce. Aborrece todo lo que tiende á sacarle del estado de barbarie. Los campesinos españoles están aún más lejos de la civilización europea que los rusos.»

Después trató de explicar su conducta ante España:

«Sin duda, la dinastía borbónica de España—tan próxima á la mía que ocupa el trono de Luis XVI—me ha parecido un estado de cosas que no carecía de inconvenientes. Frecuentemente he hablado de ello, como de tantos otros problemas que los grandes intereses del mundo ponen sobre el tapete, con Talleyrand, pero sin concederle por el momento importancia; hasta tal punto la estupidez y la tontería del Rey gobernado por el príncipe de la Paz me parecían apartar al país de toda evolución que pudiera inquietarme. No pensaba sino en hacerme de



EL PRINCIPE FERNANDO



«Retrato de Napoleón I», cuadro de Lefevre

España un auxiliar útil contra Inglaterra, y la debilidad del Rey y el interés del favorito, que debía desear no indisponerse con Francia, servían suficientemente bien á mi política para que yo pensase en otra cosa, cuando Godoy, agitado, sin duda, por las murmuraciones de la altivez castellana ó herido por alguna torpeza de nuestros agentes diplomáticos, ha creído el momento favorable para reconquistar la estimación de los españoles lanzándoles contra mí á quien le acusaban de estar vendido. ¡Idiota! En el momento de perder su favor por los clamores unánimemente elevados contra él, creyó salvarse excitando á la nación en el sentido del descontento que ella mostraba y perdió á España por salvarse. Murat á su vez, me ha hecho perder á España por haber querido salvar á ese favorito; porque la nación, en la insurrección de Madrid, no abominaba más que de Godoy; no nos ha considerado como enemigos, sino porque Murat, queriendo salvarle, ha dejado creer á España lo que la malevolencia decía contra nosotros: que estábamos de acuerdo con Godoy y Godoy con nosotros.»

El Emperador habló luego de la proclama «insolente» con que Godoy había llamado á los españoles á las armas, en Diciembre de 1806, sin

decirles contra quién habían de emplearlas, y continuó:

«Aquella conducta me abrió los ojos. El Príncipe de la Paz me hubiera hecho encanecer la víspera de Sena; pero al día siguiente yo era el dueño de la situación. Un instante creí á los españoles más decididos, y á mi embajador burlado por ellos; pero aquella inquietud no fué duradera. Godoy fué más fatal á España la única vez que demostró energía, que con su debilidad y el deshonor que causó públicamente y durante años á su señor. No reflexionó que cuando un hombre de su especie saca la espada contra un soberano, necesita vencerle ó morir, porque si los reyes se perdonan unos á otros sus injurias, no pueden ni deben tener la misma indulgencia para los súbditos. Debió comprender que no había perdón posible para un hombre que, como él, no tenía arraigo en el país. Ha sacrificado á España por no dejar de ser favorito, y España se ha sacrificado por vengarse de él y de los que ha creído, erróneamente, ser sus partidarios. Las revoluciones dan arraigo á los odios y á las creencias populares. Una vez disparado el primer tiro, nada tiene explicación: las pasiones se exaltan, y, en la imposibilidad de entenderse, los hombres se matan.»

Afirmó después que Godoy, viéndole vencedor de los prusianos, cambió de táctica, y continuó:

«Viéndome dispuesto á colaborar con su soberano para asegurarle el porvenir, ayudé á las combinaciones que proyecté. Yo no pensaba derribar á Carlos IV; sólo quise, mientras continuaba la lucha con Inglaterra, asegurar las medidas que creí necesarias para forzarla á la paz. Izquierdo era en París el agente secreto del Príncipe de la Paz y el intermediario de una correspondencia directa entre Carlos IV y yo. Como confidente del favorito, estaba en gran intimidad con Talleyrand y Murat. Las negociaciones se llevaban, generalmente, á espaldas del ministro y del embajador de España. El Rey se felicitaba de enriquecerse con los despojos de Portugal, y el favorito de ponerse al abrigo de los resentimientos de Fernando, si el Rey moría, creándose un Estado independiente. Despreciado por la nación, odiado por los grandes, no teniendo otro apoyo que el favor del Rey y de la Reina, que podía perder de un momento á otro, firmaba todo lo que yo quería.»

«Murat y Talleyrand, sobre todo el primero, eran los confidentes de sus temores y de sus ambiciones. Cegado por su ambición, creyó que yo había podido olvidar su conducta, porque me interesaba concederle ventajas. Ciego, no recordaba su proclama, hecha cuando me creyó abatido. Cuando se ha sido un malvado, es necesario no convertirse en un tonto.»

Luego explicó aun más su pensamiento:

«En esa situación, importaba á la seguridad de las tropas que yo había de enviar á Portugal que ocupásemos algunos puntos de España, porque no podía fiarme de Godoy, de quien sabía que estaba vendido á Inglaterra, y que tenía ya cuantiosas sumas en aquel país. Ejerciendo el favorito tan gran dominio sobre el Rey y no siendo posible desengañar al viejo crédulo, fué necesario negociar con Godoy para excluir á Inglaterra de todo el litoral europeo... El secreto de la negociación fué tan bien guardado y los preparativos militares tan bien dirigidos, aun en Madrid mismo, que nadie sospechó nada. El Príncipe de la Paz, preocupado únicamente de lograr su Estado, hizo que el Rey lo aceptase todo.»

«Realmente, España ganaba con esos arreglos. El viejo Rey, encantado de conquistar Portugal y de ser Emperador, creía que ese título hacía de él un gran hombre, como si el nuevo título pudiese agradar á sus súbditos más, que el antiguo, y como si el calificativo de *Imperator* le diera el genio y la energía necesarios para defender su imperio. En el fondo, cada uno de nosotros creía haber hecho algo útil para que la gravedad española quedase satisfecha, pero nos engañábamos. Mientras negociábamos en Fontainebleau, Fernando, deseoso de reinar, conspiraba contra su padre. Buscando un apoyo, creyó encontrarle escribiéndome para pedirme la mano de una parienta de Josefina. Para explicar la petición, hecha á espaldas de su padre, afirmaba que éste quería hacerle cuñado del favorito. El misterio de aquel paso y lo que ocurría me indignó. No contesté, y llegué á maltratar á mi embajador, suponiendo un momento que había acogido bien aquella demanda.»

El Emperador explicó después cómo aquel estado de cosas le había hecho apresurar la firma del Tratado de Fontainebleau, y añadió:

«Me importaba mucho entonces estar de acuerdo con España. Todo mi sistema político radicaba en ese acuerdo.»

Tras de contar que le sorprendieron los sucesos que «mancharon» á España por la conspiración fernandista, el Emperador continuó:

«En tal situación era indispensable tomar un partido, porque España, afecta á mí por el padre y el favorito, debía ahora, por la fuerza de los hechos, y consiguientemente á la intriga que destronase á Carlos IV, estar en contra mía, si yo no me convertía en cómplice de Fernando. Este papel, opuesto á mis principios, era indigno de mí... Me ha repugnado siempre hacer una política mezquina. Secundar á Fernando, que parecía ser en esos momentos la cabeza de la nación española, hubiese podido ser político; pero era traicionar al Rey, porque era notorio que el ansia de reinar impulsaba á Fernando y al del Infantado. El odio al favorito servía de pretexto á su ambición. El interés de España no entraba para nada en aquel asunto, que no era más que una intriga de serrallo, nada más. Mezclarme en ella me hacía cómplice de la infamia y de la

en Fontainebleau por Duroc, á que el horizonte se aclarase.»

El Emperador—dice Caulaincourt—añadió que los sucesos de España no habían sido consecuencia sino de un encadenamiento de circunstancias que él no había podido prever; que le habían contrariado y le habían obligado á hacer lo que no pensaba. Ningún cálculo humano había podido ser hecho sobre el exceso de estupidez y de debilidad que había encontrado en Carlos IV, ni sobre la culpable ambición y la doblez de Fernando, que era tan malvado como despreciable.

«No es posible imaginarse—añadió el Emperador—el odio de la madre contra el hijo, ni el de éste contra su padre y su madre.»

A tal punto habían llegado, que el Emperador se avergonzaba por ellos y procuraba interrumpir las conversaciones, para que no manchasen sus oídos con tantas porquerías: cada uno se ocupaba de sí; ninguno de ellos había tenido jamás un pensamiento en interés de España.

Napoleón puso fin á sus confidencias sobre España exponiendo cuál hubiese podido ser su conducta si hubiera atendido á sus propios intereses, y cómo hubiera podido lograr la rendición de España.

«Creí abreviar las desdichas de ese país—dijo—, y me engañé. Si hubiese seguido mis impulsos hubiera devuelto sus reyes á España y España estaría hoy á mis pies. Me engañaron, ó más bien los hechos fueron contrarios á toda previsión humana. La capitulación de Bailén lo perdió todo.»

•••••

Quizás no son enteramente nuevos todos los datos que las Memorias de Caulaincourt aportan para un conocimiento exacto de las causas y los móviles de la epopeya de la independencia española; muchos de ellos habían sido ya utilizados por los historiadores; pero reunidos y en boca del Emperador, árbitro hasta entonces de pueblos y de razas, adquieren un valor enorme y explican muchas cosas con perfecta claridad.

Napoleón, que tal vez conocía bien, ya que fué su confidente, á la Corte de España y á sus cortesanos, conocía muy mal á España y á los españoles.

Posible es que aquel desconocimiento fuese recíproco: el pueblo español no conocía suficientemente al Emperador de Francia.

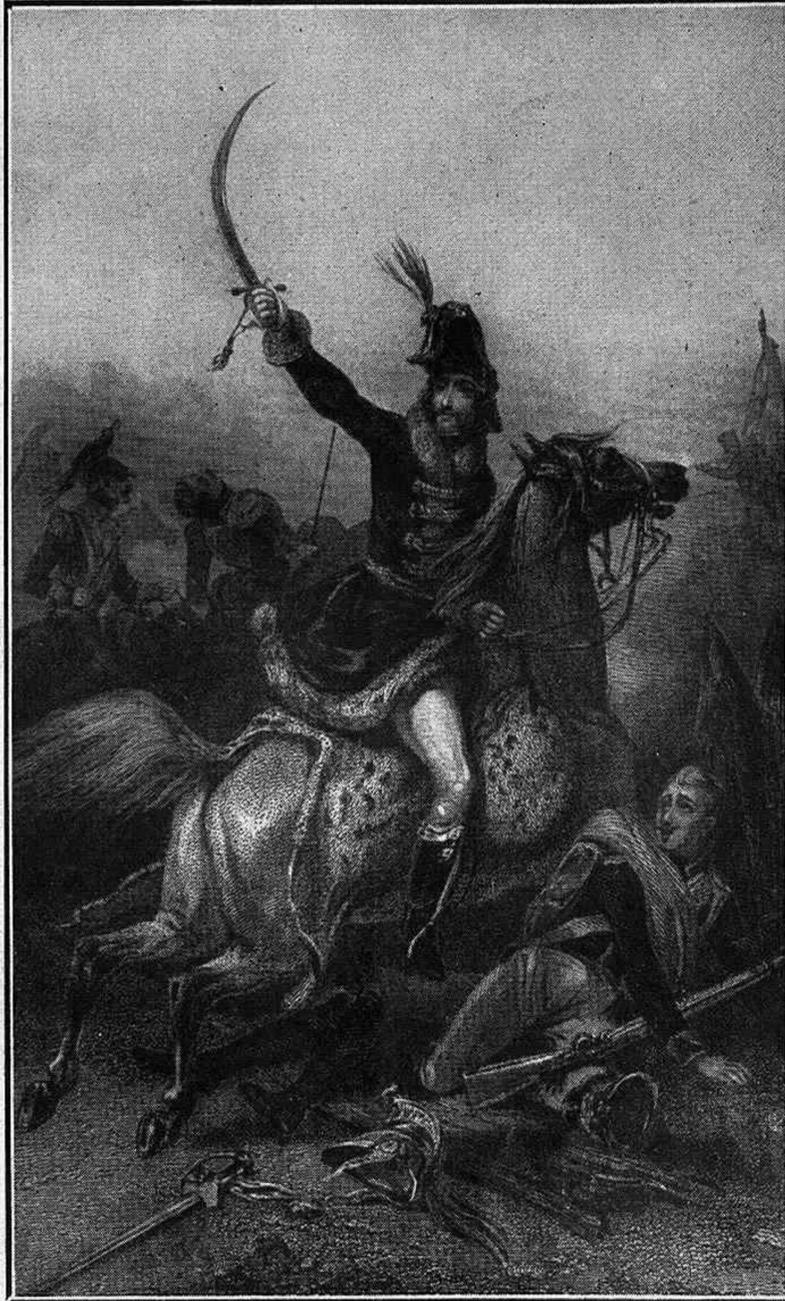
Por conocerle mejor fueron, de seguro, afrancesados los que lo fueron, en gran parte lo más selecto y culto del país; pero el mismo Emperador lo dice en las confidencias que dejamos copiadas: una vez disparado el primer tiro, sólo hablan las pasiones, siempre enemigas del conocimiento.

Y eso fué la guerra de la Independencia: una guerra de pasión, de pasión tan noble, elevada y altruista como el amor á la patria; pero pasión al fin.

Otra lección, vieja seguramente, pero que conviene recordar constantemente, se deduce de las confidencias de Napoleón á Caulaincourt, y es la que enseña hasta qué punto los pueblos, con el más alto altruismo, suelen sacrificarse ó son sacrificados para satisfacer pasiones mezquinas inconfesables, y que por eso suelen disfrazar con vestiduras pomposas de sus «amos» ó guías.

Ningún remedio mejor para la guerra, y él haría seguramente inútiles todos los pactos y todos los acuerdos internacionales, que un análisis exacto y oportuno de las causas de cada contienda. Por desgracia, los diplomáticos, á quienes siempre debió estar encomendado ese análisis, suelen estar demasiado influenciados por el ambiente en que viven, y desvían lo que debería ser serena investigación causal.

Napoleón mismo, en esa larga conversación, habló á Caulaincourt de los errores de Talleyrand. ¡Cuántas vidas han costado á la Humanidad esos errores y otros semejantes!



EL PRINCIPE MURAT

traición del hijo contra su padre. He recogido la corona de Francia, que habían abandonado en el arroyo. Después de haberla elevado al más alto grado de gloria, no podía yo ayudar á envilecer el cetro de España y la autoridad sagrada de un padre y de un rey...

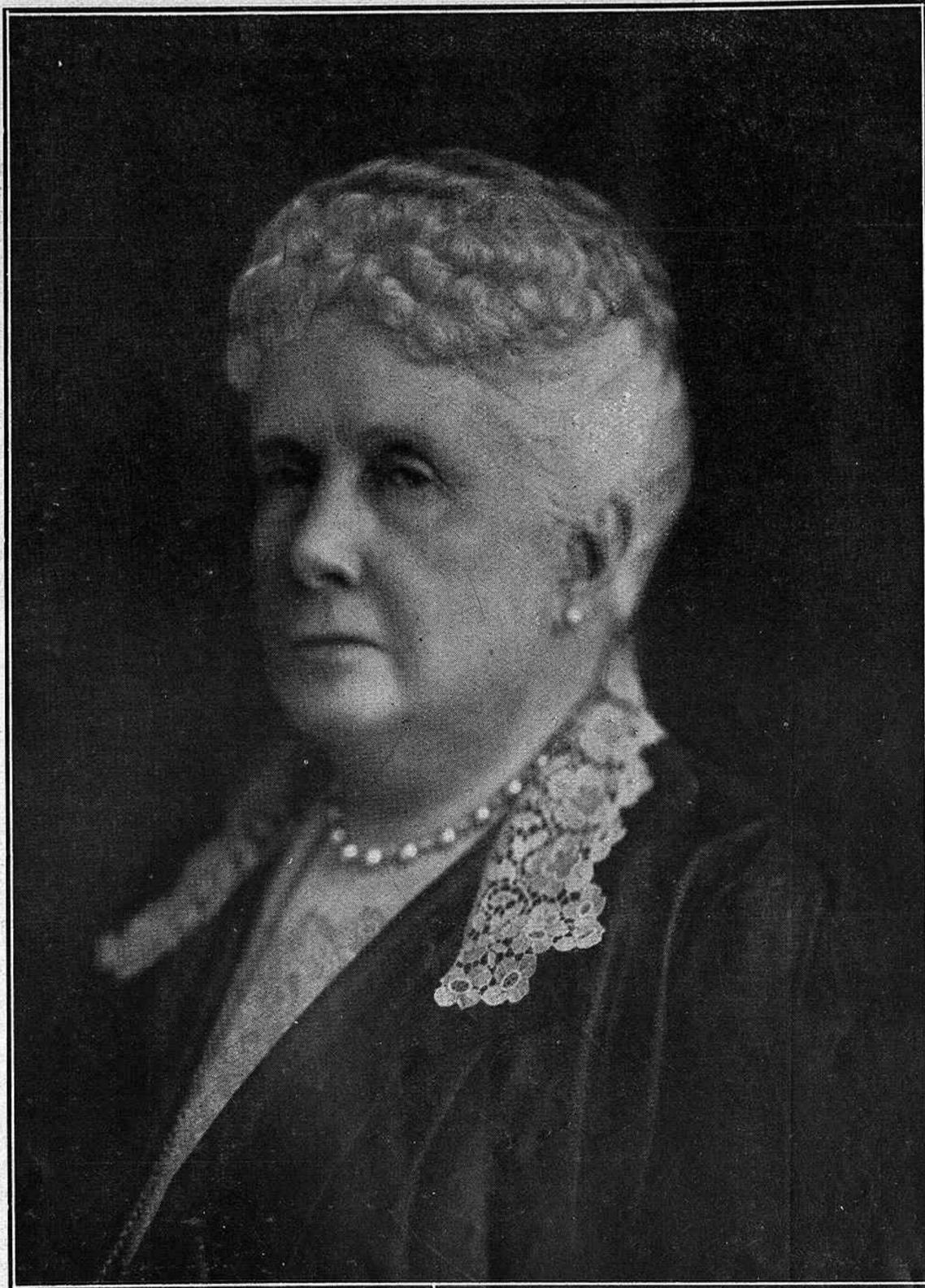
«Yo no podía hacerme sostén de un Godoy contra esa valiente nación. Resuelto á salvarla y á regenerarla, si me creía obligado á mezclarme en sus asuntos, decidí esperar y me limité á esperar... No tardé en convencerme de que la nación y sus príncipes serían víctimas de aquella situación. Fernando, que me había pedido que le casara, me suplicaba que le protegiera; el Rey me pedía que le defendiera, y el favorito accedía á todo con tal de no perder su crédito y conservar su influencia. Consejero cobarde, ciudadano vil, sólo pensaba en sí mismo. Yo no quería mancharme interviniendo en aquellas intrigas, y continuaba encerrándome en una gran reserva, aguardando, para ratificar el tratado hecho

HOMENAJES A LA INFANTA DOÑA ISABEL

EN poco espacio de tiempo se han rendido dos homenajes á la Infanta Isabel. Fué el primero una subscripción pública, iniciada para regalarle las insignias de la Gran Cruz de Beneficencia, que se le había otorgado en merecida recompensa de reiterados hechos abnegados y misericordiosos; ha sido el otro el reciente alzamiento de una estatua en San Ildefonso, la urbe cortesana que rodea los jardines del Real Sitio de la Granja. También este monumento ha sido costeado por subscripción popular y también la iniciativa de su construcción ha sido sugerida por un desbordamiento cordial de gratitud. Sin embargo, ambos sucesos se han desenvuelto en radios de acción limitados, que no corresponden á la representación nacional que tiene la Infanta Isabel, más que por su rango, por sus cualidades personales y por su vida misma. Las listas de la subscripción se publicaron sólo en las columnas de *La Epoca*, el decano colega de fervoroso y sincero dinastismo; el homenaje de la Granja se ha limitado á los no muchos vecinos de San Ildefonso y á las familias aristocráticas y mesocráticas que allí veranean en la apacible delicia de aquellos bosques rumorosos... Sin que LA ESFERA pueda ni quiera arrogarse una representación nacional, hagamos de estos homenajes á la Infanta Isabel un suceso que ocupe la atención pública en toda la Nación, y aún que repercuta en el apasionado hispanismo de los núcleos españoles emigrados en América. Merece este rendimiento la vida ejemplar de la Infanta Isabel.

El 20 de Noviembre próximo cumplirá setenta y siete años. Hija mayor de la Reina Isabel II, fué Princesa de Asturias hasta el nacimiento de Alfonso XII. Luego, restaurada la Monarquía, recobró este rango principesco hasta el nacimiento de la Infanta María de las Mercedes, en 11 de Septiembre de 1880. Contrajo matrimonio teniendo diecisiete años, aquel mismo 1868 en que el general Prim llegaba hasta los buques anclados en la bahía de Cádiz, al mando de Topete, y dictaba á España el destronamiento de Isabel II. Enviudó bien pronto: el 26 de Noviembre de 1871.

A estas efemérides pudieran agregarse otras dos: fué madrina en el bautizo de Alfonso XIII, y en 1910 marchó á Buenos Aires, representando á España y representando personalmente al Rey en el centenario glorioso que conmemoraba la Argentina, con tal sugestión de éxito y tal conquistamiento de voluntades y logro de simpatías, que dijérase justamente que fué entonces, y fué por ella, cuando se realizó este milagro histórico á que asistimos de la resurrección de la hispanidad en el corazón de América.



SU ALTEZA REAL LA INFANTA DOÑA ISABEL



EL CONDE DE GIRGENTI

En 1868, año en que casó con la Infanta doña Isabel

Basta la enumeración de aquellas fechas para que la imaginación evoque la infancia y la juventud de esta princesa de Borbón, conturbadas por las inquietudes y las zozobras de la Corte isabelina. Pasados los febriles entusiasmos que la Nación vivió en 1860, viendo sus ejércitos resucitar el atávico ideal de guerrear con el moro, ya no hubo en el Palacio de la plaza de Oriente día sin sobresalto ni hora sin angustia. Los generales que en los campos de Africa disputáranse la gloria y las condecoraciones y los títulos nobiliarios, disputábanse ahora el poder político en la antecámara de la Reina, y forzaban la voluntad regia con el consejo de sus valedores en las camarillas y con la amenaza de sus pronunciamientos en los cuarteles...

En este ambiente de celadas, de coacciones, de violencias, de engaños, de amedrentamientos apostólicos, en una Corte de la que se ha dicho, acaso con razón, que no había en ella otro carácter varonil sino el de Isabel II, se templó el ánimo de esta Infanta, que vió interrumpida su luna de miel por la revolución de Septiembre, por el destronamiento y la emigración.

Su marido, alteza real, el Príncipe Gaetano María Federico de las Dos Sicilias, conde de Girgenti, era un garrido mozo de veintidós años, á quien la adversidad había templado también. Tercer hijo del rey siciliano Fernando II y de la archiduquesa de Austria María Teresa, cuando surgieron los sucesos tristes de Nápoles en 1860, acudió con el rey Francisco II y con sus hermanos mayores los condes de Trani y de Caserta, á luchar en Gaeta. Tenía catorce años, y regresó del combate herido en un brazo. En 1862 se incorporó al ejército de Austria, como ayudante de su tío, el archiduque Reniero, y más tarde, habiendo pasado al ejército de Bohemia, combatió á las órdenes del archiduque Ernesto en la famosa batalla de Sadowa, donde dió pruebas de valor y serenidad realizando un reconocimiento, que se le confiara, en el momento mismo en que llegaba al lugar del combate el Príncipe de Prusia, con el cuerpo de ejército, que decidió la victoria y la guerra.

No era, pues, el conde de Girgenti un príncipe cortesano y ocioso. La Infanta Isabel le había elegido con verdadera y decidida inclinación, entre otros candidatos que la razón de Estado ofendiera á su lozana mocedad. En los años del destierro, residiendo en el hotel Basilewski, que comprara Isabel II en París, para convertirlo en el Palacio de Castilla, dió pruebas la Infanta Isabel de sus cualidades intelectuales y morales y de la entereza de su carácter.

Un cronista ha calificado bien á estas Infantas, hijas de Isabel II. Eulalia es la sensibilidad impresionable y apasionada; Paz es la ingenuidad bondado-

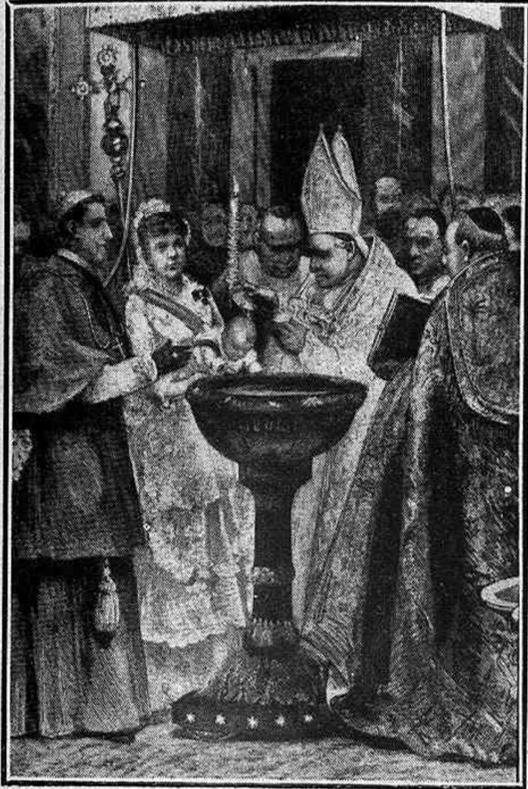
sa, é Isabel es la serenidad firme y previsora y la decisión clara y la noción austera del deber...

De estos años de París; de la influencia de la Infanta Isabel—que ya mujercita hecha y casada imponía su opinión, cosa que no pudo lograr en Madrid—en las decisiones de su madre; de su afanosa labor con Sofía Troubetzkoi, duquesa viuda de Morny y ya duquesa de Sesto y marquesa de Alcañices, que, siendo casi cuñada de Napoleón III, aprendiera á conspirar preparando el Golpe de Estado imperial de 2 de Diciembre de 1851, podría escribirse largo relato, que justificaría la predilección, el respeto y la atención cuidadosa con que Alfonso XII escuchaba los juicios de su hermana.

Hay de esta época un bello grabado que perpetúa el momento de aquel 31 de Diciembre de 1834 en que llega á París, á manos de Alfon-



Los Reyes de España asisten á la inauguración de la Iglesia y el Hospital del Buen Suceso, teniendo á la izquierda al conde de Girgenti, la Infanta Isabel y el Príncipe Alfonso, última ceremonia á la que asistieron en Abril de 1868



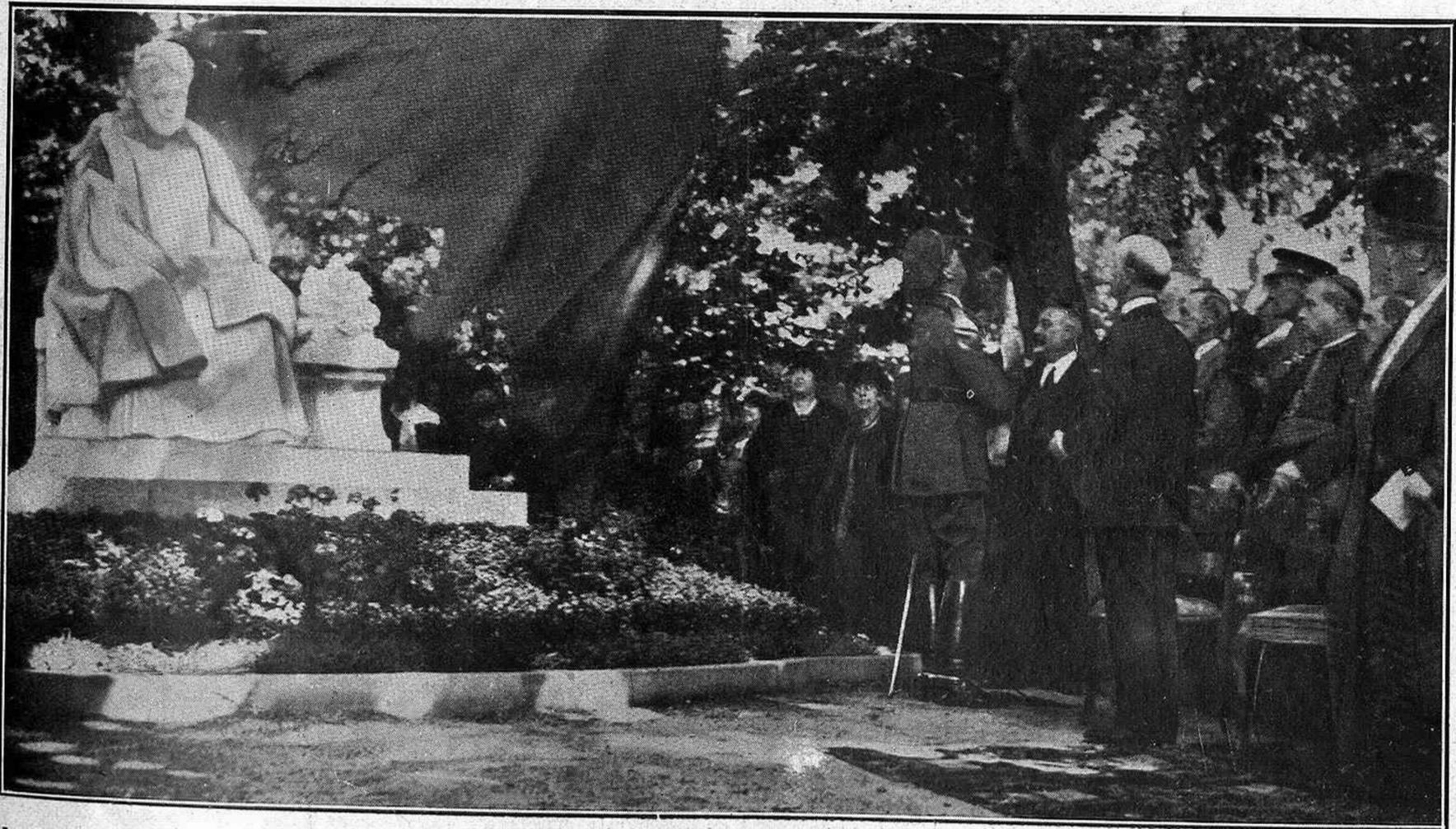
Bautizo de Alfonso XIII, siendo padrino el Cardenal Rampolla, en representación de León XIII, y madrina, la Infanta Isabel, el día 22 de Mayo de 1886

so, el telegrama que le dirige la duquesa de Sesto, anunciándole que ha sido proclamado rey. Y está allí la condesa de Girgenti, con tal expresión, que bien se advierte la participación que ha tenido en la empresa restauradora.

Aparte este período del destierro, no hay luego un solo momento, un solo instante en la dilatada vida de esta mujer, en que se advierta la menor intervención, la menor intromisión en la política española. Cincuenta y tres años al lado del trono, amada y respetada por su hermano, por su cuñada y por su sobrino, estimada y oída con delectación por cuantos hombres dispusieron de la gobernación del Estado, por los primates de la Iglesia y los jefes del Ejército y los aristócratas, enorgullecidos todos de su trato y amistad, jamás dió lugar á que se la pudiera imaginar cometiendo

la menor infracción de su papel constitucional, ni siquiera en aquellos días en que una reconciliación familiar y una nueva unión con los Borbones de Sicilia y Nápoles, encendiera en pasión las hojas periodísticas y lanzara muchedumbres voceadoras á las calles...

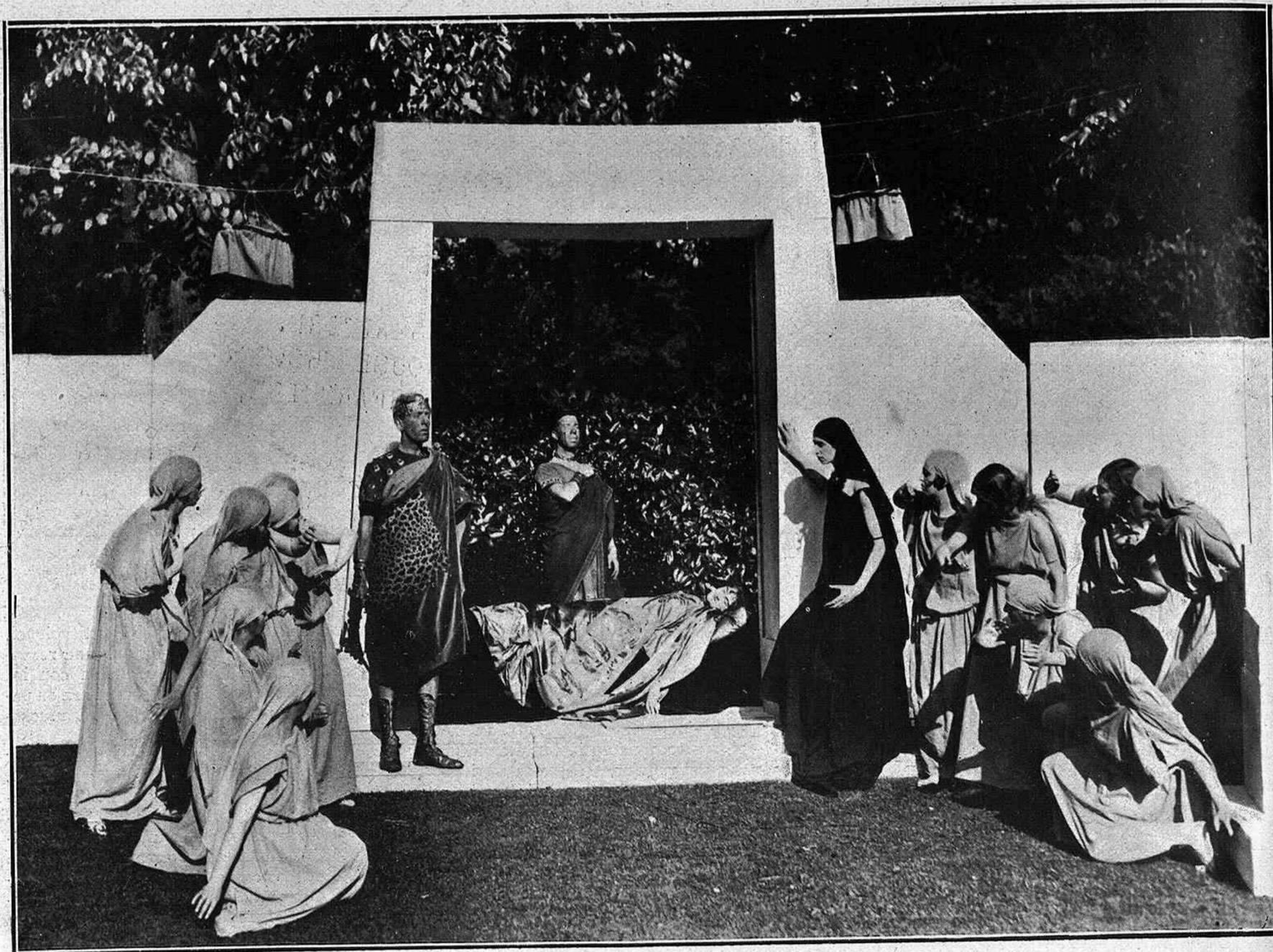
Y he aquí que no queda ya espacio para hablar de la Infanta madrileña, asidua concurrente de verbenas y fiestas populares; de la Infanta benefactora y mecénica, de que se ha escrito mucho y que todos conocen. A un ingenioso escritor olvidado, Rodríguez Correa, que vivió en la intimidad cortesana y aristocrática del Madrid de la Restauración, le oímos decir hace veintidós años: «De Luis XV abajo, no hay, en toda su descendencia, un Borbón más Borbón que la Infanta Isabel...» Bien merece esta mujer singular el homenaje de toda España...



La Granja.—El Infante D. Alfonso, en representación de S. M. el Rey, en el momento de descubrir el monumento á la Infanta Doña Isabel, que presencia, á la derecha, la ceremonia

(Fot. Piortiz)

PATOLOGÍA TEATRAL UNA ENFERMEDAD DE NUESTRO TEATRO



Una escena de «Electra», en que aparecen los principales personajes: Orestes y Clitemnestra y Electra misma, interpretados por Mr. Haines, miss Joyce Collard y miss Joyce Carlton

«Julio Romano» está confesando, con su habitual perspicacia, á las primeras figuras del teatro castellano, y ha logrado ya de ellas confidencias muy interesantes.

Quizás sería conveniente aguardar á que esas entrevistas terminaran para comentarlas sintéticamente; pero el sistema tendría dos inconvenientes: alejar el comentario de su motivo y acumular demasiados temas distintos, ya que cada actor, colocándose en punto de vista diferente, plantea problemas desiguales también.

Los primeros en opinar han sido—«Julio Romano» sabe establecer categorías—Fernando Díaz de Mendoza y Ricardo Calvo; los dos se duelen—en tonos distintos, como corresponde á sus respectivas características personales—de un mismo mal: el exceso de producción dramática. Uno y otro piensan, aunque uno lo diga con suficiente claridad y el otro lo insinúe elegantemente, que tenemos demasiados dramaturgos, y que todos ellos padecen un exceso de fecundidad.

Es una afirmación que por mi parte he repetido muchas veces aquí y en otros lugares: si no tenemos realmente teatro es, precisa y paradójicamente, porque tenemos un exceso de teatro.

¿Por qué le tenemos? A mí, personalmente, escribir una comedia—una comedia buena, naturalmente—me parece empeño difícilísimo; una de las más arduas tareas que el hombre puede emprender; pero esta opinión no es, generalmente, compartida; para la mayoría de los españoles con cédula personal y aun para algunos que aún no tienen obligación de usarla, nada más fácil que ser «comediógrafo» y adinerarse en el teatro. A fuerza de oír comedias malas y carentes de comedias ejemplares, piensan que todos

somos iguales para enamorar á Talía y emulan al estudiante del clásico. Ni los descabros repetidos, ni las vidas truncadas por la ambición estéril, ni las sátiras, tan justas y convincentes para los espíritus reflexivos de que es arquetipo *La musa loca*, de los Quintero, bastan para alejar á los incautos del peligro.

Pero al cabo no son esos eternos noveles, llenos de canas cuando no enteramente calvos y más viejos aún en sus obras que en sus personas, los que engendran el mal de que Díaz de Mendoza y Calvo se duelen. Para esos eternos incomprendidos, suele ser remedio suficiente el desdén que, desde luego, no nos hace perder ninguna obra maestra.

El mal incurable le engendran los dramaturgos profesionales ya; los que lograron un primer estreno y con él patente de corso para surcar en busca de botín todos los mares escénicos. Un éxito, mediano siquiera, le consideran como un derecho indiscutible á usufructuar un cartel; y como los aspirantes á usufructuarios son muchos y los carteles pocos, se produce la plétora contra la cual los primeros actores no tienen otro recurso—véase cómo lo hace Díaz de Mendoza—que confiar en Dios, que todo lo puede.

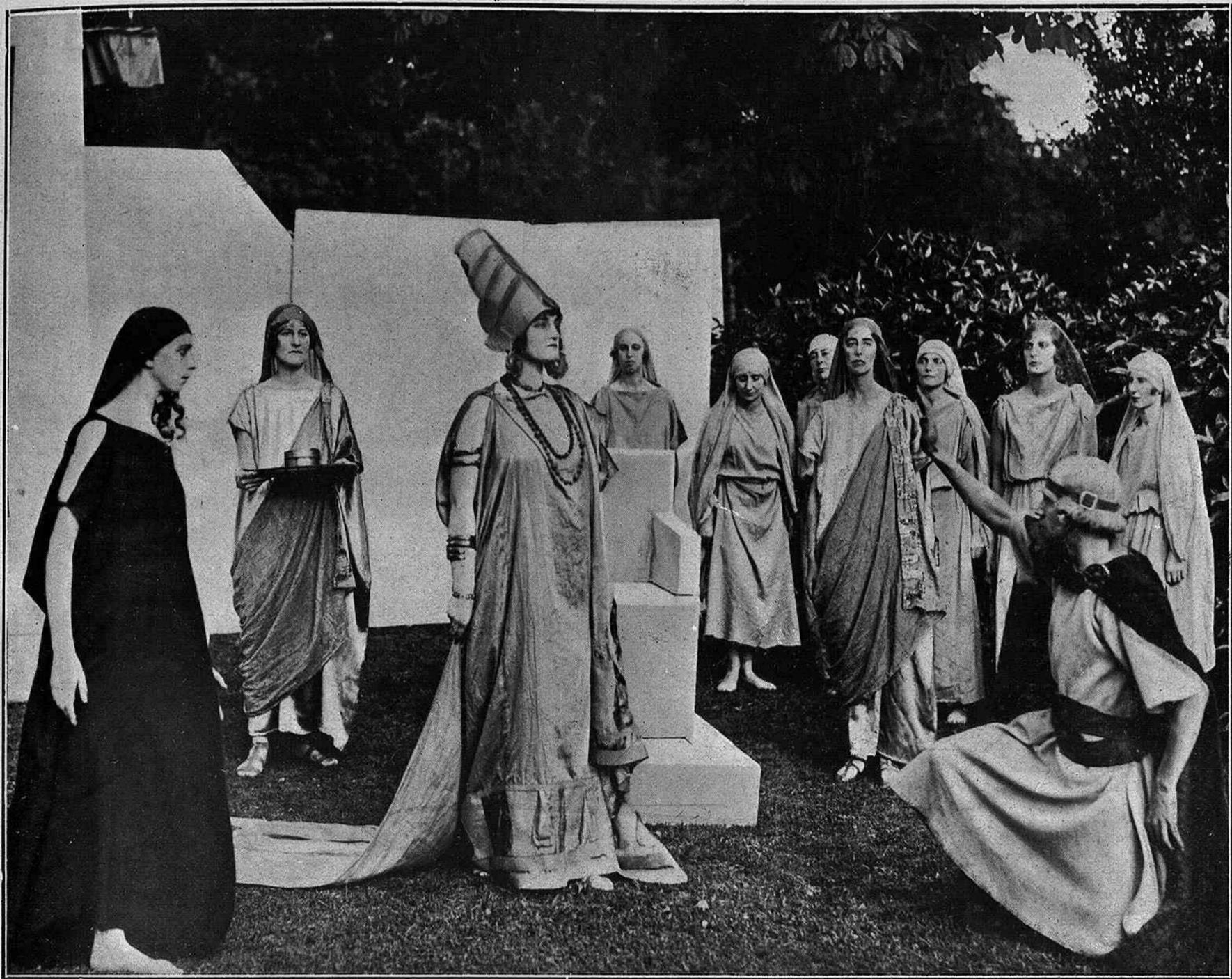
Realmente, es indispensable la omnipotencia divina para estrenar en una temporada, que forzosamente ha de ser breve, *La Rondalla*, de los Quintero; una obra, sin título aún, de Linares Rivas; *El estudiante endiablado*, de Marquina; otra comedia de Ardavín; *Zayas*, de Sánchez Mejías; *La hoguera de San Juan*, de Luca de Tena; *Los Gonzalones*, de Antonio Guzmán; una obra de López de Haro; *Don Guzmán de Castilla*, de Bonet, periodista que por primera vez

aborda el teatro; *Tigre Juan*, y quizás alguna más. Sin contar esta posibilidad amenazadora, diez obras que forzosamente habrán de pasar rápidas por el cartel, cerrándole, además, para todo intento de reposición del repertorio.

Si compulsamos esa lista con las que pueden dar otros primeros actores, veremos que los nombres de los dramaturgos se repiten insistentemente, y ello hace pensar en una fecundidad excesiva y en una actividad incansable; la primera debería tener correctivo en una buena aplicación de la segunda; pero los dramaturgos actuales prefieren semejar—en lo prolífico por lo menos—á Lope, el de «más de ciento en horas veinticuatro», que á Bretón de los Herreros, por ejemplo, puliendo un romance hasta convertir en difícil facilidad la ímproba labor de lima.

Evidentemente, cuando esos autores escriben tanto, es que tienen muchas cosas que decir ó, cuando menos, que piensan haber atinado con formas nuevas de expresión; pero son poco fieles á sus ideas y á sus pensamientos, porque las consideran excesivamente efímeras; no les conceden más de un año de vida, y al escribir cuentan ya con que sus obras se hundirán rápidamente en el abismo de lo que antes llamaban repertorio, y ahora, como valor teatral al menos, no existe.

¿Por qué no existe? Según los empresarios (que buscan éxitos febriles, sin pensar que los excitantes excesivos destrozan el gusto), y según los autores (que buscan excusa en el deseo de complacer á los empresarios que apenas ven huecos en sus salas claman al dramaturgo milagrero), porque el público siente una insaciable sed de novedad que es indispensable satisfacer; si pen-



Otra escena de la traducción inglesa de «Electra», de Sófocles, tal como la han representado en un teatro al aire libre los miembros de una Escuela dramática de verano inglesa (Fots. Agencia Gráfica)

saran, realmente, que es insaciable, harían mejor, procurando curarla, puesto que sólo puede ser patológica, sometiendo al público á un régimen adecuado.

Pero seguramente no se trata de verdadero afán de novedad; cada vez que se anuncia un estreno, dado el nombre del autor, el del actor que ha de ser su principal intérprete y el del teatro en que hemos de soportarle, es fácil predecir lo que habremos de ver: la novedad, ó no aparece por ninguna parte, ó es enormemente relativa. Lo único nuevo que suelen tener las obras que como recién cocidas, nos ofrecen, es el título; por eso, sin duda, en alguna ocasión fué el título lo que la crítica censuró más duramente, de una comedia afortunada.

Serían más aceptables esas excusas si en algún momento nuestros empresarios y nuestros autores hubiesen sentido realmente la necesidad de hacer ese teatro nuevo con que se sueña en todos los países de intensa vida teatral, y que en algunos se intenta más ó menos constantemente realizar.

Claro está que en ninguna parte sienten con verdad esos anhelos los empresarios que cuentan con autores de moda, ni los autores de moda que cuentan con empresarios; pero allende las fronteras hay grupos más ó menos abigarrados é inquietos que se lanzan á la conquista de un más allá en arte escénico: teatros libres, teatros nuevos, teatros de ensayo, teatros de vanguardia...

Cuando en Madrid se ha intentado alguna vez cosa semejante, los autores, ávidos de arte novísimo, no han aparecido en ninguna parte. Ciertamente que ni Benavente, ni Valle-Inclán, ni los mismos Quintero, en otro plano, naturalmente,

necesitaron lanzarse á peligrosas aventuras para imponer nuevas modalidades escénicas, y entre los autores que sienten el espíritu revolucionario—como el audaz Jacinto Grau, al que, como á la novela de Galdós, podrían ponerse por subtítulo «historia de un radical», de antaño—, ninguno ha encontrado aún la fórmula ó el poder mefistofélico que ha de devolver á nuestro teatro la juventud perdida. Los autores noveles, por su parte, no tienen más fórmula que la de Muñoz Seca sin Muñoz Seca... Se han enterado demasiado pronto de que la recaudación del autor de *La venganza de Don Mendo* es la más alta en la Sociedad de Autores..., que tampoco es, diga su rótulo lo que quiera, sino propietarios de obras.

Hace pocos años, todas las novedades de nuestro teatro eran cosas de Scribe, el más viejo de los dramaturgos franceses; ahora, un comediógrafo que se ha hecho rico, ó poco menos, con dos ó tres comedias, tiene un truco que tampoco es original: coge una comedia vieja, la viste á la moda y ¡á robar el dinero!; y conste que empleo el modismo popular sin entera propiedad, porque hacer trajes á la moda es un oficio honrado; lo que ocurre es que á los dedicados á él no se les puede llamar dramaturgos. Sin duda, por eso empleamos tan á menudo—¿y qué hemos de hacerle, si está de moda?—la palabra comediógrafo, que no compromete á nada y es aplicable con más propiedad á los copistas que á los autores: Acisclo Gil es el primer comediógrafo contemporáneo.

Hay en Madrid un sastre que anuncia su modesto portal con este rótulo: *Sastre volteriano*; y su volterianismo consiste en que vuelve más ó menos diestramente las prendas de vestir. La

mayoría de nuestros dramaturgos son también volterianos del todo.

En Francia, Henry Marx, autor y crítico á la vez (porque allí esos dos oficios no son incompatibles, como lo prueban docenas de escritores, desde Jules Lemaitre hasta Tristán Bernard, pasando por Roberto de Fleurs, y allí no se le ocurre á nadie pensar que la crítica puede ser ganza de escenarios), está defendiendo que la generación actual de dramaturgos de vanguardia que forman él mismo, Charles Vildrac, Jules Romains, Henry Clerc, Crommenlinck, Lenormand y algunos más, es superior á las pasadas, á las de Dumas, Sardou, el mismo François de Curel, Bataille y Bernstein, de las que han quedado sólo Becque, Maeterlinck y Porto Riche.

¿Podríamos sostener aquí una polémica semejante? ¿Dónde tenemos los autores de vanguardia que oponer á los «viejos autores»?

Allí, además, hay también público de vanguardia. Marx afirma que el empresario que monta esas obras modernísimas gana más dinero que los apegados á la dramaturgia tradicional. Aquí, probablemente, innovaciones semejantes serían tomadas por chifladuras; pero ni siquiera hay ocasión de hacerlo; nadie intenta salir del camino trillado ni vale la pena; véase, por ejemplo, cuántos miles de duros y cuántos millones de aplausos ha producido en seis ú ocho meses á un autor casi novel una imitación de Muñoz Seca.

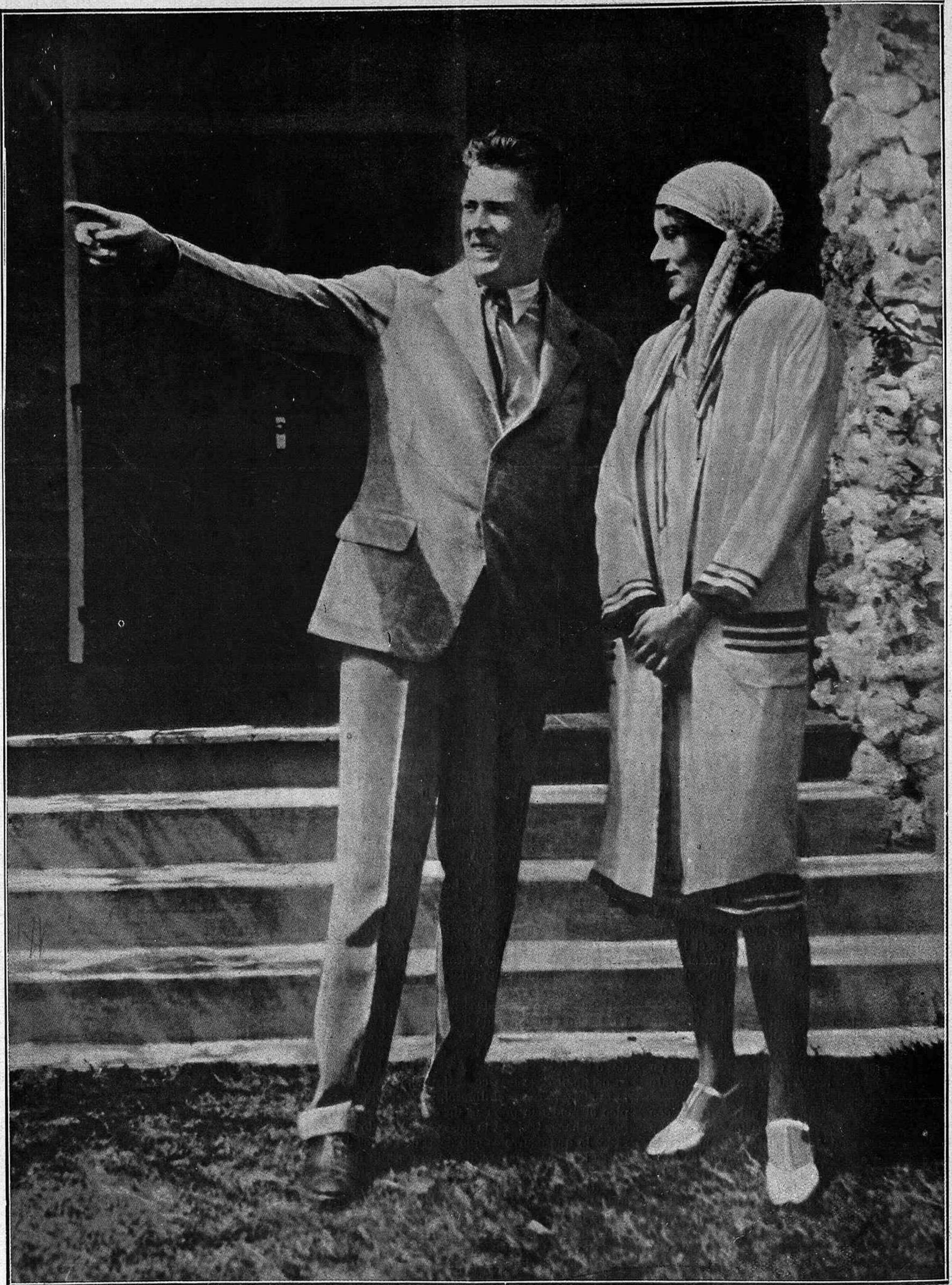
No es, pues, el afán de novedad, á lo menos el afán de novedad verdadera, lo que nos pierde.

Hay que buscar, pues, el microbio del estrepitismo por otro camino.

Continuaremos la investigación.

ALEJANDRO MIQUIS

LA RETIRADA DE UN BOXEADOR



El famoso boxeador americano Gene Tunney, con la señorita Josefina Lander, con la que contraerá matrimonio muy pronto

Un «misterio» en la Catedral de Canterbury

Bajo las amplias y altas bóvedas de la Catedral de Canterbury, asietadas por una luz indecisa y tenue que se diluye y tamiza en el ambiente, se ha celebrado días atrás no una solemne función religiosa, sino una función teatral, á la manera de los tiempos medievales.

Otra vez los severos muros catedralicios han recogido voces de comediantes, surgidas en la noble tarea de simular trozos de vida. Los han vuelto á recoger como en el siglo xv, cuando toda manifestación teatral tenía una sola y única expresividad: los misterios, y un solo lugar propio: el templo.

¿Curiosa y sintomática esta mirada á los tiempos lejanos en que la teatralidad tenía su más puro y simple sentido, y en que la dramática, sin los afeites de hogaño, aparecía íntegra en su expresividad formal!

¿Supone este intento, llevado á logro con fortuna y éxito, una palmaria condenación al atrevimiento imperante en los escenarios actuales?

¿Se puede y debe considerar como un hecho aislado sin premeditado alcance y eficacia?

Ante el resultado halagüeño, ante el hermoso espectáculo, cabe imaginar una posible reincidencia, una fácil y pronta repetición ó repeticiones sucesivas que marquen una orientación dramática posible y hacedera, y una política religiosa, de amplio alcance y de positivo resultado.

Por ironías de la vida, el teatro, que nació y se desarrolló en el templo—*mais c'est surtout dans les mystères de la religion, et pour ainsi*



Los ángeles adorando al Niño-Dios, escena del «misterio» «La venida de Cristo» representado en la Catedral inglesa

dire, dans la divine crèche que nous voyons naître le drame si pur, si saint d'abord, et qui malgré ses aberrations, s'est souvent souvenu de son origine, dice Onésime le Roy en sus *Etudes sur les Mystères* (París, 1837)—, y que salió de él por orden de los altos dignatarios eclesiásticos, vuelve á la iglesia con todos los honores y con toda la consideración que ha ganado y que ya le es debida, al cabo de cinco siglos.

Vuelve al templo buscando la fórmula preconizada por un ensayista español, de la *re-teatralización* del teatro. Frente á la multitudinaria desorientación que se advierte en el teatro in-

Un retorno absoluto y exacto. Esto es, los nuevos «misterios» se ajustan en un todo á la simple técnica de los «misterios» medievales, de puro y sencillo espíritu y de teatralidad primitiva y candorosa. Candorosidad que no excluye sugerencias amplias, poder evocativo y una gran plasticidad en las escenas. Esa cuidadosa y esmerada plasticidad que se observó en tantos momentos del drama religioso, y del que son prueba, entre otras, las dos escenas de la adoración al Niño-Dios por un grupo de ángeles, y la adoración á la Virgen y al Niño por ángeles y pastores que se reproducen en estas páginas.

Los actores de la Catedral de Canterbury han sabido adaptarse estrictamente al espíritu de la pieza que representaban. Sus actitudes estatuarias, sus lentos y estudiados movimientos, sus caracterizaciones, su voz, todo obedecía al género y á la manera en que estas expresiones de arte y belleza tenían lugar en los siglos xv y xvi.

Y el mismo lugar para las representaciones. El templo. Y ésta es la principal novedad del drama religioso de Masefield. Porque no es nada nuevo, ciertamente, este afán por volver sobre los «misterios», á la manera antigua. El teatro católico flamenco está inspirado en esas normas; en Alemania, en Austria, en Italia, en Francia, aquí en España, se han hecho varias veces representaciones en este sentido. En Londres mismo, en el Kingsway Theatre se representó un «misterio» de Gheon como en la antigüedad, por los inteligentes actores Miss Valerie Taylor y mister León, M. Lión, traducido por Barry V. Jackson. Pero hasta ahora, que yo sepa, el drama religioso no había pasado del tablado farandulesco á su inicial y originario lugar de la época remota. Y como entonces, los actores, espléndidamente ataviados, se desenvolvieron en una improvisada escena sintética. Entre cortinajes, de un modo puro y simple, á la manera que pedía y propugnaba Gordon Craig para las obras shakerianas...

E. ESTEVEZ-ORTEGA



Una actitud de la actriz que desempeñó el papel de la Virgen María. En su regazo, el Niño-Dios, y á sus pies los simbólicos lirios



Una escena del «misterio» de Masefield, en la que aparecen ángeles y pastores adorando á la Virgen y al Niño

glés, y en general en todos los teatros, estas representaciones á la manera medieval señalan una norma y parecen henchidas de potencialidad y razón de vida. Una vida insospechada aun para los más metidos en achaques teatrales.

Sybil Thornelicke decía recientemente que en Inglaterra el teatro está al margen de la vida, y que allí no se sentía la necesidad del drama. «Los espectáculos favoritos—decía—son el *music-hall* y el *cine*. La gente pide ahora un placer inmediato y superficial que no requiera la intervención de la inteligencia ó del sentimiento. El pueblo no se interesa por el teatro como se interesaba en la época de Shakespeare.»

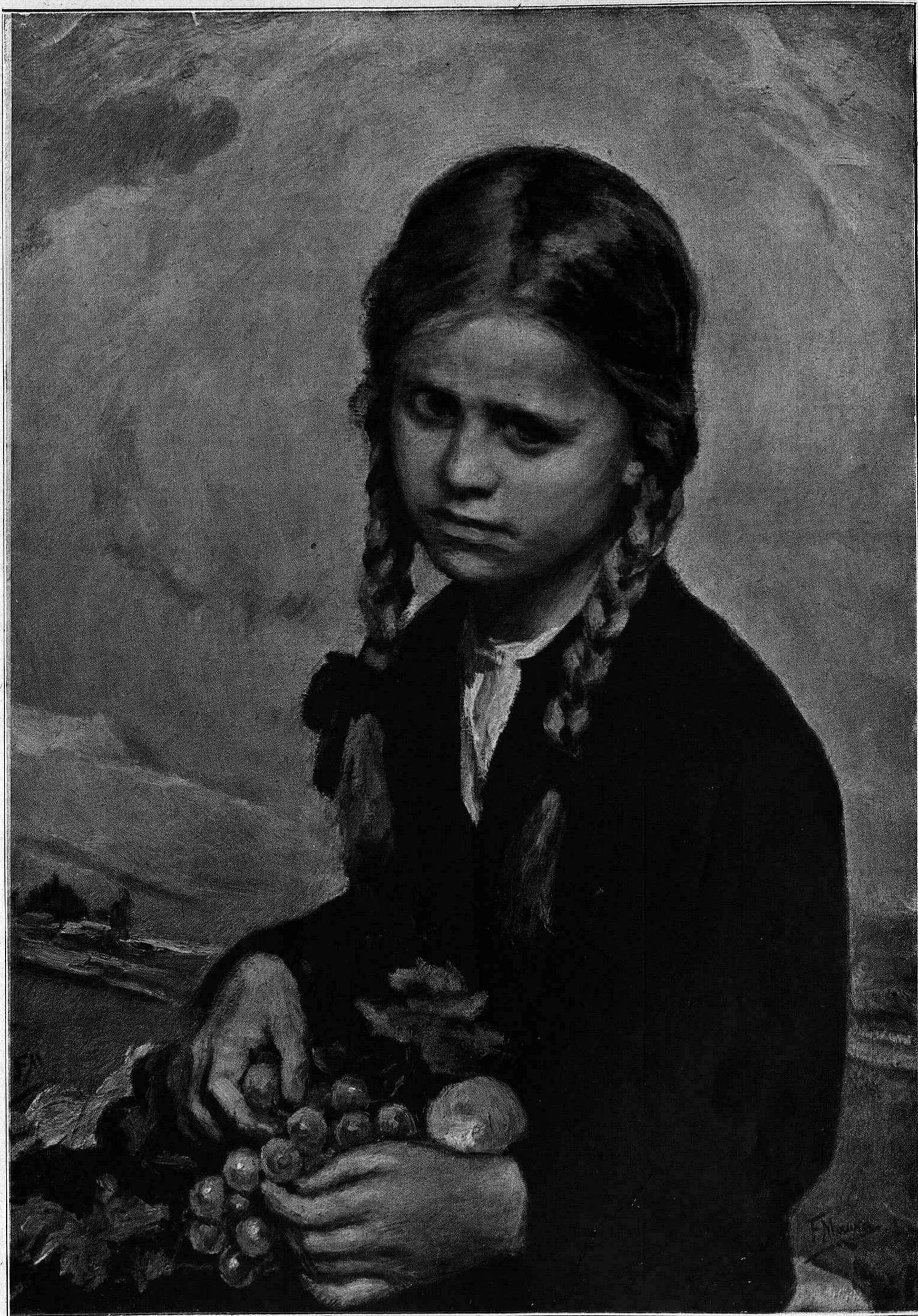
Y, sin embargo, este «misterio», estos espectáculos de John Masefield, han logrado avivar con mucho la pública curiosidad.

El poético drama religioso, representado ante el coro y la nave de la catedral canterburitana, titulado *La venida de Cristo*, ha sido bastante más que una ocasional representación cualquiera por unos aficionados de buena voluntad.

Supone el *Great religious poetic drama* un retorno hacia el drama religioso, el «misterio» y el auto sacramental de Masefield, que preconiza un grupo considerable de autores, actores y *metteurs-en-scène* situados en la vanguardia teatral moderna: Mar Reinhardt, Bragaglia, Umberto Bárbaro, Sem Benelli, etc.



El Rey Gaspar: una caracterización del personaje regio en el «misterio» representado últimamente en la Catedral de Canterbury



«La niña de las flores»,
cuadro original de F. Maura



*Una estatua orante,
de Berruete, en Ávila*

Sepulcro de San Segundo, en la Catedral abulense,
con la estatua del Santo arrodillado, maravillosa
obra atribuida á Berruete (Fot. López Beaubé)

AMALIA SANCHEZ ARIÑO NOS DICE...

Los tipos populares, la ternura, la crítica y la naturalidad

EL ESQUEMA

EL mundo del espíritu está lleno de fantasmas abominables ó amorosos que buscan su encarnación y alojamiento en los grandes artistas. Pertenece á éstos el don divino de crear y poner ante nuestros ojos un universo de criaturas que viven por el milagro de una actriz ó actor. Y he aquí por qué cuando desaparece ó se retira una gran figura escénica sentimos no la pérdida de una persona que estimábamos, sino el zarpazo trágico de un mundo que se pierde.

A los artistas apasionados y fanáticos de su oficio es muy frecuente oír decir en tono de dolor, después de la interpretación de un tipo: «He puesto mi vida en ese personaje.» Y no hay exageración ni hipérbole. Porque el actor ó la actriz han perdido su personalidad, han olvidado su propia naturaleza para envolverse en el espíritu del personaje interpretado. Y este enajenamiento —aunque pasajero— es un suicidio.

Es cierto que el tipo está en las hojas del libro. Es decir, no está. Allí hay un esquema, una alusión, algo incoherente y confuso trazado por la mano febril del comediógrafo. Falta el soplo vivo del artista que entra en la cantera de la obra y nos enseña tesoros inmensos. El sueño del autor adquiere plasticidad. Todavía el artista no ha dicho una frase, y ya el gesto nos va poniendo de relieve la trama sentimental, trágica ó cómica, de su alma. El gesto es la flor y el fruto sazonado es la palabra. La palabra, que es sangre, carne, nervios y ritmo delicioso en los grandes creadores, y que es en los mediocres aburrido sonsonete, fría y deleznable jerigonza.

INGENUIDAD Y PICARDÍA CANDOROSA. EN EL PALACIO Ó EL CUCHITRIL. EL MANTÓN «ALFOMBRAO»

He aquí una gran artista: Amalia Sánchez Ariño. La ilustre actriz, de limpia y clara prosapia escénica, ha enriquecido nuestro teatro con muchísimos tipos inimitables. Carne y corazón de artista, esta mujer ha llegado á las multitudes y ha conquistado la admiración del pueblo con su talento, su gracia, su ternura y su fina sensibilidad. Sus tipos populares rezuman gracejo, alegría sana, ingenuidad y picardía candorosa.

Su atavío plebeyo no se ha teñido nunca con zurrapas chabacanas ni groseras. Cuando mueve en escena las alas del mantón *alfombrao* parece una reina, y cuando calza riquísimo chapín y entra en un palacio, ya lo es. Toda su persona irradia tanta simpatía, que las pupilas se quedan pegadas á su silueta y bullen de regocijo. Los ojos también tienen sus orgías estéticas, y cuando la mirada *perdura* y se afince, es que goza y se regodea con visiones gratas y placenteras.

Hemos llegado al teatro de La Latina. Sentados en un diván aguardamos á la notabilísima actriz. Tenemos aquí, en el bolsillo, unas cuantas preguntas. Se oye el ruido de los aplausos, y á poco aparece en la puerta Amalia Sánchez Ariño. Ahora trabaja por quitarse el mantón, y éste se agarra con fuerza á su vestido de terciopelo.

—¡Uf, cómo se pega este demonio!— exclama.



AMALIA SANCHEZ ARIÑO

Y cuando la prenda cae como glorioso despojo sobre el diván, el reportero desliza tímidamente una pregunta:

—¿Qué tipos representa usted con más gusto, Amalia?

LOS TIPOS DE MADRAZA. NI SENTIMENTALISMO ANTIPÁTICO NI CHABACANERÍA. UN CACHITO DE REALIDAD

—Los tipos populares— responde con rapidez la ilustre actriz—. Esas mujeres de pueblo llenas de ternura, rebosantes de amor, que se sacrifican por todo y por todos y que se entregan sin reservas á las buenas acciones; los tipos pléticos de amor maternal, esas *madrizas*, como dicen tan gráficamente la gente del pueblo para significar un corazón rebotante de cariño, me encantan. Sí, sí, yo siento una viva predilección por esos personajes escénicos y gozo en sus interpretaciones. Pero procurando no caer en un sentimentalismo antipático ni en lo chabacano. Yo odio profundamente la grosería en la vida y en el teatro.

—¿Cómo busca usted sus personajes: en la realidad, ó los compone usted con el estudio?

—Yo asimilo fácilmente lo que leo. Procuero desentrañar el tipo que me entrega el autor para darle una justa interpretación. Cuando son personajes populares, yo *los busco* en la calle. ¡La calle, amigo mío, es un magnífico escenario! Un paseo por el mercado á la hora de compras, ó un viajecito por los barrios bajos, y se ven tipos que dan ganas de aplaudirlos. Cuando una ha tenido la suerte de coger un cachito de esa realidad y llevarla á escena, es que se ha hecho una

estupenda adquisición. A mí me gusta mucho hacer tipos raros.

—¿No le molesta á usted ponerse fea en escena?

—Si lo requiere el papel que hago, no. La composición del tipo, el acierto en la caracterización es una parte del éxito. Si yo represento una mujer farota y desastrada, cargada de críos y pobre, ¿cómo presentarme pulida y llena de perendengues? Si hago una viejecita arrugada, ¿voy á salir con la cara tersa? No, no...

—¿En qué obras ha tenido usted sus éxitos más resonantes?

—En bastantes, gracias á Dios. Que yo recuerde ahora, en *El abuelo* tuve un gran éxito. En *Pipiola* también. Y en *Amanecer*, que escribió expresamente para mí Martínez Sierra. Y en *Celia en los infiernos*, de Galdós...

UN JUICIO ACERCA DE LA CRÍTICA. LA NATURALIDAD EN ESCENA. LO QUE SUCEDIÓ UN DÍA

—Amalia, ¿quiere usted decirme qué vicios ó virtudes tiene, á su juicio, la crítica teatral?

—Nunca por vicio, sino por bondad, la crítica es generalmente benévola para nosotros, y son pocas las ocasiones en que nos censura; pero cuando lo hace es de manera tan concisa, que más nos desorienta que nos corrige.

Los artistas deseamos ver en la crítica no agravio, sino consejo, y aspiramos á que éste sea tan amplio, que no se limite á señalar el defecto. Debe indicarnos la enmienda para que podamos seguir las normas que ella, de acuerdo con el público y con nuestro temperamento, nos marque.

—¿Qué es lo que ama usted más en su trabajo?

—La naturalidad. Claro es que convencional. La afectación mata en el artista lo mejor de su naturaleza. Es como una mancha que hay que quitar para que brille y se vea la buena urdimbre. La sencillez y la espontaneidad es lo que yo más admiro. A propósito de esto, yo recuerdo un sucedido. Un actor fué á contratarse á un teatro. El empresario le habló de que la interpretación de las obras modernas exigía naturalidad. Había que huir de todo lo hueco y afectado. El actor respondió: «¿Naturalidad? ¿Ha dicho usted naturalidad? ¡Oh, aunque me esté mal el decirlo, yo soy el actor más espontáneo y sencillo de España!»

Quedó contratado y se le repartió un papel en una comedia dramática. Estaba yo en escena con otro compañero, y el actor nuevo tenía que llegar con los ojos descajados, pálido y tembloroso, á darnos una noticia trágica de otro personaje. Las palabras que tenía que decir, con acento dramático, eran estas:

—¡Condenado á muerte!

Y nosotros, al oírlo, responderíamos, horrorizados:

—¡Ooohh!...

Pues bien: nuestro hombre, para hacer su papel con *naturalidad*, sale á escena con aire regocijado y nos dice:

—¡Phs! Condenado á muerte.

Los timbres cortan la charla, se llevan á escena á la ilustre actriz y echan al reportero á la calle.

JULIO ROMANO

«EL CABALLERO DEL HONGO GRIS»



El dinamismo cunicular de Ramoncito—Gómez de la Serna es Ramoncito porque llegó tarde para ser el divino Ramón ó siquiera don Ramón, como Valle-Inclán—nos ha sorprendido con un nuevo libro, «folletín moderno», titulado «El caballero del hongo gris». Ingenuamente ramonitesco, merece ser conocido y comentado.

LEONARDO estuvo perdido en Barcelona, funcionando en sus grandes bulevares, buscando el refugio de sus cabarets.

Con su gran prestancia iba penetrando en la sociedad en que un joven es una fuerza nueva que todos creen poder asimilar y modificar como adaptable combustible á todas las vidas.

Entre las mujeres tenía gran partido, pues aunque era duro de tipo y parecía engaritado en su juventud, tenía puerilidades de mujercilla, improntus femeninos y triviales, romanticismos de menor cuantía.

—El amor y la muerte van unidos, señora—decía, por ejemplo, sin ton ni son, y eso tenía un gran éxito con las mujeres que le decían, á aquel bigardo sin fe y sin escepticismo, cualquier otra tontería como:

—Entonces usted es un pesimista.

—Sí, soy un pesimista—respondía con simpleza, dedicado nada más que á no contrariar las primeras palabras que se la habían ocurrido á la simple mujercilla.

No tenía rubor de las confidencias y las espetaba todas de una vez. Aquello á la vista sagaz tenía que resultar falso, y sin embargo, era lo que más convenía á las mujeres.

Oía con la mayor atención las confesiones más idiotas:

—¿No es verdad que no hay nada más molesto que el que la llamen á una estando durmiendo?—le decía una joven, poniendo mucha convicción en sus palabras, una enorme convicción que no era pertinente á tan fútil descubrimiento, que todo el mundo rehúsa descubrir, porque las cosas más repugnantes son las que ya es excusado decir.

—¡Ah! Sí... Tiene usted razón... ¡Cuánta razón!... No hay nada más molesto que el que le llamen á uno cuando está durmiendo—y añadía para que culminase la atracción cursi y victoriosa que acaba por hacer suya á la mujer—,

sobre todo cuando soñábamos que vivíamos felices ó soñábamos que habíamos muerto...

—¡Qué inimitable *causeur*!—exclamaban las mujeres y ya lo repetían los hombres.

—Es que es un poco de la raza que ha escrito *Las mil y una noches*—decían á veces delante de él, que respondía con descarada malicia:

—Yo no he escrito ni quiero escribir *Las mil y una noches*; yo quiero vivirlas.

•••••

Aquella mujer de los ojos implorantes, gachones, como enfermos de melosidad, y que todos sabían quién era de tanto verla pasear su tipo de exigente recién casada, de opulenta esposa que necesita del marido todas las atenciones y todas las riquezas, se había quedado viuda, y viuda porque su esposo se había suicidado por no poder sostener sus perfumes y quizás los volantes de seda bordada que movía con denuería excepcional, como si estuviese embarazada de mimo y de voluptuosidad.

Aquel hombre de tipo obsesionado, muy miope, que parecía ir suspenso y relamido por el orgullo de llevar á su mujer del brazo, y dejar por donde pasaba una estela de voluptuosidad que los adolescentes iban á buscar por las ramblas, por donde ella acostumbraba á pasear, se había disparado un tiro en la sien.

¡Qué apetitosa quedó la mujer del suicida! Viuda y viuda del suicida que es el marido que no vuelve y que no asoma, que no aporta por la casa vacía, que ha perdido todo derecho de intervención, puesto que se ha ido tan voluntariamente.

Si cualquiera otra viuda se contagia de la muerte del marido, la viuda del suicida está fresca, rozagante, como gran rosbif para los nuevos deseos.

Aurora, que así se llamaba la viuda súbita, pasó una crisis de lloros y risas, porque no sabía si indignarse con el muerto que la había abandonado cometiendo la peor de las infidelidades, ó llorarle, porque después de todo había sido su primer hombre, su maridito, con el que había paseado tanto del brazo y del que se había dejado enseñar todas las cosas, con beneplácito, siempre, como si ella las supiese ya hacía mucho tiempo.

La crisis duró unos cuantos días; pero en seguida, rabiosa, encalabrada, dándose cuenta de que no había ninguna consideración á su esposo, salió á la calle constantemente, sola, como á compras, un poco distanciada y como en una rebeldía con su familia, porque «los muy majaderos» habían considerado como un crimen el suicidio, un crimen que había manchado su apellido.

Se sentía un poco deshonrada por el suicidio de su marido, y eso precisamente la daba más libertad y la ponía en camino de mayores deshonras.

Miraba á los hombres como si les dijera:

«Se suicidó por mí; pero vosotros también haríais lo mismo.»

Ellos contestaban á aquella sonrisa con otra con que la decían:

«¿A que no?»

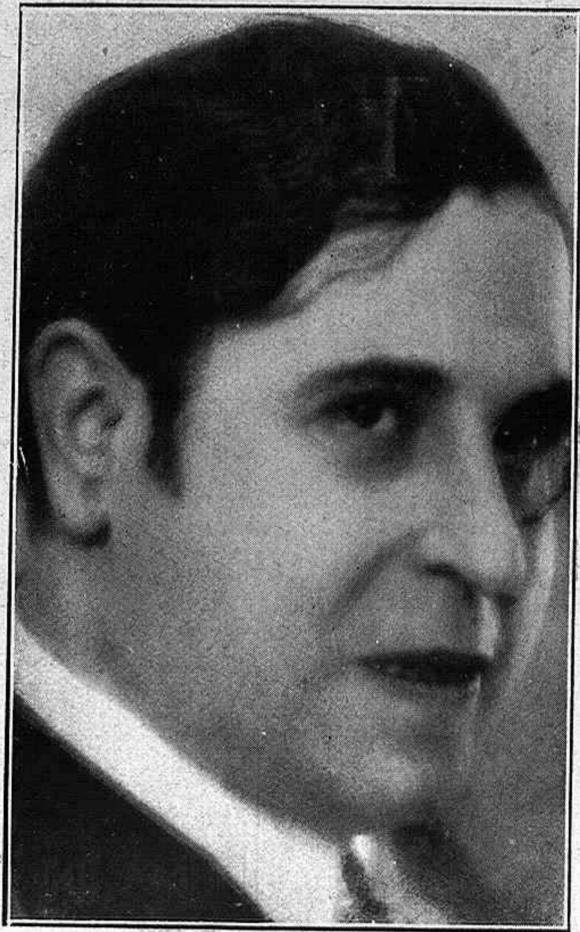
Las lunas de los escaparates se la habían lanzado de acera á acera, curiosas de aquella mujer opulenta á la que hubieran querido ahajar. Las de ropa blanca la deseaban para maniquí y las joyerías deseaban su garganta.

Se la conocía ya por «la mujer del suicida» y provocaba gran curiosidad. Algunos la siguieron, temiendo parar en el cementerio.

Leonardo la vió también y la deseó, pero no se hubiera lanzado á su conquista si no hubiera visto la gran predilección de sus amigos y el disputársela en guerrilla de toda la calle.

—Yo me suicidaría también por usted—la solían decir muchos con vulgaridad manifiesta.

Leonardo se llevó una mirada larga, para «toda la vida», cuando la dijo:



RAMON GOMEZ DE LA SERNA

—Pues yo no me moriría nunca, para no dejarla de mirar y de querer...

Se veía que Leonardo era el hombre que encontraba el halago pronto y decisivo.

Quizás después, en sus conversaciones y en sus frases, decayese; pero siempre era el halagüeño de buenas á primeras.

Aurora ya todas las tardes buscaba por entre los hombres la figura movediza de Leonardo, negro, blanco, blanquísimo, pero con una mirada pavorosa, de adormecedor de serpientes, de adormecido él mismo, de no saber lo que se hacía ni lo que quería.

Por fin, un día se pusieron á andar á la par fácilmente, pues ella redujo su marcha al ver que él se apresuraba, y en seguida estuvieron allado.

El la ofreció la mano como si se la diese ante el altar de Dios, y la dijo:

—¿Para siempre?

—Para siempre—respondió ella, de ese modo maquinal con que después del «Ave María» se escapa el «Ora pro nobis».

El paso de Aurora volvió á ser el que llevaba cuando iba con su marido y hasta le rozó con la flor disimulada de la cadera que sabía rozar con delicia rítmica.

Entró en conversación como había entrado siempre en conversación con las mujeres, metiéndose con el otro hombre:

—No pensará usted ya en aquel cobarde...

—Dejemos en paz á los muertos—dijo ella.

—No era, no es un muerto, es un huído, un desertor.

Ella estaba vencida, aterrorizada por aquella racha de insultos gallardos.

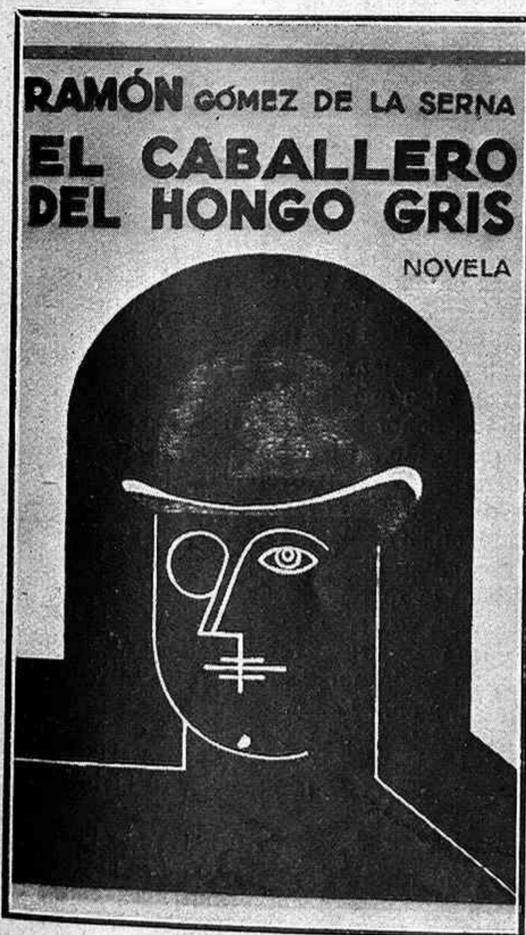
Leonardo no dejaba la acera á nadie y tuvo una discusión violenta con un señor que no se apartó.

Todos miraban á Leonardo como á un ser privilegiado.

Los abanicos que llenaban los escaparates de la primavera abanicaban á la pareja apasionada, que no cabía por la acera.

—Otro suicida—decían á su paso los grupos envidiosos y que suponían que ella se lo iba á sorber.

RAMÓN GOMEZ DE LA SERNA



Portada del libro



El hombre que quiso matar a Dios.

CUENTOS DE «LA ESFERA»

USTED cree en el bolcheviquismo y los bolcheviques?... Yo tengo, la verdad, una impresión extraña que mil hechos absurdos vienen á confirmar.

Paco Frías interrumpió:

—Sí, ya sé lo que quieres decirnos... La revolución bolchevique, en realidad, oculta una maniobra judía. Pueblo perseverante el de Israel, duro, sufrido, no tuvo el valor de sublevarse contra las opresiones y tropelías de que era víctima (unas persecuciones y unos atropellos inicuos, crueles, malvados, en que los dominadores se ensañaban con ellos, porque era más fácil y cómodo poseer quitándoselo á quien con perseverancia y esfuerzo lo había ganado, que conquistarlo por sí mismo), é incubó la revolución comunista como... una liberación. Decidió herirles con sus armas. Hace veinte siglos que una revolución enormemente socialista les ligó y amordazó, destruyendo el equilibrio sobre que estaba hecha la vida judía; hace veinte siglos que se afirmó que un rico no entraría en el Reino de los Cielos. Ellos, ante la entronización de los pobres, de los miserables, de los siervos, de los enfermos, habían sucumbido; y esos parias, justamente, merced á la revolución que comenzó en un rincón de Judea, habían ido ascendiendo de los lodazales del lago Tiberiades al Foro romano, y á los templos y palacios de Bizancio. Pues bien: no había sino buscar en la doctrina vencedora el punto vulnerable, mejor hacerla suya, contra aquellos mismos á quienes dió la fuerza.

Rita Alarés interrumpió:

—Sí, sí; pero no vas á comparar la doctrina, todo bondad y amor, de Jesús de Nazaret, con la brutalidad de los bolcheviques.

—¿Comparar?—insistió Frías—. El Redentor redimió; pero repugnó siempre la violencia, la crueldad, la inexorabilidad. Los judíos,

ayunos de fe en la bondad natural de la Humanidad, escarmentados ó afirmados en su creencia por veinte siglos de opresión y atropello, pensaron que la bondad era el punto vulnerable.

Gustavo Portalés, el primero que había hablado, objetó á su vez:

—No negarás que la cosa es bastante inmoral; pero no se trata de eso, no es cosa de exégesis religiosa ó moral, sino algo más cerca de la Naturaleza, en el sentido más rudo y simple de la palabra. Mi impresión es que esta revolución es muy moderna; pero, justamente, en la seguridad de ese modernismo está su espanto. Es..., es... una revolución ferozmente, animalmente egoísta.

La afirmación del escritor, más mundano y *diletanti* de la filosofía, tuvo el don de inquietarles y apretarles en torno á él en un racimo de curiosidad.

Un poquillo arbitraria resultaba la tertulia, bastante acorde con la personalidad no bien definida de Dionis Atalaya. Así, sobre el fondo gris en que se destacaban unas cacerías de Seidner, dos retratos de caballeros ingleses de Reynolds, y en un lado, encuadrado en damascos que daban á aquello cierto aire de altar, un cuadro atribuido á Boticelli. (¿Atribuido?... Dios mío, eso de las atribuciones es tan socorrido. La Pan-corbo, con su lengua de hacha, había zanjado la cuestión: —Pongan ustedes... *La Calumnia*, de Boticelli, y... estarán en lo cierto.) Los muebles eran ingleses, de cuero, amplios y cómodos, y en las estanterías, libros, muchos libros, una biblioteca admirable.

Aunque muy moderna, audaz y cosmopolita, la concurrencia no iba mal con el fondo.

Rita Alarés, *chic* y elegante (las dos cosas, que no son una misma); Etelvina Pérez de Castilla, muy española por el padre, romántica y soñadora por la madre, alemana; Paco Frías, de un

snobismo *literario*; Gustavo Portalés, más *sport* que otra cosa, y las cursilantas de las señoritas de Valladolid, entrometidas y pretenciosas, para quienes el arte, si no un Jordán redentor, fué una especie de carro de Elías que, aunque á trompicones, les ayudaba á escalar los cielos (creían ellas) de la elegancia.

Se hablaba de bolcheviquismo, porque la gran preocupación de aquellos señores era el dinero; de los unos, porque no tenían bastante; de los otros, por miedo á que les quitasen el que tenían.

Dionisio Atalaya, siempre con su afán de hacer literatura, reanudó su explicación ó perorata:

—Ha sido esta revolución, la rusa, que amenaza extenderse por el mundo, una revolución sin fe ni entusiasmos que la justifiquen, sin bondad ni caridad que la redima. Además, ha sido algo feo, vulgar, ordinario (no os riáis del adjetivo), algo anónimo casi, impersonal, algo que podría denominarse la labor del revolucionario desconocido... No os chanceéis, no protestéis, no lo miréis como irreverencia; pero si la guerra europea ha sido la guerra del soldado desconocido, en su anulación de valores personales ante el anónimo de la masa, la revolución bolchevique es la revolución del *revolucionario desconocido*. Ya ves, sólo Lenin, y aun ése el fanatismo de las masas rusas pretende hacer de él un Cristo, un Buda, un Mahoma ó un Lutero; pero se quedará en... Lenin.

La disertación comenzaba á cansarles, y fué Rita la que llevó la voz de la general impaciencia:

—Bueno; pero la historia, tu historia...

El predicó:

—¡Calma, señores; calma! Todo llega, y ahí va la historia del sabio que quiso matar á Dios.

El círculo estrechóse aun más, con afanosa curiosidad, entre escandalizada é irónica. El narrador comenzó:

—Pues verán ustedes...—Detúvose, y tras breve pausa realizó un viraje completo, que desconcertó al auditorio—. Ya saben ustedes que es opinión vulgar la de que Dios ó el destino da á cada uno lo que le conviene. Algo de esto sucedió palmario en mi cuento ó historia. Tampoco dudarán ustedes de que la revolución rusa se ha mostrado respetuosa é incluso devota con trabajadores y sabios, siempre, claro está, que... pensasen como ella. Ya saben ustedes aquel dicho vulgar, hasta un poco chabacano, de la comedia ó zarzuelilla vieja, cuya cita no respondo sea de una exactitud al pie de la letra, pero sí de pensamiento:

*El libre pensamiento predico yo
y muera el que no piense...*

Entre los sabios que el cataclismo ruso cogía en sus laboratorios y estudios, ajenos á toda política, estaba Iván Servatoff, el famoso biólogo. La revolución comenzó por solicitar su concurso para justificarse, probando como dos y dos son cuatro, la razón con que obraba, la degeneración de las razas directoras y el cretinismo de todo el que tenía dinero, razón sobrada para... quitárselo.

Pero el bueno de Servatoff no entendía de política y era demasiado fanático de su ciencia para ponerla al servicio de las tropelías; así que opuso ni siquiera una negativa ó protesta razonada, sino la inercia. Entonces, los directores creyéronse en el caso de arrojarle en una cárcel. Inútil; no protestó ni se sublevó, pero siguió inerte, insensible. Como no era cosa de alimentarle á perpetuidad, y las ejecuciones inútiles, además de caras, son de mal efecto, le echaron á la calle, decididos á dejarle morir de hambre. De hambre hubiese muerto si no coincidiera aquella fase de su calvario con una protesta mundial contra el trato que Rusia daba á sus sabios. Entonces, el gobierno decidió mirar por ellos (!) y darles colocación. Claro que esto era una apariencia tan sólo, y que lo que verdaderamente se buscaba era quitarlos de en medio, destinándoles á puestos malsanos, incómodos, fatigosos, que nadie quería.

—Vamos— interrumpió Paco Frías, riendo— que le destiraron al servicio de limpiezas ó cosa así.

—Pues te equivocas— aseguró Atalaya—. Le enviaron á algo mucho peor, que, por lo que antes te dije que Dios da á cada uno lo que le conviene, resultó convenirle á él. En no sé qué distrito de Crimea había en el fondo de un embudo natural, formado por altas montañas mineras, un lago malsano y pestilente, donde se incubaban los gérmenes de las más horribles enfermedades. Claro que en tal lugar el biólogo resucitó en él, y púsose á realizar estudios y experimentos. En aquella soledad casi absoluta, en que no mantenía trato sino con el campesino

que una vez al mes venía á traerle los alimentos, reanudó sus investigaciones, y no tardó en empezar á recoger frutos óptimos.

Pero olvidé decirles que el bueno de Iván, como todos los rusos, tenía algo de loco y de iluminado; allá en sus verdes años había simultaneado el estudio de la biología con la astronomía, la astrología, la teosofía y la magia, y aun hizo algún experimento destinado á hallar el secreto de la generación espontánea.

Repito que el lago aquel era un verdadero caldo de cultivo para toda clase de gérmenes envenenados; Servatoff allí no tenía instrumentos, ni libros, ni nada. Añadamos á ello su exaltación mística, agravada hasta rayar en locura, por la soledad, las privaciones y persecuciones, y hallaremos que en sus investigaciones de ahora había mucha ciencia, algo de fantasía, un poquito de genio y hasta sus puntos y ribetes de chifladura, por no decir vesania. Fatalmente, las investigaciones, realmente científicas, para las que le faltaban elementos, pasaron á segundo plano, y fueron substituyéndolas por unas raras especulaciones filosóficas tocadas de teosofía. Sus primitivos estudios, sus aficiones, trocadas en iluminaciones visionarias, volvieron; la generación espontánea, del rincón del olvido en que yacía, surgió á la luz otra vez. Pasó largos días de meditación y estudio, es decir, un extravagante y estafalario estudio, en que á los textos científicos y los libros de los maestros sucedieron algún documento de curandero aldeano y el gran libro de la Naturaleza. En tales condiciones, desperató un día después de una noche de insomnio, en que le hicieron compañía, sucesivamente, una lombriz de tierra, un lagarto, una víbora y una araña peluda; despertó con un convencimiento parecido al propulsor de Prometeo. Dios no servía; él podía crear la vida, es decir, poseía el secreto que hasta entonces Dios—Jehová, Ormuz

Brahma—había detentado. Y aquel secreto, al destruir, divulgando la verdad, su poderío, iba... ¡á matar á Dios! Dueño ya de lo que él creía una certeza, decidió enviar un comunicado al gobierno soviético.

Había mandado ya varios. Claro está que el gobierno habíase encogido de hombros tras arrojarlos en el cesto de los papeles, pero aquél... Dió la casualidad de que, como los demás del Comité se retrasasen, el consejero entretúvose en pasar revista á distintos papeleros, y entre ellos al comunicado. Claro que esperó hallar cualquier protesta ó pretensión referente á las minas: una denuncia ó acusación ó cualquier salida de tono. De improviso, la palabra Dios retuvo su atención un momento; luego la curiosidad le impulsó á leer; ¿qué tendría el buen Dios que ver en todo aquello?... Pero, según fué enterándose, su ceño fruncióse con atención profunda. Verdad ó mentira, aquello entrañaba grandísima importancia. El partido campesino, poderoso, pese á todo, tenía una gran fe, y al destruirlo se le restaban fuerzas. Justamente, tal teoría, expuesta por un sabio de reputación mundial, era un arma política de inestimable valor. ¿Mundial?... Pues claro que reputación mundial. ¿Que yacía obscurecido? ¡Bah! Había estado dedicado á importantísimos estudios...

Y así, de la noche á la mañana, Ivan Servatoff se encontró llamado á Moscú, enaltecido, loado, magnificado. Le habían hecho jefe del Instituto Biológico, y todos los periódicos soviéticos le enaltecían hablando de su obra. Al fin llegó la hora en que debía revelar al mundo su misterio, el secreto descubierto en largas horas de meditación y retraído estudio. Los Soviets, imparciales y respetuosos con la ciencia, querían que su palabra reflejase luz sobre la tierra.

Y sólo la noche anterior al discurso que la radio, trenes, automóviles, telégrafos y teléfonos habían de esparcir, Iván, aislado en el despacho de la Dirección, sintió un gran malestar, una tristeza infinita, el desconsuelo de lo liviano del vivir. Enamorado de la ciencia, su culto, su gran culto, el único culto de su vida, en una hora de clarividencia, pensó que no, que no sabía nada, que las causas primeras eran un misterio inescrutable. Vió claramente que su audaz teoría no era sino una absurda utopía en él, así como el fervor en los otros sólo era conveniencia disfrazada de fe.

Y al día siguiente, cuando el público trepidaba de impaciencia, esperando el destronamiento y ejecución de Dios, cayó de rodillas y sólo acertó á murmurar que no sabía nada de nada.

El fué á quien mataron los soviets.

Antonio de HOYOS
y VINENT



Pasó largos días de meditación y estudio

(Dibujos de Echea)

EL RETABLO DE LA ILUSION

LO QUE SUGIEREN LOS POLICHINELAS



TEATRO de polichinelas.

En una calle vieja y estrechuela se apiña un gran corro de gentes sencillas que ríen ante un teatrillo de fantoches.

Ha llovido, y el cielo está gris y la calle enlodada, de un color pardo de sayal, de pobres de buriel hospiciano ó presidial.

La embocadura tiene una pintura casi borrada por la vejez, por el sol de muchas canículas y las lluvias de muchos inviernos.

Los pobres fantoches también son muy viejos, y con sus desconchaduras y sus raídas vestimentas absurdas dan una impresión melancólica.

Recuerdan á esos comediantes que se han sobrevivido y que en la ancianidad vuelven á hacer tristes payasadas en un escenario, en una función de beneficio que tiene el aspecto de la última limosna decorosa... Si no se mueren pronto, seguirán las limosnas de calderilla en la vía pública, sin ningún pretexto de arte.

Ellos acaso lloran mientras la gente ríe. También estos polichinelas tienen largos surcos á lo largo de sus mejillas de cartón.

La vieja hechicera Marizápalos, el Flaco de Castilla, el fraile motilón, nuestros antiguos ami-

gos de la niñez, han resucitado en el escenario callejero.

Son unos compadres de buche redondo, bracetos muy tiesos y perfiles de cotorra.

En la cabeza calva tienen unas abigarradas escarapelas, y en las manos una estaca terrible que resuena triunfalmente cuando la baten sobre sus crestas de cartón.

¡Ah, entonces cómo se ríen todos! ¡Risa luminosa y alborozada de los niños, que palmotean felices; risa ingenua y sana de los mayores, que en este instante de maravilla vuelven á ser niños!

Después cae el telón, de percalina rameada. Se ha deshecho el encanto. Los fantochines desaparecen por escotillón. ¡Quién sabe si volveremos á verlos!

Hacia muchos años, muchos, que no les encontrábamos en nuestro camino.

En este instante nos interesa ver la cara del artista que llevaba los hilos del tinglado, la voz oculta, la voluntad invisible de la comedieta; la que determinaba la acción, decía los donaires con un soniquete carnavalesco y daba las terribles somantas, principalmente en la coronilla del fraile motilón.

Queremos ver el rostro del que era la alegría, el amor ó la fatalidad en el mundo de los polichinelas.

Muy pronto salió el titerero. Es casi viejo: tiene una cabellera gris y un gran mostacho, que contrastan con el negror de sus ojos, vivaces, iluminados.

Con su chapeo en la mano y muy alegres y donosas palabras, echa un guante entre su abigarrado concurso. Mira los balcones sonriendo. La calderilla rebota sobre el empedrado fangoso.

Después mete su teatrillo dentro de una bolsa verdinegra y se aleja lentamente...

Este viejo bohemio, este simpático vagabundo, tiene el más noble de los oficios: hacer reír á los niños y hacer recordar á los grandes...

Al fin de la calle se pierde su figura, su melena gris, su parda vestimenta, su saco verdinegro, confundido con el gris del cielo lluvioso y el color pardo de sayal, de pobreza, de buriel hospiciano ó presidial del suelo enlodado.

EMILIO CARRERE

(Dibujo de Máximo Ramos)

LA CONFERENCIA DE LA UNIÓN INTERPARLAMENTARIA, EN BERLÍN



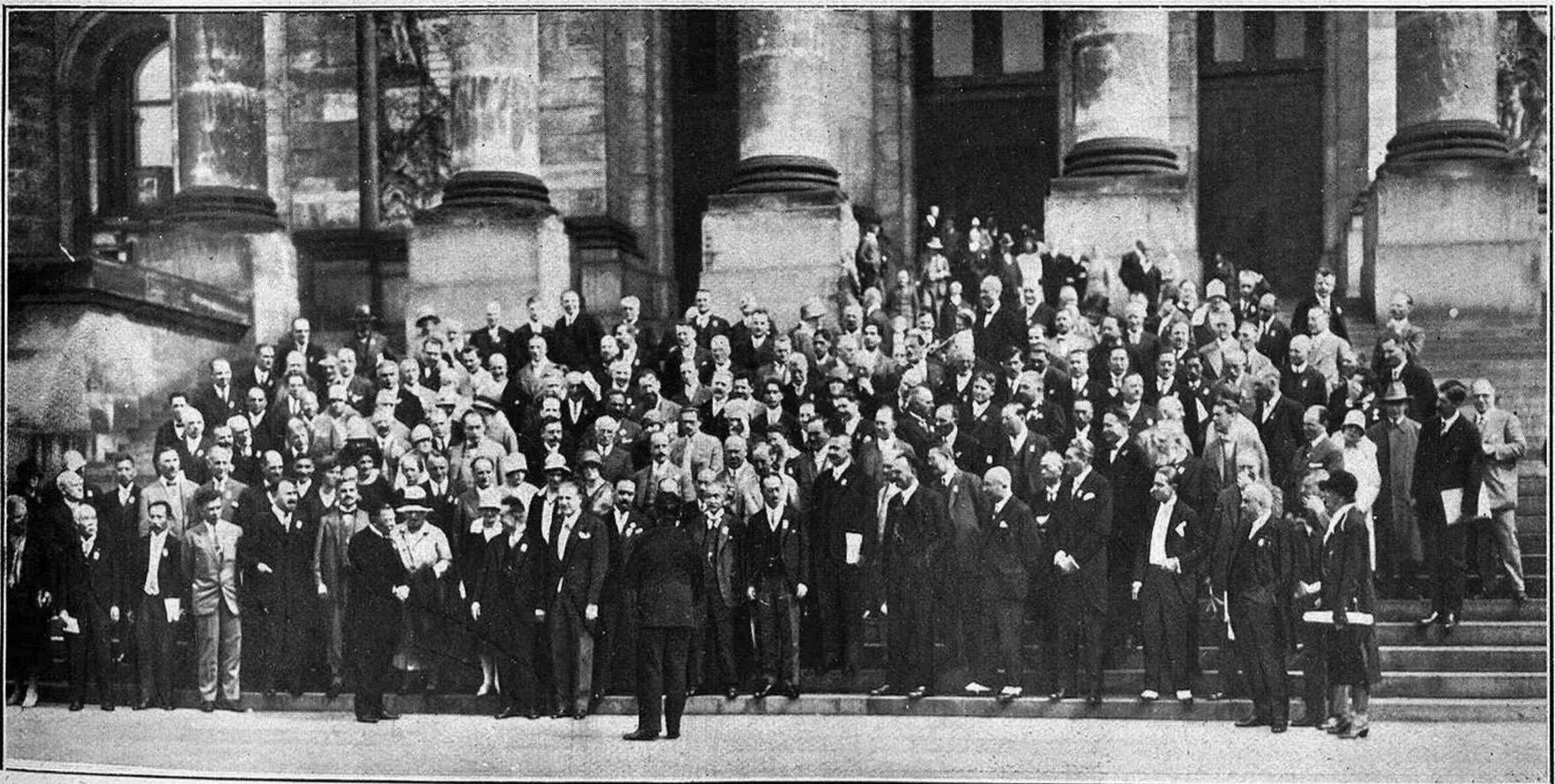
Sesión inaugural de la Asamblea de la Unión Interparlamentaria, celebrada en el palacio del Reichstag, en Berlín, bajo la presidencia del jefe de la Cámara alemana, Paul Loebe

EN la capital berlinesa ha celebrado sus reuniones la Conferencia de la Unión Interparlamentaria, cuya sesión inaugural fué presidida por el del Reichstag, M. Loebe.

Los delegados abordaron numerosas cuestiones de importancia capital en el régimen de

asambleas y parlamentos, examinando con cuidadoso estudio las fórmulas que quedan todavía para evitar, por medio de las intervenciones parlamentarias, toda posibilidad de nuevos conflictos armados entre los pueblos. A este objeto, la Comisión jurídica inició el estudio de los castigos

que hayan de imponerse á los pueblos que turben la paz. El presidente efectivo de la Conferencia, Schuecking, clausuró la Asamblea con frases de estímulo á todos los países adheridos, y de elogio para la perfecta organización del Congreso Interparlamentario.



Los delegados de las Cámaras de todo el mundo que han asistido á la Asamblea de la Unión Interparlamentaria, reunidos en la escalinata del Reichstag berlinés

(Fots. Marín)

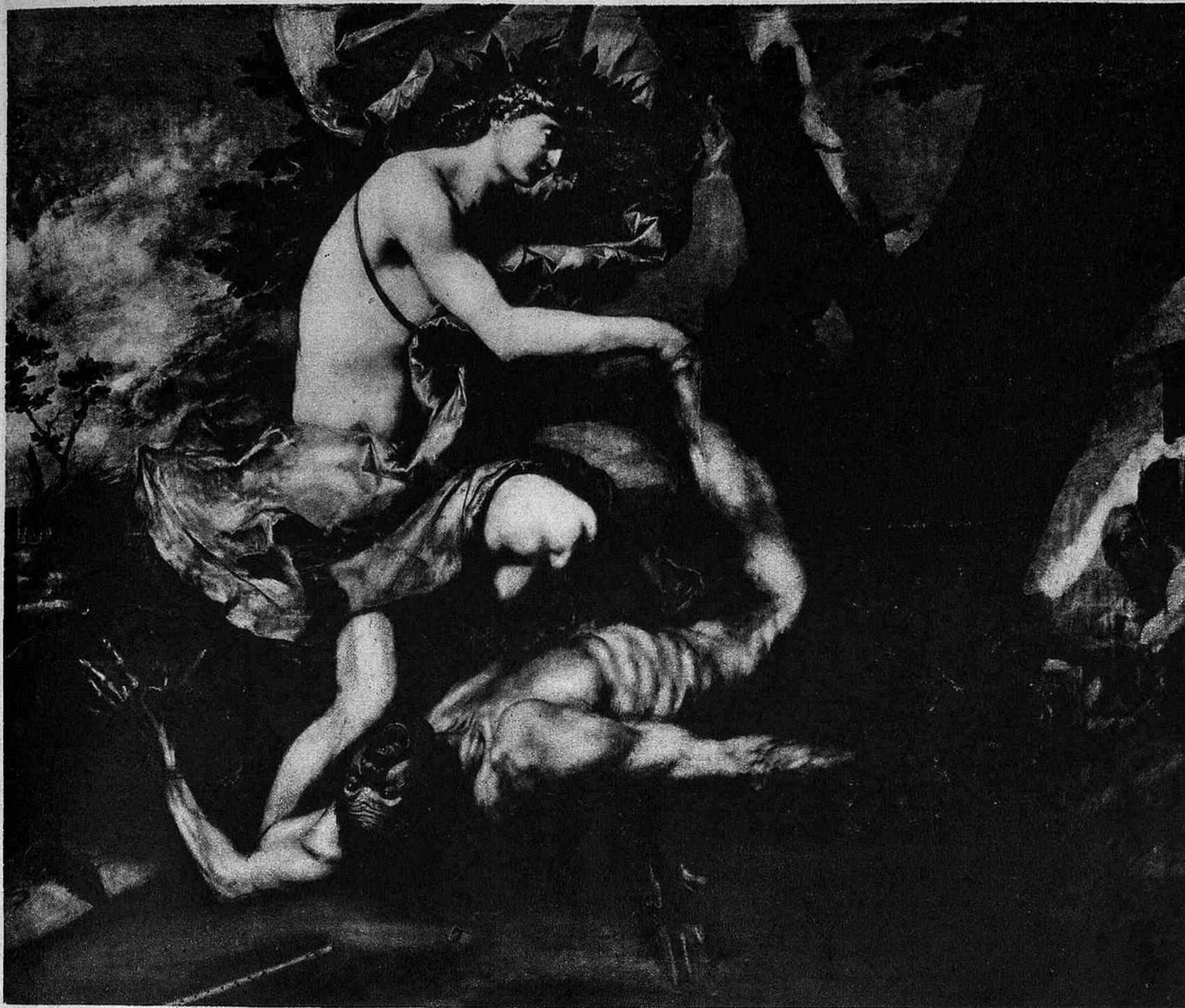
LOS BELLOS ROSTROS FEMENINOS EN LA PANTALLA



Lois Wilson es una de esas gráciles mujercitas norteamericanas que á menudo desempeñan en los «films» que vienen del Hollywood los ingenuos papeles de las sencillas comedias. En esta fotografía, el semblante de Lois Wilson emana esa atrayente graciosa simpatía que es el propio carácter

LOS GRANDES PINTORES ESPAÑOLES EN EL EXTRANJERO

EN LOS MUSEOS DE BÉLGICA



«Apolo desollando á Marsias», cuadro de Ribera, existente en el Museo de Arte Antiguo, de Bruselas

LA vieja pintura española tiene puesto de honor en todos los grandes museos extranjeros, y en ellos suelen destacar, aun dentro de selecciones muy cuidadas, obras de nuestros grandes pintores no sólo antiguos, sino también, aunque en menor proporción, naturalmente, modernos.

Creemos que sería muy conveniente hacer un inventario cuidadoso de toda esa riqueza artística, si muy interesante para la historia del arte en general, más interesante aún para la historia del arte español. A ello nos proponemos contribuir publicando reproducciones de aquellas grandes obras que permitan á nuestros artistas conocerlas lo mejor posible.

Los museos de Bruselas no son, ni mucho menos, los más ricos en pintura española; pero aún hay en ellos cuadros muy dignos de ser conocidos. Reproducimos en estas páginas la mayor parte de ellos, casi todos podríamos decir, puesto que sólo faltan dos: un santo de Murillo y un cuadro de Carreño, de que, por razones diversas, no ha sido posible conseguir reproducciones fotográficas.

De los que publicamos, cuatro: el de Goya, el

de Lucas y los dos de Zuloaga, están en el Museo de Arte Moderno; los restantes, en el Museo de Arte Antiguo.

De estos últimos, dos parecen, indiscutiblemente, de Coello, dos retratos de María de Austria y de María de Parma, y otro no definitivamente identificado, y que figura sólo como de Escuela Española, que quizás puede ser atribuido también al mismo autor ó, cuando menos, á un buen discípulo suyo.

Un cuadro de Ribera muy interesante por su asunto mitológico, *Apolo desollando á Marsias*, el de mayor tamaño de los conservados de pintores españoles en el Museo de Arte Antiguo, ocupa en él lugar muy preferente, y distinguido le ocupa también, no obstante, el modelo, tan poco grato á los belgas, el retrato del duque de Alba, atribuido á Moro.

El último de los cuadros de pintores españoles corresponde á época posterior á los anteriores, y figura sólo como de Escuela Española. Es interesante, sobre todo, por su colorido, cálido y luminoso.

Dos de los cuadros conservados actualmente en el Museo de Arte Moderno, el de Goya y el de Lu-

cas, estuvieron hasta hace poco en el de Arte Antiguo, y el segundo de ellos, titulado *Escenas de la Inquisición*, figuró durante mucho tiempo como de Goya. Tal vez el *Retrato de muchacha*, de cuya autenticidad puede dudarse á veces, no obstante estar firmado, cambie también algún día de atribución. Las *Escenas de la Inquisición*, seguramente de Lucas, como ahora dice el catálogo, es un cuadro muy bello y muy semejante á otro del mismo autor é igual asunto que figura en el Louvre.

De los dos Zuloagas, uno, *El alcalde de Riotorto y su mujer*, es una de las mejores obras de su autor; el otro corresponde á la primera época de Zuloaga, pero es también digno de él.

No son los existentes en los Museos de Bruselas los únicos cuadros españoles conservados en Bélgica; pero sería difícil hacer un inventario total de los que existen en otros museos y en galerías particulares.

En el Museo Comunal de Lieja, por ejemplo, está el cuadro de Mezquita *La juerga*, premiado con primera medalla de oro en la Exposición Internacional de 1910, y que entonces fué comentadísimo.



«Retrato de María de Austria», pintado por Coello, que se conserva en el Museo de Arte Antiguo, de Bruselas

Los pintores españoles en los Museos Extranjeros EN BRUSELAS



«Retrato de María de Parma», pintado por Coello, que se conserva en el Museo de Arte Antiguo, de Bruselas



«Escenas de la Inquisición», por Lucas



«Antes de la corrida», por Zuloaga



«Retrato de muchacha», por Goya

En el Museo de Gante hay un cuadro de Rusiñol y algún otro, singularmente de pintores catalanes, que reproduciremos en otra ocasión.

De colecciones particulares son muy interesantes dos Goyas, auténticos, que posee el banquero «bruseloa» Philipson.

En Gante, una aristócrata inglesa, M. Smith, posee un Greco adquirido á la señora de Ahumada, que reproducimos también, y que, positivamente, tiene un gran valor documental.

No hay, pues, en Bélgica un gran número de cuadros españoles; pero los que allí se conservan son suficientemente representativos de distintas épocas de nuestra pintura, salvo la actual.

En cambio, faltan completamente representaciones de nuestra escultura. Ciertamente que también en los museos españoles faltan ejemplares de la escultura belga, y singularmente de la contemporánea. Meunier, por ejemplo, no existe para España.

Nuestra escultura y nuestra pintura actuales deberían ser asimismo más conocidas en Bélgica.

Quizás no lo son tanto como sería necesario, porque los museos no han sido formados en ningún país sistemáticamente, sino muy al azar de las posibilidades de adquisiciones no siempre oportunas y, desde luego, nunca encaminadas al fin educador que podrían realizar las pinacotecas si á su formación hubiesen presidido nor-



Escuela española — «La cena interrumpida»

mas más reflexivas ó posibilidades de mayor oportunidad.

Reunir ejemplares característicos de pintura de las diversas escuelas, en los diversos países, daría á los museos un valor extraordinariamente superior al que actualmente tienen, y esa forma de selección no sería incompatible con el predominio en cada una de las colecciones de aquellas escuelas que podríamos denominar locales, y que en su país propio están en el ambiente más adecuado y pueden ser mejor comprendidas.

Rembrandt y Goya, por ejemplo, forzosamente han de ser mejor comprendidos en Amsterdam y en Madrid, respectivamente, que en lugares distintos, y, naturalmente, con luminosidades muy diferentes de las que dieron valores cromáticos á los modelos, aquellos maravillosos artistas acertaron á reproducir en sus cuadros.

Aun dentro de una misma localidad, ambientes distintos y luces diferentes dan modalidades distintas, y en la personalidad fuertemente acusada de cada gran artista, cuando se trata de pintura, no es necesario apelar á la teoría de Taine para ver claramente reflejada la influencia del ambiente en que los artistas vivieron.

Velázquez y Goya fueron igualmente pintores de Cámara en la corte de España; pero la corte de Carlos IV no era ya la corte de los Felipes, y la vida del sordo aragonés no era tampoco tan rigidamente cortesana como lo había sido la de su glorioso antecesor.



Cuadro del Greco, de propiedad particular

Los pintores españoles en los Museos Extranjeros

EN BRUSELAS



«Retrato de una princesa», cuadro de escuela española, existente en el Museo de Bruselas

No hay duda de que á Velázquez se le comprende mejor después de haber paseado por el severo paisaje del Pardo, y á Goya cuando se ha recorrido las miserables orillas del Manzanares haciendo escala en la Florida.

La vida espléndida de Rembrandt y el amor que le hizo exaltar aún más su magnificencia, sentido por su mujer, están bien reflejados en el retrato que conserva el Museo de Madrid; pero, evidentemente, *La lección de Anatomía*, *La ronda de noche* y *Los síndicos del gremio de paños* están mejor en Amberes, bajo aquel cielo plomizo, cerca de aquellas calles estrechas, entre casas altas de techos violentamente en declive, á cuyos pies corren los canales de aguas negruzcas, tan distintos, aun dentro de la misma Holanda, de los canales, inmensamente más risueños, de Rotterdam, bordeados de casas claras, de colores violentos, pero siempre en gamas más luminosas.

Esa localización de los grandes artistas sería, además, necesaria siempre para estudiarlos á fondo; á Velázquez podrá conocerse en Berlín ó en París, suponiendo que sean auténticos los Velázquez tan puestos en duda del Museo del Louvre, por ejemplo; pero no habrá modo de «intimar» con él si no «tratándole» en el Prado, ver juntos todos aquellos cuadros de que un escritor francés, que ha pretendido escrutar el alma de España buscándola en las obras pictóricas, dice que son una inmensa plegaria que tiene su síntesis en el Cristo.

Pero, evidentemente, cuando no se trata de llegar al conocimiento profundo de la obra de un artista ó de una escuela, un museo será tanto más útil cuanto más completa pueda presentar, mediante modelos muy característicos, bien elegidos, la historia íntegra del arte pictórico; su evolución total que explica más completamente las verdaderas obras maestras de los distintos países y de las diferentes tentativas y hace más inexplicables aún las tentativas audaces, pero sin consistencia, de los que pretenden hacer arte nuevo sin genio para innovar.

En ese sentido son de un interés capital aquellas salas del Museo de los Uffizi, de Florencia, en que se conserva la colección de autorretratos. En ella puede verse de un modo claro, simplificada, además, por la unidad de tema, esa evolución que resulta enormemente instructiva y que aún lo sería más si aquellos rostros fueran estudiados, desde puntos de vista diferente del puramente artístico, por quien uniese á las cualidades de crítico de arte las de psicólogo.

Pero, repitámoslo, los museos no han sido formados con un fin directamente docente, que, además, en las épocas en que esas grandes colecciones comenzaron á existir apenas si podía vislumbrarse. La preocupación educativa ha nacido muy posteriormente, y no hace muchos años que se traduce en una aplicación directa, y que, naturalmente, nos parece fundamental de la ciencia á la ordenación de las pinacotecas. Antes, para colgar los cuadros en un museo, se atendía al espacio disponible, y, cuando más, y aún recordamos todos que no siempre ni mucho menos, á la luz que á cada cuadro podía llegar.

Pero ahora, cuando un conocimiento más claro y más completo de los problemas que entraña la historia del Arte podría hacer más sistemática la selección de obras para las pinacotecas, han surgido otros obstáculos que la han hecho imposible ó poco menos.

Primeramente pareció la avidez *sno-*

Los pintores españoles en los Museos Extranjeros EN BRUSELAS

bista de los capitalistas, multimillonarios, norteamericanos, que deseaban ennoblecen sus palacios con las obras maestras del arte universal, y podían pagarlas á peso de oro, con mayor esplendidez que los Estados mismos á quienes preocupaban, á veces con carácter muy apremiante, otras necesidades de carácter nacional más visible y más generalmente sentidas que las puramente espirituales.

Fué esa la época floreciente del charmarilismo que se lanzó á la busca de obras maestras y las encontró muchas veces, aunque otras, las más, tuvo que contentarse con las que podían parecerlo.

Tras los chararileros de buena fe vinieron luego los falsificadores de obras artísticas; pintores hábiles, habilísimos en la imitación perfecta de estilos y maneras, y arqueólogos bien documentados en las artes del *trucage*, como dicen los franceses.

Las imitaciones llegaron á la perfección, y no sólo á los multimillonarios norteamericanos, sino á los mismos verdaderos peritos, universalmente reconocidos como tales, llegaron á engañar. No ya en cuadros, en toda clase de objetos artísticos, se llegó á hacer «falsos» de una falacia sorprendente; el caso famoso de la tiara de Sactafermes, adquirida, á mucha costa, por el Museo del Louvre nada menos, y cuya falsedad, denunciada poco después por el propio autor, sirvió de tema durante un año á cancionistas y autores de revistas, no ha sido olvidado aún, y fué muy instructivo.

Pero lo más lamentable de aquel éxodo de obras artísticas, determinado por la vanidad de los coleccionistas de allende el Atlántico, fué la reacción que determinó en todos los países de Europa contra la salida de obras artísticas de sus respectivos territorios.

La riqueza artística fué considerada en todos los países como una parte integrante y forzosamente defendible del tesoro nacional, y unos pueblos antes y otros después, promulgaron leyes que si no impiden en absoluto la salida de obras artísticas, porque no es posible poner puertas al campo, le dificultan enormemente y hacen cada día menos probables las adquisiciones por museos oficiales.

Ese criterio, nacionalista á todo trance, no puede ser censurado, en realidad, por las razones apuntadas antes y por otras más que holgaría apuntar ahora; en principio, cada país debe conservar lo mejor posible su patrimonio artístico, considerándole como una herencia intangible é inalienable; pero, como todos los bienes, ese criterio, llevado al exceso, puede fácilmente convertirse en un mal. Las obras de arte tienen, cuando son obras maestras, un carácter de universalidad que tampoco puede ser olvidado; el más grande y el más universal de los pintores no podría envanecerse de haber formado su espíritu dentro del ambiente, por amplio que sea, más reducido que el del mundo entero, de su país. No hay, en realidad, pintura ni pintores absolutamente autóctonos, y precisamente es por comparación, viendo lo que tienen de propio y lo que tienen de ajeno, cómo se avaloran las más fuertes personalidades.

Ahora se habla mucho de intercambio y de colaboración intelectual. Algo han intentado los Gobiernos en ese sentido; pero tan poco y tan sin eficacia, que aún están sin realizar canjes acordados entre España y Bélgica precisamente, en el año 1910, y eso que sólo se trataba de reproducciones de trabajos escultóricos.



«El alcalde de Riotorto y su mujer», cuadro de Zuloaga, existente en el Museo de Arte Moderno, de Bruselas

Los pintores españoles en los Museos Extranjeros **EN BRUSELAS**



«Retrato del duque de Alba», pintado por Moro, existente en el Museo de Arte Antiguo, de Bruselas



PARA DESTRUIR UNA LEYENDA
Eugenio Noel en Los Angeles

«Minerva del Castillo»—María del Castillo de Ponc—es una de las figuras literarias más preeminentes de los círculos cinematográficos de Hollywood. De ella recibimos un informe interesante: se había dicho que Eugenio Noel había sido mal recibido en Los Angeles porque su cabeza melnuda y su indumentaria no correspondían al tipo ideal que de la raza hispana debíamos imponer en la pantalla. «Minerva del Castillo» nos envía la fotografía que publicamos en esta plana, en que el popular escritor aparece con su indumento y tipo personal, acompañado, en prueba de cordialidad, por la *estrella* cinematográfica Lupe Vélez.

VIDA ARTISTICA

El pintor francés Charles Manciet

RECIENTEMENTE hubo ocasión de conocer en el Museo de Arte Moderno una serie de cuadros del pintor Charles Manciet.

M. Charles Manciet es director del Museo de Burdeos, y tiene una personalidad definida como paisajista, aunque también cultiva la pintura de figura y el retrato con notable disposición.

En el conjunto de cuarenta cuadros que expuso en nuestro Museo, treinta y cinco eran paisajes y cinco de figura.

No se crea, sin embargo, que estos últimos desmerecían respecto de los demás. M. Manciet es un pintor dotado de positivas cualidades que no se ocultan ni extravían lo mismo cuando reproduce un momento y un sitio de naturaleza que la forma humana.

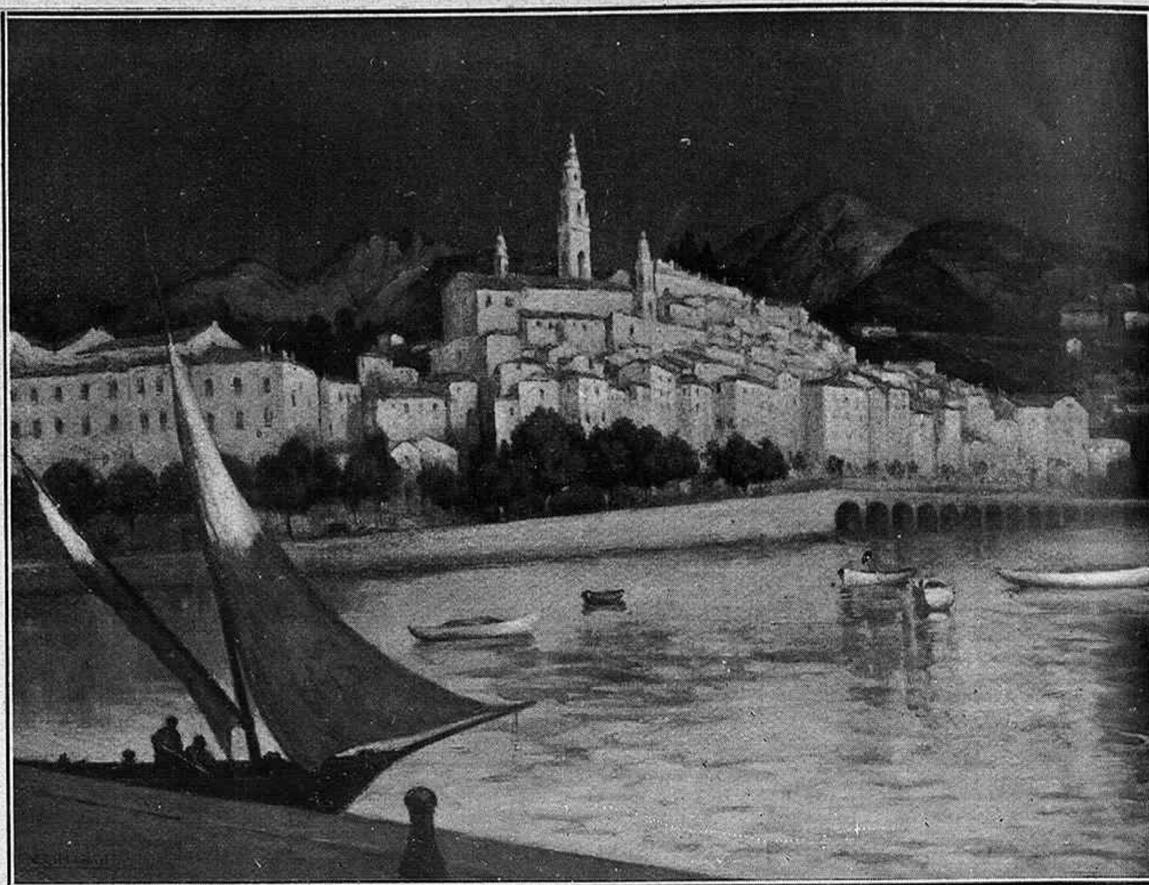
Los cinco lienzos de figura eran cuatro retratos y un desnudo femenino. En ellos importa destacar, sobre todo, el retrato de madame Manciet, excelente obra de gran delicadeza tonal, de simpática armonía, y desde luego de un profundo encanto psicológico que añadía interés al otro encanto de la belleza física del modelo.

Muy notable igualmente el retrato de Mlle. de Peretti de la Rocca, hija de los Embajadores de Francia en España, que tan estimados son en nuestra sociedad. La señorita Peretti de la Rocca aparece en gallarda actitud, con un perrito pequinés bajo el brazo izquierdo y un bastoncillo en la mano derecha. Un fondo de paisaje alpino da relieve á la silueta gentilísima.

Otro retrato de los que exponía M. Manciet era el del Infante D. Jaime con vistoso uniforme y una capa blanca de gran efecto pictórico. Se advertía en esta obra el respeto admirativo de M. Manciet por los maestros de la pintura española.

No menos interesante y tratado con la lógica ternura que el de su esposa, era el retrato del hijo del artista, nota muy noble de colorido.

En cuanto al desnudo, que ciertamente no está dentro del concepto peculiar de la pintura ultramoderna, era una obra bien francesa y bien



«Mentón á la salida del sol», cuadro de Charles Manciet

dentro de las normas del género en el Salón de Artistas Franceses, sobre todo á fines del siglo XIX. Una figulina pasmosa, frágil, pintada con fino y suave cromatismo.

•••••

En el paisaje se le comprende á M. Manciet

más entregado al gozo estético, menos preocupado y metódico, con una franqueza y amplitud de toque indudables.

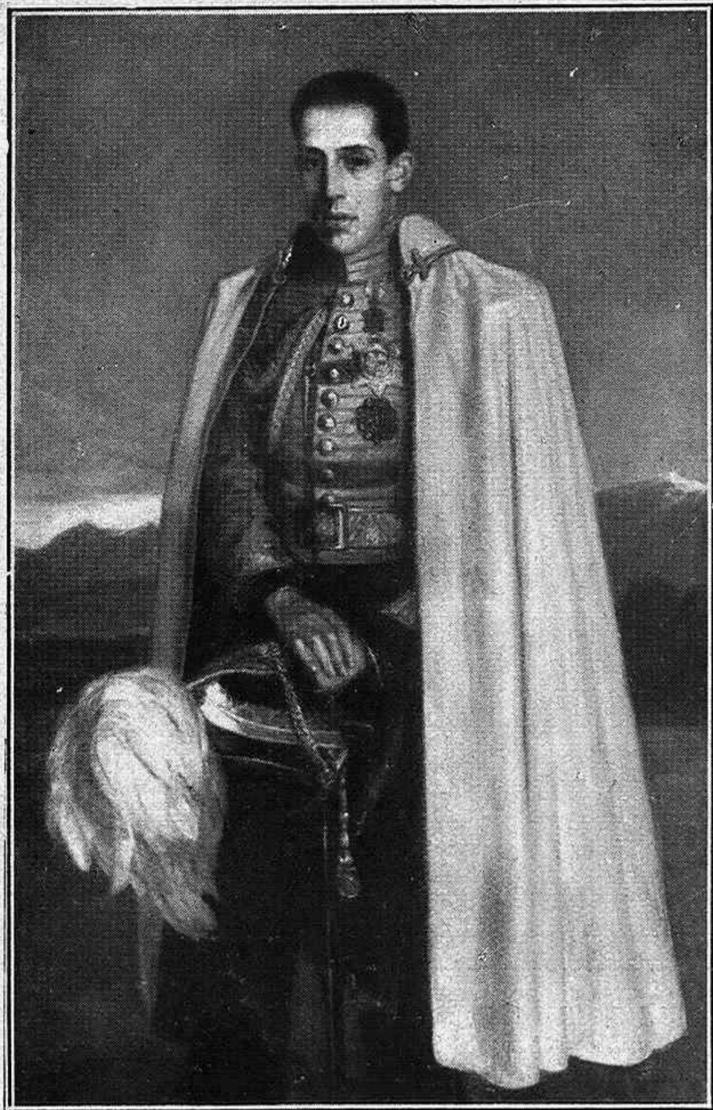
Ama las horas de sol, las tierras del sur, los optimismos mediterráneos. La serie de treinta y cinco obras que expuso en Madrid ofrecían aspectos distintos de Oriente y de la Costa Azul con preferencia á otras notas.

Es curioso observar en los paisajes de M. Manciet fraterna semejanza con bastantes de pintores españoles. Diríase que muchos de aquellos lienzos los vimos antes en nuestras Exposiciones Nacionales. Incluso los motivos de la costa mediterránea ó los lugares de Africa también acrecían el testimonio de esa identidad.

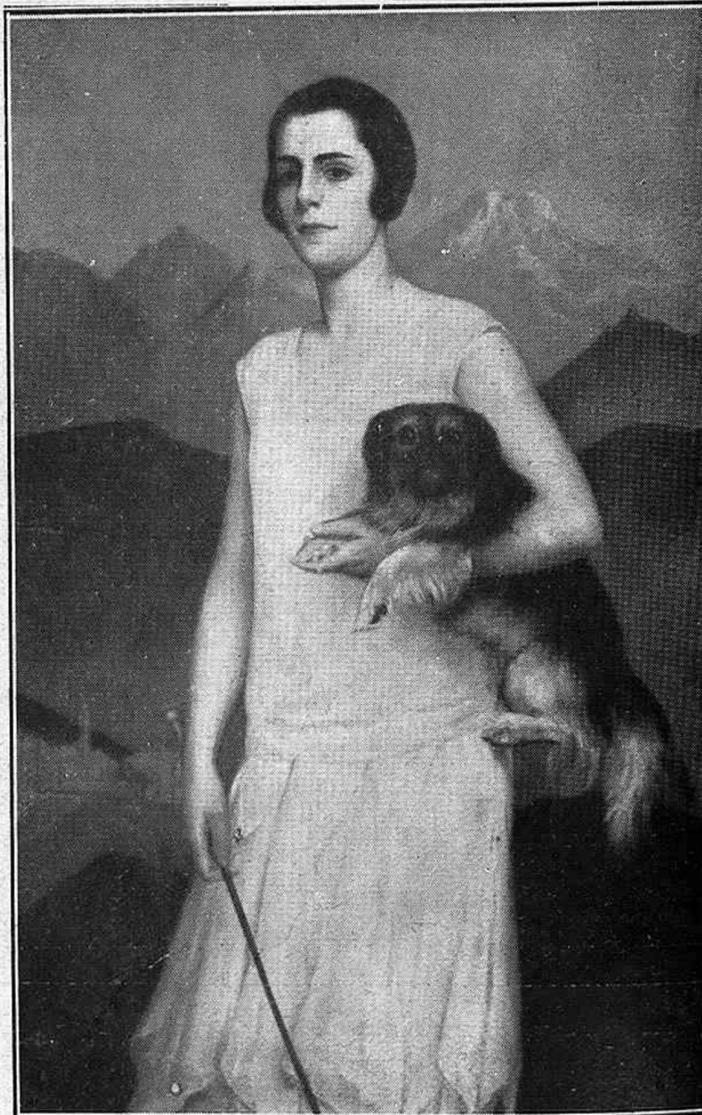
Calles árabes, con sus viejas edificaciones características; marinas de una doble fulguración de azul celeste y azul de agua; pinares de esbeltas siluetas; pueblos encaldecidos

por el sol de mediodía; radas voluptuosas sonrientes; avances de tierra roja sombreada de frondas plateadas bañándose en tranquilas transparencias marítimas; senderos de cuento y de romance...

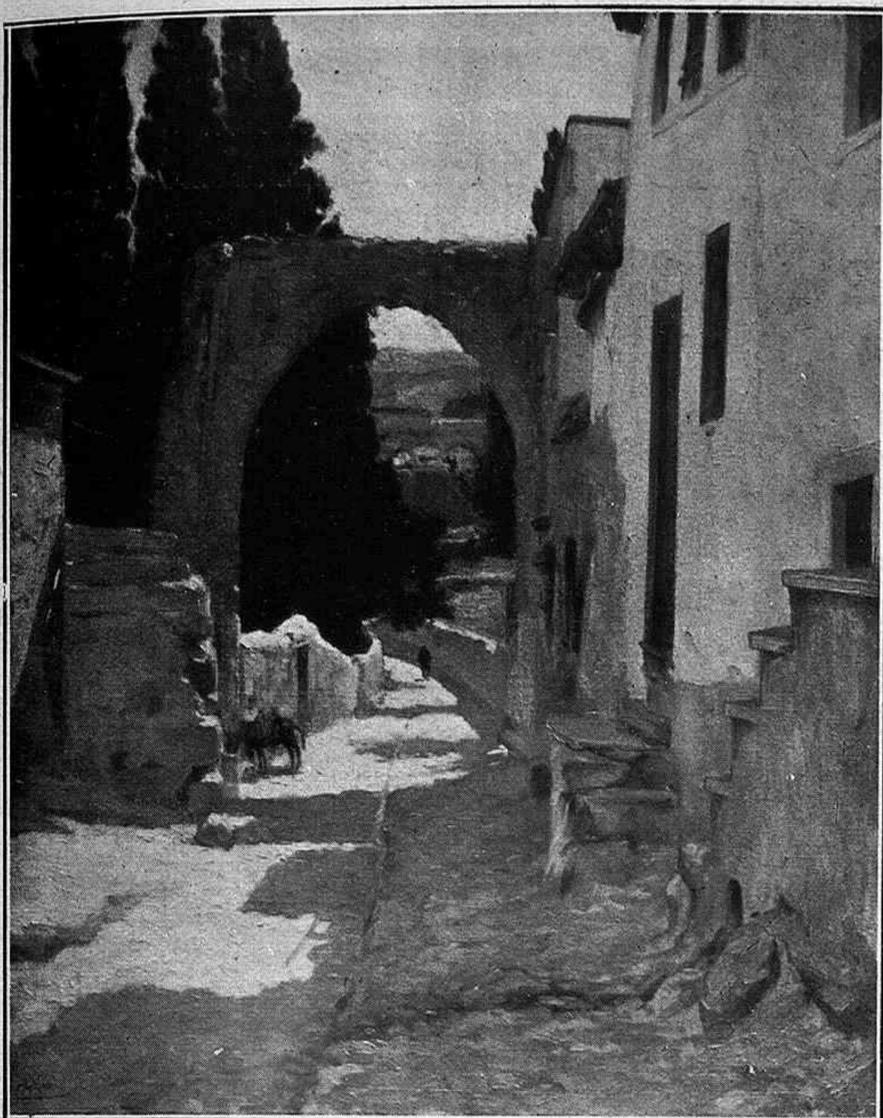
Y siempre el sentido optimista, el júbilo de existir en medio de la naturaleza pródiga y fe-



«Retrato de Su Alteza Real el Infante D. Jaime»



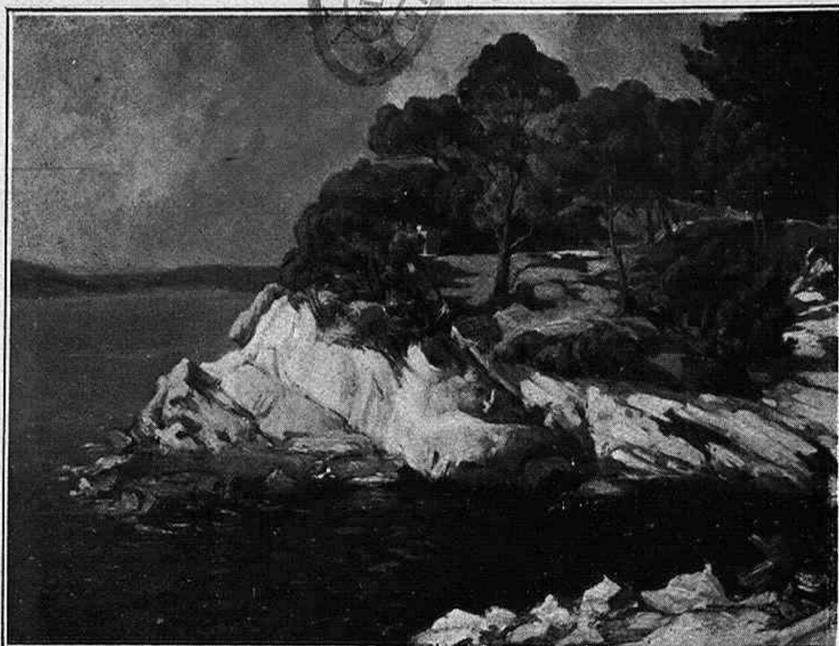
«Retrato de la señorita de Peretti de la Rocca»



«El viejo Esmirna», cuadro de Charles Manciét

cunda; el deleite de saberse lejos de las grandes ciudades modernas con su ajetreo descaracterizador.

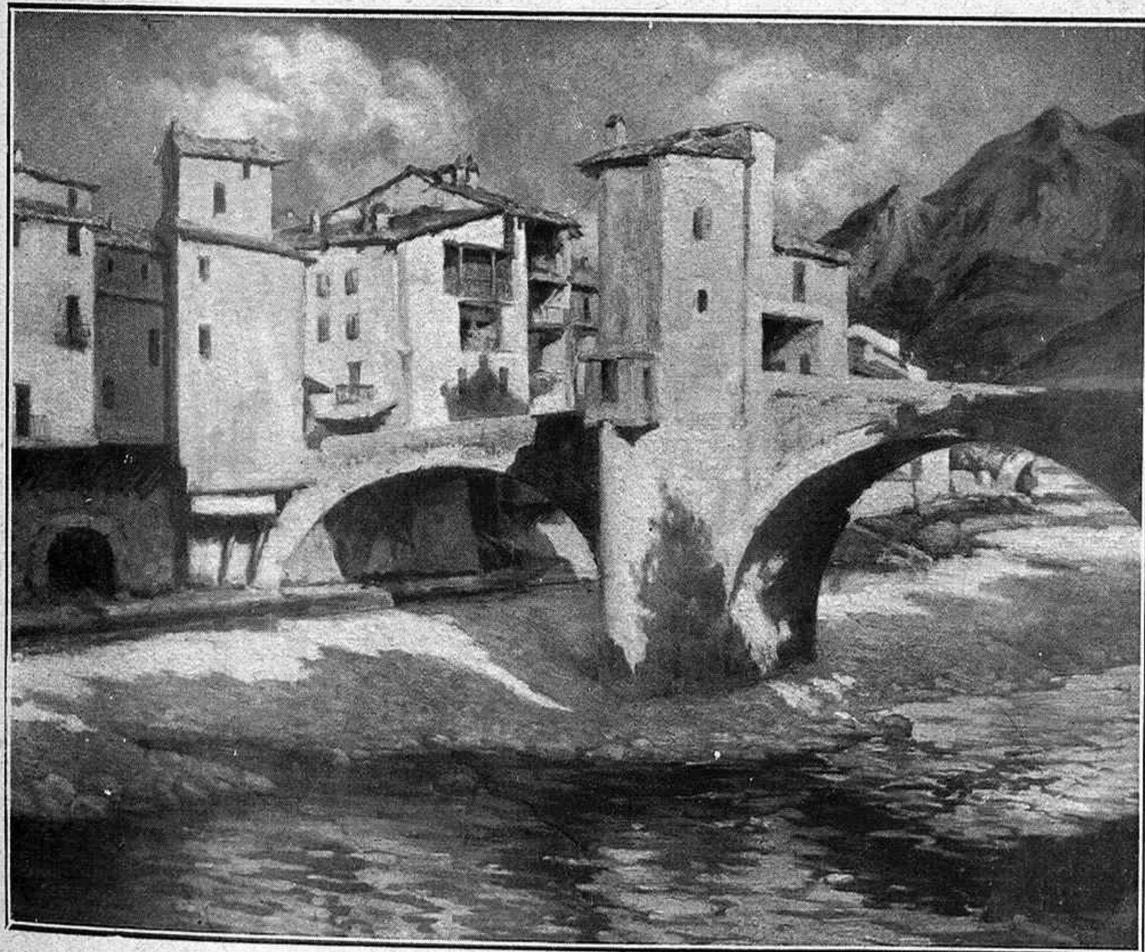
Difícil era señalar preferencias concretas en el notable conjunto. La obra plural de M. Manciét está de tal modo equilibrada y ponderada que no resalta un cuadro de otro, ni se aprecia desfallecimiento ó impaciencia como en otros pintores. Se adivina un temperamento ecuaníme, al que no asaltan pruritos de genialidad. Va produciendo los cuadros con idéntico deseo de perfección realista, de veracidad localista. Nos le imaginamos acudiendo cada mañana al sitio elegido como á su propio taller,



«Paisaje de Saint-Lezér», cuadro de Manciét



«Cerca de Tolón», cuadro de Manciét



«Fuente viejo de Sospel», cuadro que ha figurado en la Exposición de obras de Manciét

donde las horas de trabajo y el trabajo mismo estuviese marcado de antemano, sin dejar margen á la sorpresa ó á los libres impulsos contrarios de esa metodización.

Pero debe añadirse que no por esto la obra plural de M. Manciét tenga una condición amanerada ó una significación monótona. Se advierten las anteriores consideraciones en el sentido de la ponderación y equilibrio nada más. M. Manciét es un productor concienzudo y sereno, no un repetidor de fórmulas y recetas cromáticas.

Así, con la misma seguridad de sus nervios y dominio de su sensibilidad, le vemos en la costa de Córcega que en la Argelia; en las molicias Mentón, Arcachón y Villefranche, que en Esmirna. Le vemos ambular por los muelles de Marsella y de Burdeos como un personaje de Flaubert ó de Farrère, soñando frente á los veleros y los trasatlánticos en viajes maravillosos, pero conformándose con pintar sosegadamente los reflejos de las embarcaciones en el agua prensa, densa y lagotera del puerto.

Y si no por una supremacía técnica, que ya decimos no se aprecia en la discreta armonía del conjunto, por cierta afinidad espiritual brotada del recuerdo de sitios españoles semejantes á estos franceses, recordamos ahora, disipado ya el influjo directo de la exhibición, algunos cuadros que detuvieron más tiempo que los demás nuestra atención.

Por ejemplo: *Mentón á la salida del sol*, *Puente viejo de Sospel*, *Paisaje de Saint Lezér*...

SILVIO LAGO

MUERTES MISTERIOSAS

LA LEYENDA Y LA REALIDAD



Vista general del castillo de Amboise en que Carlos VIII recibió el golpe que poco después le produjo la muerte

LA desaparición del famoso financiero belga Loewenstein, aunque haya sobrados motivos para considerarla como una muerte natural—«natural» en un estado neuropático—, sigue prestándose á comentarios que traen á colación, para fundamentar ó para destruir hipótesis, dos series de hechos igualmente novelescos: los que se refieren á rupturas bruscas de una existencia para emprender otra nueva, y los que, mediante un análisis realista, de patología retrospectiva, convierten en hechos vulgares y prosaicos, quitándolas todo aroma poético á las supuestas muertes misteriosas.

En torno de cada persona desaparecida, á poca que sea su notoriedad, se forma siempre una leyenda que haga imaginar una futura reparación, y en la mayoría de los casos vendría á ser como una nueva reencarnación. Las desapariciones, para los forjadores de esas fábulas, serían siempre voluntarias, y su finalidad, lo que llaman los franceses «meterse en una piel nueva», adquirir una nueva personalidad: el caso de uno de los héroes más populares de Víctor Hugo, muy repetido en todas las literaturas, sería, según los que así piensan, más frecuente aún en la vida real que en la novela.

La prensa de París ha recordado ahora, con motivo de la desaparición de Loewenstein, que de París desaparecen anualmente más de quinientas personas que la policía no logra encontrar. Para pensar que todas ellas hubiesen pretendido buscar una existencia nueva, rompiendo bruscamente toda solución de continuidad con el pasado, sería indispensable borrar de las cuen-

tas de la Prefectura de policía la contrapartida de los cadáveres pescados en el Sena, después de prolongadísimas inmersiones; la de los descolgados de fatídicas cuerdas en los menos visitados rincones de las cuevas más abandonadas; el de las mujeres enterradas por los Landrús—más numerosos de lo que parece, según un cronista—, y habría que añadir á esa cuenta la de los suicidas que encuentran para el reposo eterno, que buscan lugares de más difícil acceso, y el de las víctimas de crímenes, mejor fraguados y, sobre todo, mejor ocultos que el de los matadores de mujeres, tan semejantes á los que en España hicieron trágicamente famoso al «huerto del francés».

Existen seguramente gentes desaparecidas en busca de una existencia nueva: la insoportabilidad del hogar cuando falta valor para romper franca y resueltamente los lazos familiares; la miseria, mala consejera, sobre todo cuando tiene por cómplice el espejismo de una vida más próspera y feliz, pueden ser determinantes de esas rupturas bruscas y completas, con una realidad que apesadumbra, para buscar una existencia más feliz; pero esos casos no tienen paridad visible, dentro de la normalidad mental, con el caso de Loewenstein. Loewenstein, además, que desde la miseria había llegado á una posición cumbre, debía estar seguro de que para lograr una existencia nueva, no es indispensable romper con el pasado.

En realidad, no es difícil explicarse el «gesto» del multimillonario belga lanzándose al espacio desde su avión; pero la fantasía popular, y el

pueblo para estos casos es más numeroso de lo que podría hacer pensar nuestra ilusión de gentes cultas, prefiere, á las explicaciones lógicas y racionales, los alocados vuelos de la fantasía; y esto por una especie de pereza intelectual, que prefiere, á la reflexión, otro modo de enjuiciar los problemas de la vida, más rápido y más sencillo.

Alfredo de Vigny escribió, cuando aún no había otros reyes que los de «derecho divino», una frase que resulta completamente aplicable á los reyes modernos que inventaron los norteamericanos para satisfacer la vanidad de sus plutócratas: «Hay dos cosas—decía el poeta—que se discute frecuentemente á los reyes: su nacimiento y su muerte; no se admite que el uno sea legítimo, ni la otra natural.» Quizá ello depende, como ha dicho otro autor francés, de que aun no se ha desarraigado bastante la idea de que los reyes eran de esencia divina, y por ello era lógico considerarlos inmortales.

Si hubiésemos de creer á la historia tal como nos la contaban aun hace algunos años, podríamos, sin embargo, tener una idea menos favorable de los monarcas: el caso de Hamlet está muy lejos de ser único. Todo Shakespeare está impregnado de crímenes regios, y el dramaturgo inglés no hizo en ese punto sino seguir muy de cerca á los historiadores, que apenas si encontraron monarca que no hubiese escalado el trono mediante el crimen.

Un médico francés, historiador benemérito, ha destruído muchas de esas leyendas investigando las causas de la muerte de los reyes á que

la leyenda supuso envenenados, y consiguiendo identificar la enfermedad de que murieron. Como en tantas otras cosas, el misterio no ha resistido al análisis directo de los hechos, y muchas tragedias en que la ambición desempeñaba el principal papel, han quedado, á la luz de la crítica histórica, reducidas al drama vulgarísimo de la muerte producida por las más vulgares dolencias.

El doctor Cabanes ha examinado, entre otras, las muertes de Felipe el Hermoso, de su hijo Luis X, de Carlos V y de su hermana María de Navarra, que murió súbitamente en el baño; de Carlos VII, de Luis XI, de Luis XII, del *Delfín*, hijo de Francisco I, y de Carlos IX; de todos los que la historia dijo que habían muerto envenenados; y ha estudiado asimismo la patología retrospectiva de los reyes cuya defunción fué atribuída al abuso de los placeres, como Felipe VI de Valois, del último Valois Carlos VIII, de Luis XII, y la verdadera causa de muerte de otros, como Carlos de Valois, á quien la leyenda supuso tan sensible, que le mató el arrepentimiento por haber mandado ejecutar á Enguerrand de Marigny.

La realidad, más prosaica, dice, en cambio, que Felipe el Hermoso murió de muerte natural, aunque de enfermedad no diagnosticada; Luis X, de afección aguda de pecho; Carlos de Valois, de derrame cerebral, sobrevenido en enfermedad mental con delirio persecutorio, demasiado frecuente en los reyes, por efecto del cual la muerte de Enguerrand de Marigny fué efecto, y no causa, de la enfermedad.

Felipe de Valois, si hubiese muerto reblande-



Luis XII, de quien dijeron los cronistas de su época que había muerto por abrazar demasiado á su tercera esposa María de Inglaterra. Murió de gota

(Estatua de Mugiano, conservada en el Louvre)

cido por abusos del placer, no hubiera podido aconsejar, en su lecho de muerte, á sus hijos tan sesudamente como lo hizo.

Carlos V y María de Navarra murieron, indudablemente, de afecciones cardíacas consecutivas á reumatismo, que fué tan familiar de los reyes de su casa.

Carlos VII, uno de los reyes de cuya legitimidad de nacimiento dudan algunos historiadores, no obstante la frase atribuída á Juana de Arco, que al entrevistarse con él le dijo: «Te digo, de parte de mi Señor, que eres verdadero heredero de Francia, hijo del Rey»; y, no obstante, también los datos patológicos de su familia, que explican su muerte por caquexia tuberculosa, finalmente complicada con noma.

También fué víctima de la manía persecutoria, que le llevó á encarcelar á uno de sus médicos, Adam Jumée, y no al otro, porque huyó, dando con su huída pábulo á la leyenda pareja á la que le supone muerto por inanición, por no haber querido comer, miedoso de ser envenenado, cuando fué su mal de la boca el que le impidió alimentarse.

Luis XI murió de hemorragia cerebral, de una de las varias que sufrió en su vida de epi-



ALFREDO LOEWENSTEIN
Famoso financiero belga

léptico, y que le condujeron á la panofobia, explicadora de su trágico reinado.

Carlos VIII murió de lesión cerebral, consecutiva á un golpe contra una puerta del castillo de Amboise; Luis XII, gotoso, y no, como dicen los cronistas de la época, por abrazar demasiado á María de Inglaterra, su tercera mujer.

La leyenda del veneno pareció á veces tener fundamento. La muerte del *Delfín*, hijo de Francisco I, fué atribuída á Catalina de Médicis por unos, y al emperador Carlos V por otros. Como autor material fué preso y atormentado un lacayo del *Delfín*, Sebastián Montecoculí, quien en el tormento declaró que, efectivamente, había envenenado á su señor por orden de Antonio de Leyva, valido del Emperador.

Nada más inexacto: el *Delfín* murió de pleuroneumonía a frigore producida por haber bebido un vaso de agua fría—que le sirvió precisamente Montecoculí, y de ahí la acusación—inmediatamente después de un ejercicio violentísimo y cuando sudaba copiosamente...

Un estudio semejante de la realidad, en el caso de Loewenstein, nos permitiría afirmar rotundamente la hipótesis, incompatible con una mentalidad normal, pero muy conforme con la



Carlos V, Rey de Francia, de quien se dijo que había sido envenenado. Murió de afección cardíaca consecutiva á reumatismo

(Piedra primitivamente pintada, que se conserva en Saint Denis)

del financiero belga, indiscutiblemente megalómano del suicidio.

Un cronista francés ha relatado un diálogo con Loewenstein, sostenido en Biarritz pocas semanas antes de la desaparición pseudomisteriosa.

«—No sé por qué pronuncié el nombre de Zaharoff.

—¡Zaharoff!—dijo Loewenstein—. Le compadezco. Ha pasado su vida corriendo tras la fortuna, y la ha logrado cuando para nada podía servirle.

—Usted ha tenido más suerte.

—La fortuna. ¡Si supiese usted cuánto la desprecio! Lo que me ha seducido siempre ha sido el triunfo, el triunfo, ¿lo oye usted bien? No el dinero. El triunfo rápido, sobre todo. Amo, sobre todo, lo que domina y marcha rápido... Ayer el auto, hoy el avión, mañana...»

Hubo después un largo silencio. ¿Estaba ya en él la idea inconfesable del salto terrible sobre el mar?

Toda su vida de megalómano sólo podía tener ese fin, del que otro cronista poco psicólogo ha dicho que era el inopinado morir ibseniano de un personaje de Balzac: ningún final menos tocado de vulgaridad que ese lanzarse á lo desconocido desde lo alto de un avión en vuelo velozísimo sobre el mar y desde la altura aun mayor de una posición social violentamente conquistada.

Y, sin embargo, *nihil novum sub sole*; antes que Loewenstein, otro multimillonario, como él nacido de la nada, se sumergió en el mar buscando tumba á la medida de su megalomanía.



Francisco I de Francia, que acusó de haber envenenado á su hijo el «Delfín» Francisco, á Catalina de Médicis y al Emperador Carlos V.

(Del cuadro conservado en el Museo del Louvre)



Catalina de Médicis, acusada, como Carlos V, de haber hecho envenenar al «Delfín», hijo de Francisco I

(Retrato por Clonet, conservado en Versalles)

Fué Barnay Barnato, que comenzó su vida de Augusto de un circo de feria inglés, y la terminó, joven aún, con una fortuna muy superior á quinientos millones de francos.

Barnato, cuando tenía veinte años, en 1873, se dejó llevar por su espíritu aventurero al Africa Austral, y en El Cabo vivió algún tiempo, presentando en un circo cacatúas valseadoras y otros animales domesticados. Fué entonces cuando aparecieron en aquellas tierras los primeros diamantes, y Barnato vendió sus animales para tener algunas libras con que comenzar sus especulaciones; acertó en sus negocios, multiplicó sus libras, y cuando poco después se descubrió que en aquellas regiones el suelo estaba como trufado de pepitas de oro, jugándose el todo por el todo, compró una mina del espléndido metal, y la fortuna, inmensa, colosal, se le entregó rápidamente.

Vinieron entonces las luchas con el famoso Cecil Rhodes, como él multimillonario, como él astuto, audaz como él.

Después de dos años de combate, los dos enemigos se pusieron de acuerdo y fundaron la *De Beers Consolidated Mines*, una de las empresas más ricas del mundo.

Barnato, por añadidura, fundó un Banco con 75 millones de capital. A los cuarenta años, veinte después de su llegada al Cabo, tenía 500 millones.

Poco después equipó un paquebote, el *Scot*, para dirigirse á Londres en viaje triunfal, acompañado de una verdadera corte.



Carlos VIII, otro supuesto envenenado, que murió de afección cerebral, consecutiva á un traumatismo

En el barco su carácter cambió bruscamente: á veces permanecía en sombrío mutismo horas y horas; de pronto, en cambio, charlaba, trazando fantásticos negocios ó repitiendo los discursos que para atraer al público pronunciaba á la puerta de su barraca, cuando era payaso y hacía juegos de manos como en la pista.

Sus acompañantes, asustados ante aquel desequilibrio mental, montaron una guardia para vigilar constantemente al Creso. Dos hombres fornidos, constantemente junto á él, tenían por misión impedir el suicidio que algunos temían.

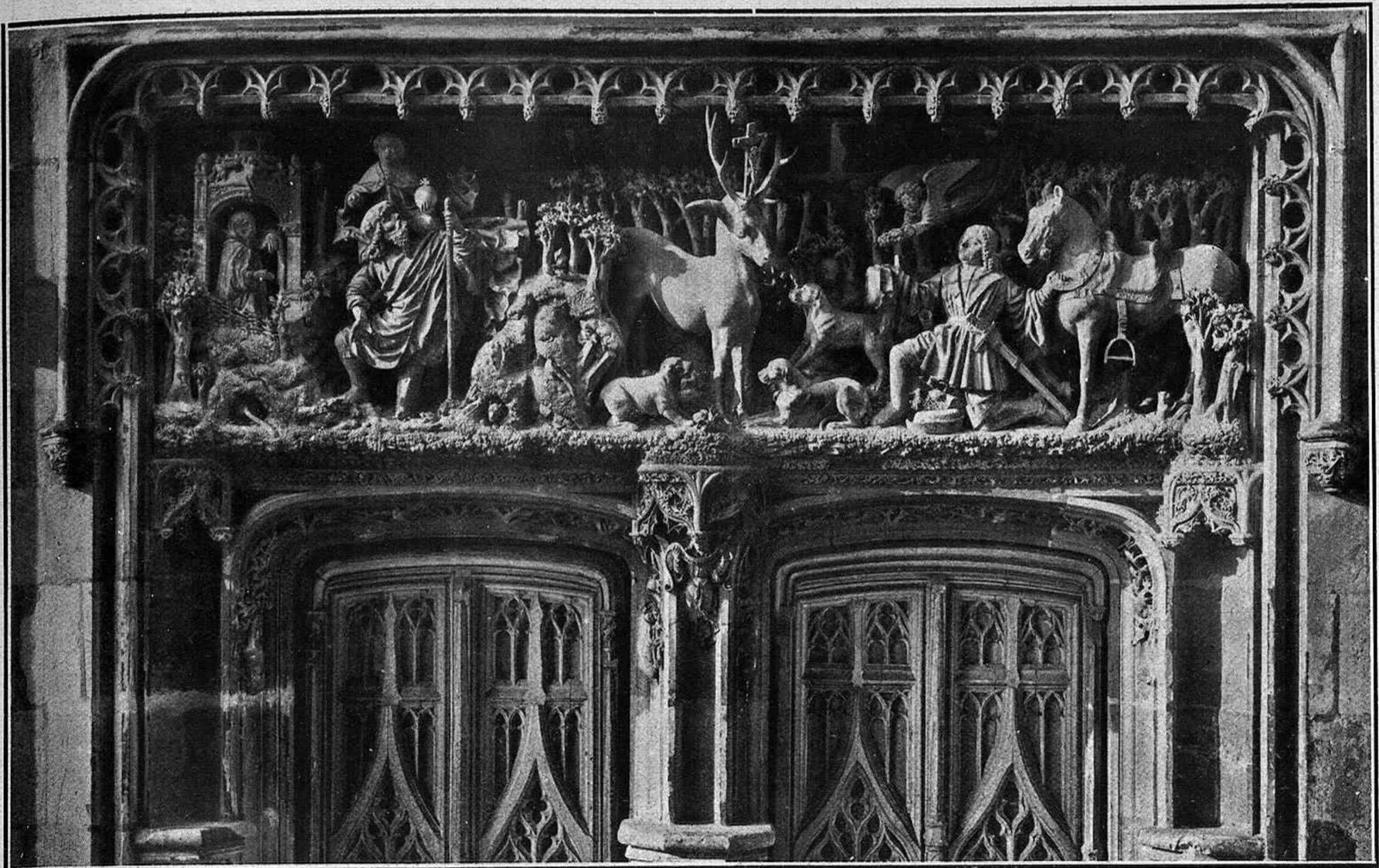
Una tarde, Barnato, apoyado en la baranda de la pasarela, preguntó á sus acompañantes:

—¿Qué hora es?

Los dos guardianes se apresuraron á buscar los respectivos relojes, y aquel instante de distracción bastó: Barnay Barnato, con un salto digno de sus mejores tiempos de acróbata, salvó la borda y cayó al mar.

Cuando al fin, tras de muchos y rápidos esfuerzos, lograron sacarle, había muerto.

Loewenstein, Barnato. Hay una frase famosa de Napoleón que deben tener siempre en la memoria los médicos que traten multimillonarios, la que dice: «He dormido en lecho de reyes y me he contagiado en ellos de una enfermedad terrible.» Lecasagne ha denominado á esa enfermedad *cesarismo*; pero el *cesarismo* tiene multiples formas, y algunas deben ser meras variantes de la megalomanía.



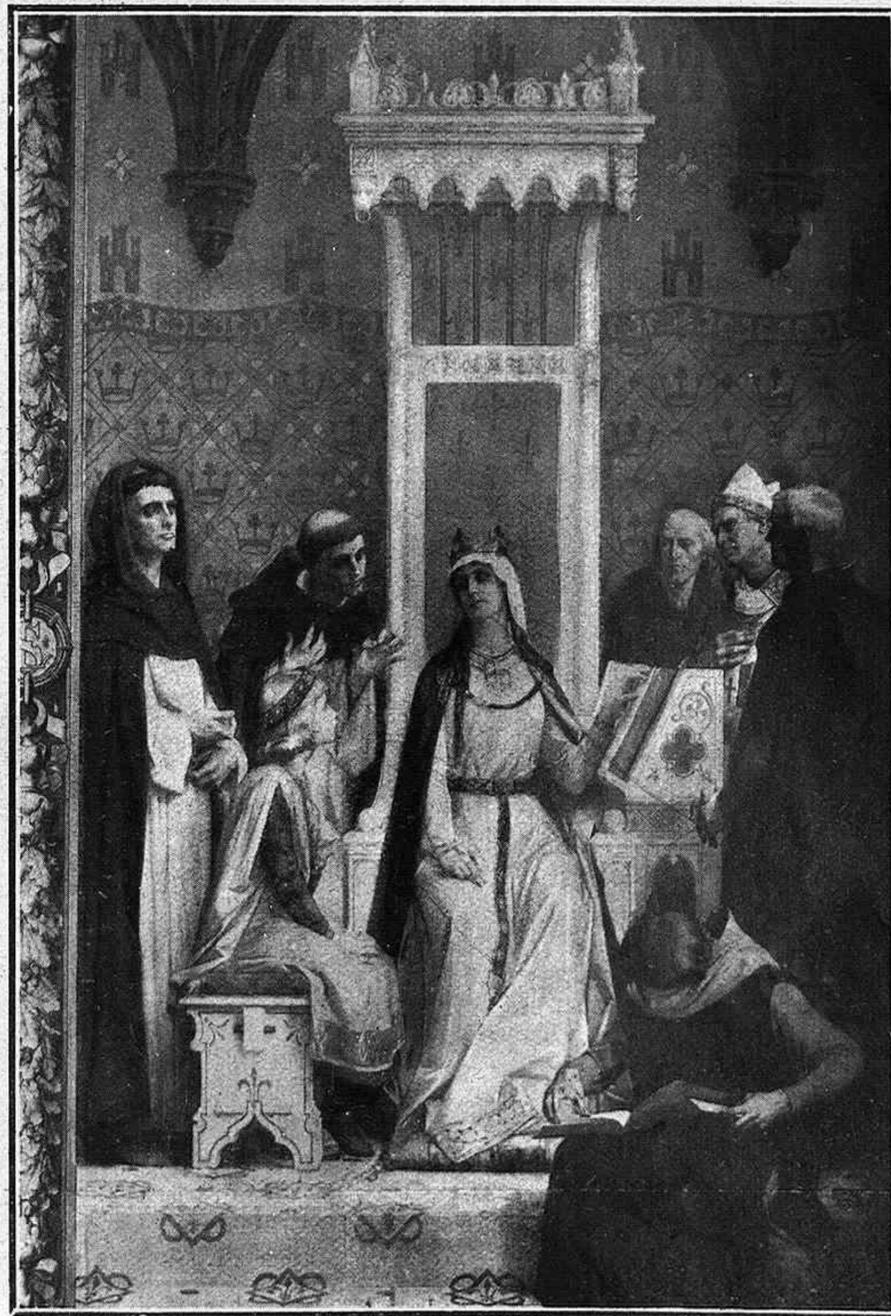
Puerta del Castillo de Amboise, contra la cual chocó Carlos VIII, recibiendo el golpe que le produjo la muerte. (Fragmento)

El análisis de las vísceras de Loewenstein, que el celo del Juzgado, estimulado tal vez por el celo justo de la familia del financiero belga, encomendó al director del Laboratorio de Toxicología de París, M. Kohn-Alrest, no parecía el más indicado para determinar en definitiva si la muerte fué resultado de un accidente fortuito ó voluntariamente buscada por el que murió; pero el eminente químico, si hemos de creer á los periodistas franceses que siguen cuidadosamente ese asunto, anuncia ya que, pòsiblemente, de sus investigaciones químico-biológicas sobre aquellos restos, pueda, tal vez, deducirse el estado de espíritu del hombre á que pertenecieron.

La afirmación ha producido extraordinaria sorpresa en muchos espíritus que juzgan excesivamente materialista toda tesis que admita relación demasiado íntima entre lo orgánico y lo espiritual, y algún escritor muy conocido—Clement Vautel—trae á cuento con esa ocasión aquella frase del famoso cirujano francés, á quien preguntaron si creía en la existencia del alma y respondió:

—¡No la he encontrado nunca con la punta de mi escalpelo!

El cronista de *Le Journal* ha ido á buscar ese juicio demasiado lejos en la historia de la Ciencia; hoy no habría ningún cirujano que dijese una frase semejante, como no fuese á título de *boutade* y para dar rotundidad á un concepto. Todos saben, porque antes de ser cirujanos han de ser médicos, que los menores trastornos de equilibrio químico del cuerpo humano, se traducen en desequilibrios funcionales



y, consecutivamente, en trastornos psíquicos.

Lo único que puede sorprender hoy á los no especialistas es que puedan medirse ya suficientemente las relaciones entre esas causas químicas y los efectos psíquicos; pero no la posibilidad de que las relaciones existan suficientemente demostradas ya.

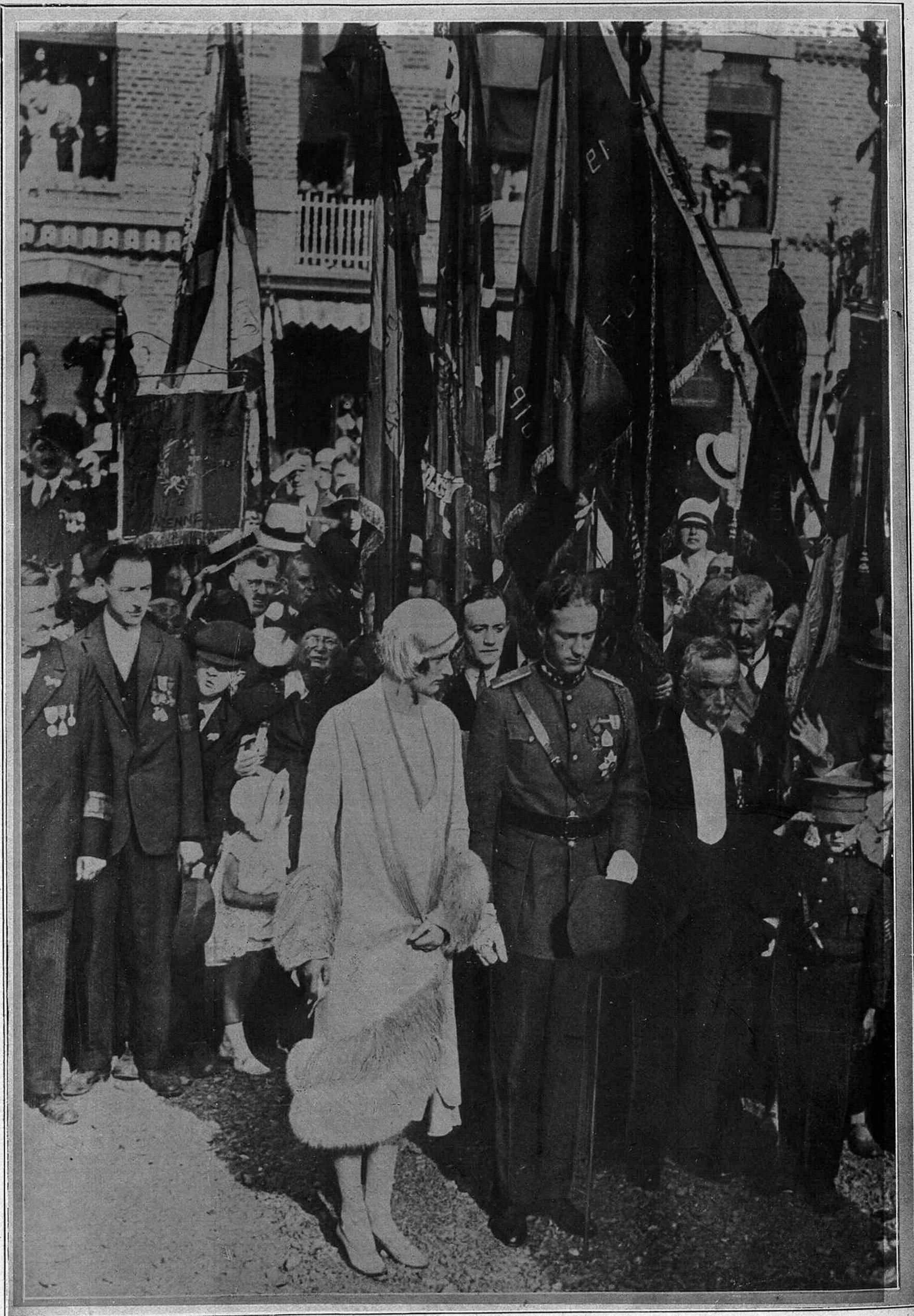
El proverbio español que dice: «tripas llevan pies, y no pies tripas», formulado desde otro punto de vista, claro está, puede ser una anticipación de esas modernas teorías que tienen ya abolengo en libros de mucha enjundia, como el titulado *La química del cerebro*, que publicó hace quince ó veinte años un eminente biólogo italiano.

Es, pues, la afirmación del doctor Kohn-Alrest, un nuevo motivo para que el misterio de la muerte de Loewenstein siga apasionando á muchos é interesando á todos.

Esperemos que la Ciencia, como en los casos recogidos por Cabannes, podrá al fin descubrir el misterio.

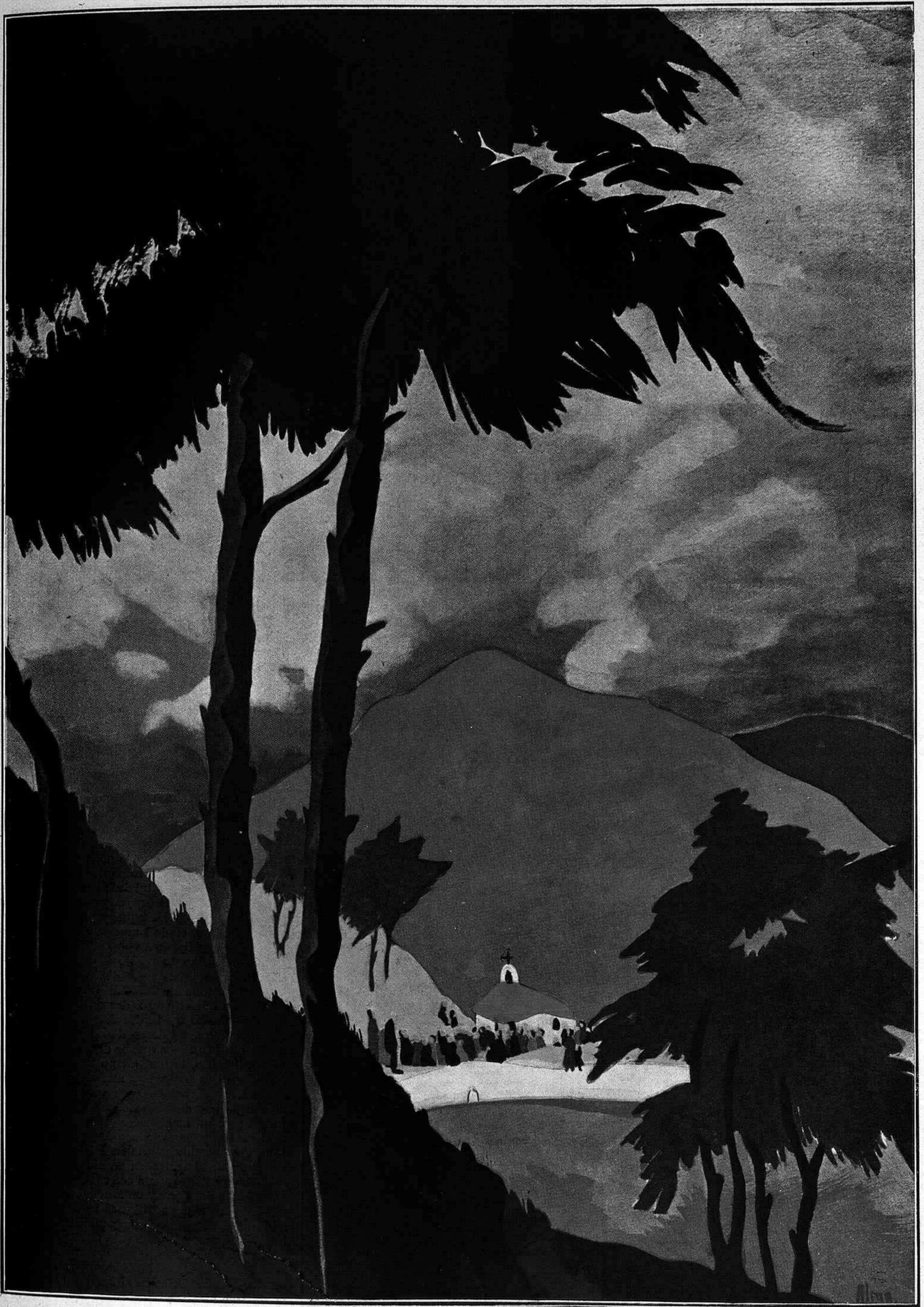
Si lo consigue, su actuación tendrá en este caso un doble interés, puesto que al mismo tiempo que pone á los jueces en camino de resolver el problema que directamente los interesa, demostrará de modo evidente que no son tan absurdas, como los ignaros pueden pensar, esas estrechas relaciones entre lo químico y lo psíquico, que, digámoslo de paso, no serían incompatibles con el más firme espíritu religioso.

Blanca de Castilla, con su hijo San Luis, rey de Francia, de quien se dijo que había muerto envenenado. (Fresco de Cabanel, en el Panteón de París)



El príncipe heredero de Bélgica inaugura un monumento á los héroes de la guerra

Recientemente, el príncipe Leopoldo de Bélgica y su esposa la bella princesa Astrid, herederos del trono, han inaugurado oficialmente, en ausencia de los Reyes, que se hallaban en el Congo, un sencillo monumento en Vise, el primer pueblo belga que sufrió los horrores de la invasión alemana. En nuestra fotografía, los príncipes presencian la inauguración del monumento. (Fot. Orríos)



«Paisaje», dibujo original de Alma



Vista general de la capital cacereña

CIUDADES ESPAÑOLAS

CÁCERES

Muy poco se sabe de la ciudad de Cáceres. Atribúyese su fundación á Jacinto Cecilio Metelo, quien la llamó *Castra Cecilia*, de donde los eruditos locales, podando y limpiando sílabas y añadiendo otras nuevas, quieren hacer brotar la palabra Cáceres. Indudable es que Cáceres se relaciona con la historia del Imperio Romano; hay en la ciudad vestigios de la dominación; las historias hablan de *Castra Cæcilis*, en el itinerario del camino militar romano de Mérida á Zaragoza; en la geografía administrativa del Imperio—tan descuidada ahora—se dice que en aquel punto preciso se iniciaba la *Via Lata*. Luego, durante la Reconquista, conviene sospechar que levantó armas contra los emires Omeyas. Presa la ciudad de Cáceres de las huestes sarracenas, fué conquistada para los cristianos por Alfonso VII, por Fernando de León y por Alfonso IX.

Se dice que Cáceres fué la cuna militar de la Orden de Santiago; pero si tal afirmación no se funda en documentos históricos de positiva solidez, escrita anda en pergaminos que no se perdieron aquella otra de que Cáceres fué patrimonio de la Orden militar citada, á quien la conquistó de nuevo los almohades. Y se reconquistó la ciudad definitivamente al infiel, acudiendo á la pelea los caballeros más bizarros de Castilla y de León, de Galicia, del Temple y de la Espada. Reconquistada, hubo que poblarla.

Recordemos el fuero de Cáceres. «Ningún vecino de la ciudad pague pontazgo ni peaje». Pídenla por juro de heredad los caballeros de la Espada, y antes que cederla, Don Alfonso IX regala á los caballeros de la flamante Orden los lugares de Villafáfila y Castroferate con dos mil maravedises de oro. Del 15 de Abril al 15 de Mayo celebra ferias la ciudad; de Benavente y del Barco, de Alba de Tormes y de Fermoselle, llegan feriantes y logreros, además de los chalanos portugueses que no se corren en sus incursiones mucho más allá de Vitigudino. Luego á la feria de San Andrés acuden los moros; los judíos engañan á los cristianos con todo linaje de tretas y se dirimen las contiendas, se estrechan las manos y se celebran los alborques en las ventas de la ciudad. La provincia, antaño como hogano, era fecunda en trashumantes, y las ferias eran tan largas de duración como preñadas de incidentes y de transacciones. Los feriantes no tenían más autoridad que la del Concejo, que se reunía en la Puerta de Alcántara.

Partidarios fueron los habitantes de Cáceres de Don Pedro *el Justiciero*; su canciller, Pedro Mateo, selló con su muerte el pacto de fidelidad

al monarca. En las contiendas con el de Trastámara, Cáceres dió su alcázar en rehenes á los caballeros de la ciudad para que no lo entregasen ni al rey legítimo ni al bastardo hasta que no depusieran sus rencores. Don Pedro cortó el incidente decapitando á los moradores del alcázar.

Con Don Enrique III hacen valer sus fueros los cacereños; el monarca quiere enajenar la ciudad y se oponen aquéllos, alegando que la enajenación es contra fuero. En 1402, los procuradores de Cáceres acuden á las Cortes de Toledo á jurar sucesora de la Corona á la infanta Doña María, hija de Enrique III.

También hay bandos en Cáceres con Don Enrique *el Impotente*. Históricamente, Cáceres es ciudad castellana, y del individualismo castellano surge tan espontáneamente el espíritu de bandera como de la simiente de sus llanos el trigo

que llena sus alhóndigas. Las discordias concluyen con Doña Isabel la Católica, que va á Cáceres para jurar los fueros intangibles y redactar las ordenanzas concejiles de la ciudad.

En la conquista de Granada está representada la ciudad por la flor de sus mozos—ballesteros, peones, lanceros—perfectamente equipada. A las guerras con Portugal también envía soldados la ciudad extremeña. Y en los tiempos contemporáneos, si no cuenta la rivalidad de Cáceres con Plasencia que le disputaba la capitalidad de la provincia, nada tiene que referir el cronista. Cáceres, lentamente, se va trocando en ciudad muerta, que apenas tiene más vida que la de los curiales que vocean en el viejo y bello caserón de la Audiencia Territorial.

•••••

«Ciudad muerta» es Cáceres. Yo sé que no tiene obispo, ni soldados, ni apenas vida mental, y de Plasencia marchó á la ciudad extremeña una tarde bochornosa de estío. Ignoro que tenga joyas artísticas, monumentos notables, arco de la Estrella y arco del Cristo. No sé nada de Cáceres. Pero voy á la capital de la Extremadura alta porque un amigo me espera y porque las ferias están en su apogeo. De aquel paseo de hace algunos años por una ciudad, muerta y tristonca, cuyos muros están pidiendo á voces el recitado del Romancero, queda este anhelo de daros una impresión, justa y sobria, de una de las más viejas, sabrosas y desconocidas ciudades españolas.

Con mis huesos voy á dar en una fonda salmantina. Acaso me llevan á ella mis preferencias regionales, mi deseo de no platicar inútilmente con los mozos que se disputan, en plebeyo vocabulario, la maleta; no lo sé; pero en el comedor de la fonda hay una ringlera de tipos clásicos. Hay chalanos que cecean; profesores de colegio que disertan de política, de mujeres y de toros; un magistrado catarroso que saborea lentamente una pechuga de perdiz con el gesto torvo; una cómica que engulle con precipitación para ir al teatro en seguida; un cura; un modesto ciudadano con coleta, que en la plaza no se harta de correr y en la mesa de narrar sus fazañas en otros poblados; mi amigo y yo. Y mis compañeros de una hora me llenan de buen humor; pienso que bien vale la pena aquel comedor de fonda, con aquellos donosos y singulares huéspedes. Y salimos á callejear, naturalmente. Llueve. Refresca el cuerpo de los trotes de un tren cansino, aquel menudo lloviznar; regalan el espíritu aquellas gotas menudas en la claridad de una noche tibia, en que la luna pug-



Tipo de cacereña

na por desgarrar las nubes, saliendo con el empuje. Desde unas callejuelas angostas salimos á la plaza, donde hay un viejo torreón musgoso; nos sorprende gratamente aquel encontronazo, y en el deambular noherniego nos damos cata de que una hilera de gentes marcha en una dirección determinada, ganando una callejuela, que surge de la plaza, cargada de sombras. Hay una animación extraordinaria en la ciudad. Abundan los chalanes, las aldeanas de pañolones vistosos, el señorito de sombrero pavelo, lleno de polvo, con una vara de fresno en la diestra. Entramos en un teatrúcho. El buen pueblo ríe las donosuras de *El amor que pasa*, interpretado por comiquillos de la legua, de voz engolada, gesto enfático y rostro chupado por la anemia.»

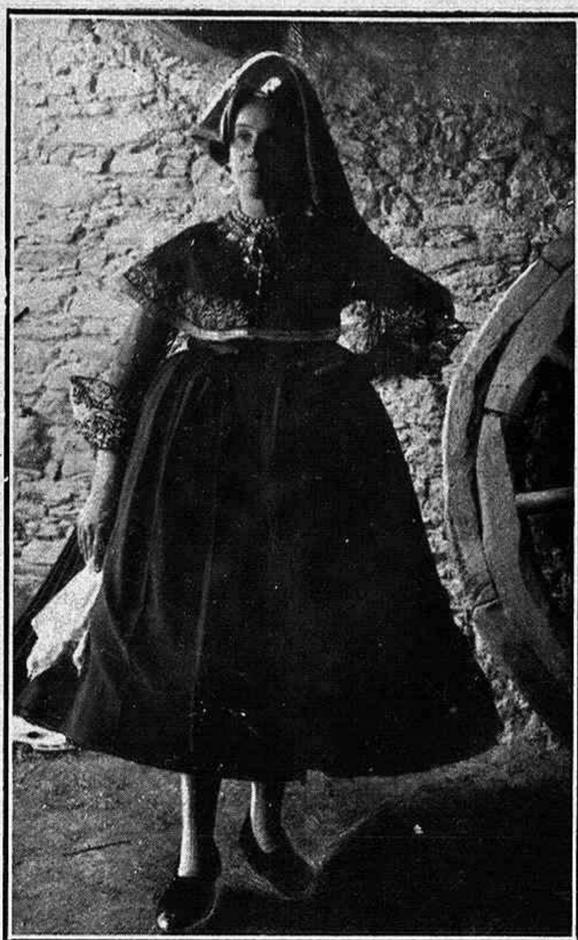
•••••

La ciudad está dividida en dos partes; vieja y nueva. La ciudad nueva, población del siglo XIX, es una de tantas ciudades españolas muertas de tercera clase, con deplorable arquitectura concejil, con las casonas petulantes de los advenedizos, sin gracia, ni belleza, ni gusto.

Pero la parte vieja, la *Castra Cecilia*, con sus recuerdos romanos, con sus vestigios árabes, envuelve y domina á la población de último cuño. Y esta Cáceres, que no ha sido hollada por la plaga de los turistas, ni de los fotógrafos, ni acaso adivinada por la respetable Comisión de Monumentos de la provincia, tiene un viejo sabor clásico. Sabor que no le prestan un monumento notable, una iglesia suntuosa, las piedras mohosas de un palacio histórico, sino el conjunto, el ambiente, la colocación de los elementos arquitectónicos. Salamanca, por ejemplo, ciudad del Renacimiento, con sus espléndidas fachadas platerescas, con sus piedras rojas que enrojecen su anhelo de triunfo al crepúsculo de la tarde, tiene su sabor, su carácter en esta plazuela, la de las Escuelas Menores; su misticismo sombrío y austero, en la Catedral Vieja. Cáceres, no. Cáceres, como Santiago de Galicia, en otro orden de cosas, tiene su alma en toda la ciudad. En las callejas árabes, sucias, estrechas y empinadas, donde sobre un fondo de silencio llegan las voces de unos chiquillos que loquean en la plazuela inmediata; el vals frívolo, que aporrea la muchacha indígena en el piano casero; la voz aguardentosa del narrador de crímenes que vende sus pliegos á los aldeanos, embobados; en el arco de la Estrella, con las almenas musgosas, el altarcito callejero poblado de leyendas, la cruz en lo alto, y, como telón decorativo, las casas ciudadanas donde asoma el castizo portal; en la Enorme Casa Árabe, desconchada, grietosa, con sus balcones altos y la copa de un árbol que se levanta sereno detrás del viejo muro del Alcázar; en la graciosa casa de los Golfines, donde asoma un Renacimiento de buen gusto, sobrio, modificado, entristecido acaso por el influjo del ambiente austero... El alma de Cáceres está en el viejo Palacio Episcopal; en la iglesia de Santa María, de portalón gótico, enclavada en una plazuela, desde donde se vislumbran dos torre-cillas clásicas; en el Instituto... Cáceres no tiene desperdicio, ni piedra ociosa, ni rincón inútil...

•••••

Detengámonos con amor en estas piedras viejas, centenarias; en estas matacanas donde anidan las cigüeñas; en estos palacios de la nobleza regional. Recorrer las calles de Cáceres en la parte alta, cruzar sus callejones, —tan hermosos como



Tipo de cacereña

la clásica *Via delle volte*, de Ferrara—es vivir en pleno siglo XII. Esta parte de la ciudad incrustada en una muralla robusta, á trechos romana, árabe á trechos, que corona el cerro de la población, está defendida por altos torreones, que, á la hora presente, pregonan todavía su magnitud pretérita. Las cinco puertas de la ciudad fueron las de los arcos de Santa Ana, del Cristo, del Socorro, de la Estrella y de Alcántara. Las murallas, los torreones viven recosidos á obras posteriores. El arco de la Estrella, por ejemplo, une la parte vieja al casco nuevo por una escalerilla elegante. Fijémonos en la arquitectura del arco. Abierto en la muralla, une la plaza constitucional, linda plaza castellana, con el interior de la ciudad y con la parroquia de Santa María. De piedra berroqueña es el material del arco. Tiene forma de concha. Sobre su centro, en el templete románico que le sirve de remate, hay una Virgen que dista mucho de ser una joya escultórica.

Y la población antigua es fecunda en encru-



La típica plaza cacereña de San Martín, con los palacios de Mayorazgo, del Obispo y don Miguel Muño Mayoral

jadas, en paredones, en torreones romanos, en casonas deshabitadas, del tiempo de los árabes. Toda ella es un Museo. El palacio de las Veletas, á pesar de sus pegotes y recosidos del siglo XVI, conserva el alma de aquel alcázar, espléndido y cómodo, que levantara Alah-el-Gamí.

El alcázar domina la ciudad muerta y desconocida. Descansa en un algibe. Dicese que es de piedra todo su pavimento. Con la restauración se deformó el edificio. Hoy es casona solariega, con sus tres balcones, sus dos escudos de armas, su portada simple y sus ventanas asimétricas. Y muy cerca el palacio de los Mayorazgo. Su portaluco y su magnífico balconaje del centro, que circunda el escudo heráldico de la casa, son una hermosa página del siglo XVI.

Y en seguida, la iglesia de San Mateo, gótica. Dicese que se levantó sobre el solar de una mezquita; es de una sola nave la iglesia; el arco que sostiene el coro, espléndido. Al lado de la fachada, un castillete.

También la iglesia de Santa María pertenece al casco viejo de la ciudad extremeña. Es más gallarda que la de San Mateo. Tiene tres naves de fábrica gótica. Primoroso el retablo del presbiterio, es de madera de cedro, de acana, de ceceo. No está dorado, por fortuna. Dividido en tres cuerpos, representa la Pasión de Cristo. Por el interior, diseminados, varios panteones. La torre se añadió muchos años después de haberse levantado la iglesia. Y frente á Santa María, la Casa del Obispo. Es uno de los palacios más evocadores de la ciudad. ¿En qué estriba su valor? No lo sé; en el silencio de la plaza, en su austeridad severa, en su sencillez primorosa, en su inutilidad acaso. Porque Cáceres no tiene Obispo.

Ya he dicho que todas estas callejas están almenadas.

Se comunican por multitud de escalones con la ciudad nueva. Las almenas de salientes y anchos aleros, con fachadas negruzcas, con sarracenos ventanucos, con portales de medio punto ó de ojiva árabe, tanto sabor tienen como las callejas toledanas, tanto ambiente de leyenda como la Salamanca de la calle de los Moros y de la calle de Libreros. Algunas callejas, las que llevan del arco de la Estrella al palacio de Torreorgaz, no tienen rivales más que en Mantua, en Rávena ó en Ferrara. La plaza de San Mateo, con su casa del Sol, con su torre de las Cigüeñas, evoca toda la España del Romancero, como puede evocarla el arco de Doña Urraca en Zamora.

La Torre de las Cigüeñas está ruinosa. Inicia un callejón flanqueado por un castillete medieval, de caracol, y por la portalada trasera de la casa de los marqueses del Reino. Un farolillo dormilón ilumina, de noche, la torre vieja, habitada por lechuzas, buhos y murciélagos.

•••••

¿Para qué hablar de la población nueva, lectores? ¿Para qué contaros la suntuosidad de su casino? ¿Para qué fijarnos en esta urbanización concejil de hogaño que, torpemente, va destruyendo la fisonomía cacereña? Estos pueblos debieran estar bajo la salvaguardia de gentes que se tentaran la ropa antes de profanarles. Y Cáceres, á pesar de los pesares, es hoy uno de los ejemplares más bonitos de las ciudades árabes de nuestra España.

José SANCHEZ ROJAS



Abrigo de lanilla inglesa en color ladrillo, sobre blusa blanca y falda del mismo color del abrigo

Vestido de «crêpe marocain» gris perla, con la falda á grandes tablas y guarnición en azul



Vestido deportivo en lanilla inglesa y jersey



Vestido de paseo en «crêpe marocain» azul marino

PARA el próximo invierno, las blusas serán una grata novedad; volverá á estilarse esta prenda, que además de muy bonita es sumamente práctica.

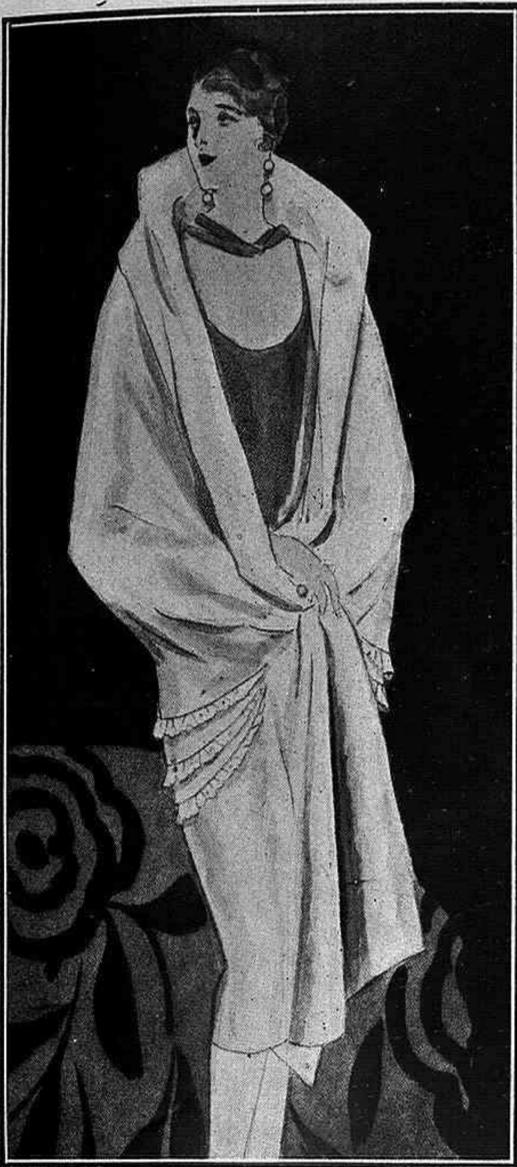
Hay diversidad de formas y estilos, y en cuanto al adorno y al color, son innumerables los aspectos, á cuál más originales y bellos.

Habrán blusas deportivas y de gran fantasía, pues todas son acogidas con igual fervor por parte de los modistos.

Las inspiradas en el estilo ruso son blancas generalmente, de una seda ó lanilla finamente tejida, pero muy consistente, y sus bordados se basan en los temas populares del folklore del país, ofreciéndonos el clásico aspecto de esas

Elegancias

prendas usadas por las campesinas rusas en los días de fiesta. Las blusas de estilo inglés son sumamente sencillas. El raso blanco es el gran aliado de estas encantadoras prendas, cuyas características son las mangas largas y sumamente ceñidas, el cuerpo liso y recto completamente, y una parte delantera formando una especie de chaleco con solapas *smocking* y abotonado con un solo botón. Las telas de camisero se prestan muchísimo á la confección de las blusas femeninas. Algunas son de forma francamente varonil, con cuello y puños como los de «ellos»; pero las más lindas son las que están trabajadas con incrustaciones de la misma tela, invirtiendo el dibujo para que resulte un gracioso adorno.

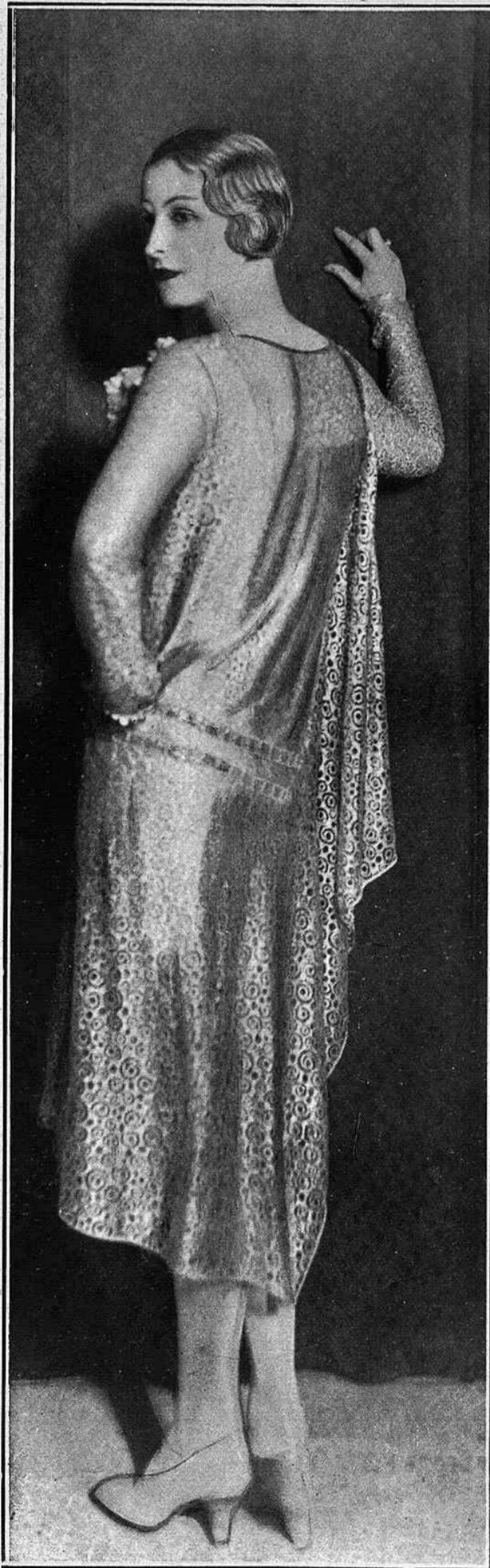


Capa de terciopelo blanco con amplio cuello

Quando el tejido de camisa es liso, de *fil à fil*, por ejemplo, las pecheras de estas blusas van trabajadas con vainicas, con menudos plisados ó con jaretas muy diminutas.

La blusa deportiva es de piqué de hilo, de hilo puro ó de *tricot* de lana muy fino; sus formas son en extremo sencillas, á fin de que puedan ser sometidas constantemente al lavado y á la plancha. Las blusas de fantasía admiten lo exótico hasta lo extraordinario, acogiendo las más delicadas tendencias y los trabajos de lencería más finos.

Hay un modelo cuyo cuerpo es recto, y en la parte de delante el escote forma un óvalo rematado por un estrecho cuellecito de encaje de Venecia.



Vestido de tarde en encaje color ocre
(Fot. Manuel Frères)

Los encajes estrechitos decoran algunas pecheras; otras llevan calados, dejando ver el fondo en colores pálidos ó en negro.

Por regla general, es el blanco el tono predilecto de las blusas para el próximo invierno; hay, sin embargo, excepciones, y algunos modelos son de colores casi estridentes y tienen adornos muy vistosos; pero, á nuestro juicio, los más bonitos, los que tienen un mayor *chic*, son los confeccionados en blanco ó en colores suaves.

El largo de estas nuevas blusas está más abajo del talle, en su sitio normal, y las mangas, sin ninguna excepción, son largas hasta la muñeca.

Acompañanse estas prendas con unas faldas en tonos oscuros, confeccionadas simplemente con tablas ó plegados que disimulan el vuelo, ofreciendo una línea recta; otras son totalmente



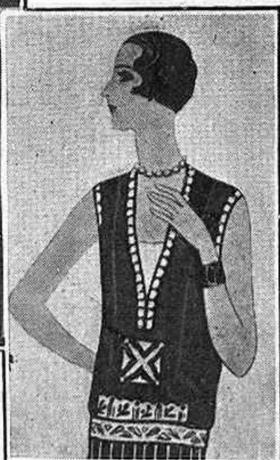
Vestido de «crêpe georgette» blanco con bordado en plata

plisadas con menudos canales, dejando un espacio libre de diez centímetros entre cada grupo de éstos.

Algún que otro tejido rayado ó cuadrulado irrumpe de nuevo en la moda de las faldas, al igual que antaño; veremos si su éxito es firme. Para estas faldas, las lanillas inglesas no tienen rival; su caída es imponderable, y más aún su duración y buen aspecto, pues son tejidos que no se arrugan ni ajan fácilmente.

El *kasha* también se emplea mucho en estas creaciones, y como tejido de fantasía, el *crêpe* romano, el *marocain* ó el *crêpe* de China son los que dominan en el conjunto de las telas brillantes, sin exceso.

ANGELITA NARDI



Dos blusas de última moda



Lindos modelos de blusas



... Y las «mannequins» destacadas de la «Maison» de París, sancta-sanctorum de la Rue de la Paix ó de la Place Vendôme, luchan sobre el hipódromo de Touques, en pro de sus respectivas colecciones...

T O U T - P A R I S E N D E A U V I L L E . . .

QUE todas las gentes más ó menos exóticas á quienes París ha concedido título de notoriedad y carta de naturaleza puedan encontrarse reunidas sobre unas cuantas docenas de sillas, en torno á las mesas de un bar de plaza lugareña, parece cosa imposible; y, sin embargo, esto ocurre en la *Potinière* de Deauville...

Cuando el duque de Morny tuvo el capricho de convertir en *villégiature* mundana un triste pueblo de pescadores y labriegos cobijado entre la duna y el estuario de la Touques, es fama que aquel magnate en cuya sombra desaparecía,

eclipsado, el Emperador, se propuso dar á su playa normanda un carácter muy francés, en oposición con el cosmopolitismo un poco *vastá*, entonces, de Biarritz...

Si Morny pudiera volver al mundo y asomarse á la *Potinière*, maldeciría su obra al contemplar el *tout-Paris* de Deauville constituido por un Aga Khan mongol, un Zographos griego, un Kapurthala indostánico, un Foujita japonés, una Pearl White americana, y en derredor de estas eminencias, crónicas ya, la multitud de todos los continentes y de todas las razas, príncipes y lacayos, grandes damas y pequeñas

aventureras, *gentlemen* auténticos y caballeros de industria no menos acreditados: la horda de Babel, sin otra selección que no sea la del dinero llegado de cualquiera parte y obtenido por cualquier medio...

Deauville es el campamento europeo de los buscadores de oro que tuvieron suerte y de los forzadores de la fortuna; y á la hora solemne del aperitivo hay en la terraza del «Bar del Sol» muchas figuras brillantes que parecen dueñas de toda la luz del cielo y que, por contraste, llevan en su espíritu todas las sombras del infierno...



... Y pasan y giran, ante el público de las tribunas, con movimientos innecesarios, con actitudes injustificadas, buscando el «efecto» según la fórmula contraria a la que el «Bello Brummel» estableció...

¿ Monsieur Poiret y Monsieur Patou, galanes un poco fatigados ya, y la pequeña Madame Jenny y la severa Madame Lanvin, damas jóvenes levemente trasnochadas, también, del tinglado de farsa que es la parisiense frivolidad, se esfuerzan por enseñar elegancia a los metecos millonarios y analfabetos de Deauville... Por elegancia entienden cada uno de estos profesores-comediantes la suya: la de su casa, la de su firma, la de su negocio, en suma...

Y las *mannequins* destacadas de la «Maison» de París, sancta-sanctorum de la Rue de la Paix ó de la Place Vendôme, luchan sobre el hipódromo de la Touques en pro de sus respectivas colecciones con más ardor que lo hacen por los premios de las carreras los caballos y los jockeys; y pasan y giran ante el público de las tribunas con movimientos innecesarios, con actitudes injustificadas, buscando el «efecto» según la fórmula contraria a la que el «Bello Brummel» estableció sin que nadie, luego de él, haya podido mejorarla.

Los metecos, analfabetos del buen gusto llegados del Extremo-Oriente ó del Far-West, contemplan esas evoluciones de las bellas muchachas un poco ambiguas—como «efebos que fueran niñas»—en su inmaterial esbeltez, y admiran ingenuamente la inventiva de este modisto parisiense que viste a sus clientes con tejidos tricolores—azul, blanco y rojo de la enseña nacional—, y así realiza, a su manera, el sueño im-

perialista y primario del latinizante Monsieur de Waleffe: imponer al mundo la ley del mercader francés, por la fuerza de la estupidez que tiene obstinación del buey...

Fin de verano... Tardes brumosas... Noches frías... Las *mannequins* agradecen este anticipo del mal tiempo que les permite exhibir, sin excesivo anacronismo, las colecciones de invierno: abrigos de astrakán, de visón, de chinchilla, con las pieles trabajadas en afán nuevo de quitarles toda apariencia de animalidad primitiva y de hacerles parecer tejidos; y vestidos para el día, logrados con extraordinaria complicación de detalles, de aplicaciones, de incrustaciones, de lo que se llama, en el *argot* técnico de la Plaza de la Opera, *contresens des panneaux d'étoffe*, y podría titularse, más sencillamente, marquetería de la moda; y vestidos para la noche, que son pequeñas armaduras de lama, ó de perlas, ó de cañutillo, con corazas y cotas que refulgen, metálicas é inútilmente hostiles, bajo los senos casi descubiertos en clemencia y aroma de jardín florecido...

Esta «haute-couture», desfilando por los salones del Casino, hace parpadear a los metecos analfabetos del buen gusto... Monsieur de Waleffe atribuye ese parpadeo al genio de Patou ó al talento de Poiret, arte de colocar un trapo sobre una mujer muy hermosa y muy desnuda, y éxito de lograr que todas las mira-

das vayan hacia ese trapo tan bien dispuesto...

•••••

Foujita cruza la playa andando sobre las manos, sin duda para reservar los pies al empleo de su pincel, cada día menos sincero...

Rosie Dolly, separada de la que parecía su inseparable hermana gemela Jenny Dolly, tira por la ventana de sus antojos los millones de dólares legados por su suegro: aquel buen sir Mortimer Davis que, ante el umbral de la muerte, tuvo un recuerdo generoso y una sonrisa de indulgencia para la bailarina desnuda, entrada en su familia de una manera imprevista con el ímpetu y la gracia de una pirueta atrevida...

Miss Dora Duby danza sobre la arena, y su hoja de parra es un *maillot* cubierto de escamas azules. Miss Dora es, en los rayos del sol, una estatua de oro, bronce y marfil: estatua que melancoliza al Aga Khan nostálgico de un mercado de esclavas...

«Todo-París» en Deauville... Todo el París de Asia, de Africa, de América y de Oceanía... Todo el París del que, en vano, quiso huir aquel gigantesco «Nabab» inmortalizado por Alfonso Daudet, aquel duque de Morny en cuya sombra desaparecía, eclipsado, un pequeño emperador...

ANTONIO G. DE LINARES

Deauville, 1928.

LA ELECCIÓN DE CARRERA

EL PROBLEMA DE LA ORIENTACIÓN PROFESIONAL

SEPTIEMBRE trágico! El noveno mes del año es, efectivamente, el mes en que se inicia el mayor número de tragedias; es el mes en que millares de muchachos fijan definitivamente su destino ulterior; el mes en que se deciden, de un modo apremiante ya, por una profesión determinada.

Esa elección pesará después constantemente sobre la vida de esos hombres; será para ellos la fatalidad inexorable que producía en la tragedia clásica las catástrofes más horribles y produce en la existencia contemporánea otras más horribles aún, aunque más silenciosas y menos espectaculares: la tragedia constante del hombre que equivoca su camino y se da cuenta de ello cuando ya no puede retroceder.

Clarín dijo, con pleno acierto, que el día más feliz en la vida del hombre es aquél en que descubre su verdadera vocación; á los quince años, cuando los muchachos españoles dejan el Instituto para emprender estudios más definitivamente profesionales, es muy difícil que ese día haya llegado aún. Es la vida misma, extensa é intensa, la que puede hacerle surgir; y á los quince años, aun en estos tiempos de precocidades estupefacientes, no ha vivido aún bastante para poder orientar su vida futura.

Por si eso fuera poco, lo que la realidad no puede darlos con su austera veracidad, se lo ofrece pródigamente la fantasía con sus falacias; juzgan todo lo más por el aspecto exterior de las cosas. No penetran en lo hondo de las diversas existencias; en el fondo amargo de que ninguna carece y no todas logran siquiera disfrazar.

Hay, evidentemente, guías, y alguna muy buena, para la elección de profesiones; y hay, además, como elemento directivo, la experiencia de la familia; pero nada de eso basta; y no basta por una razón fundamental: porque ninguno de esos orientadores mira el problema en toda su integridad; ambos atien-

den preferentemente al aspecto económico, á los beneficios posibles, no siempre probables, que una profesión determinada puede producir. Entre nosotros al menos, no suelen reparar en la necesidad de adaptación del hombre á su em-

La *selección profesional* dice á los capitalistas si un individuo es ó no apto para un empleo determinado; la *orientación profesional* dice á un individuo si tiene condiciones para una determinada función; le pone rápidamente en el día feliz de que habló el gran crítico, y le evita el peso trágico de la fatalidad de una mala elección gravitando pertinazmente sobre el resto de su vida.

Por todas partes han surgido laboratorios orientadores donde, tras de estudios minuciosos y detenidos, encaminados á determinar las características de los individuos que lograron mejores éxitos en cada profesión determinada, se comprueba si el individuo que se somete al análisis tiene ó no esas condiciones fundamentales.

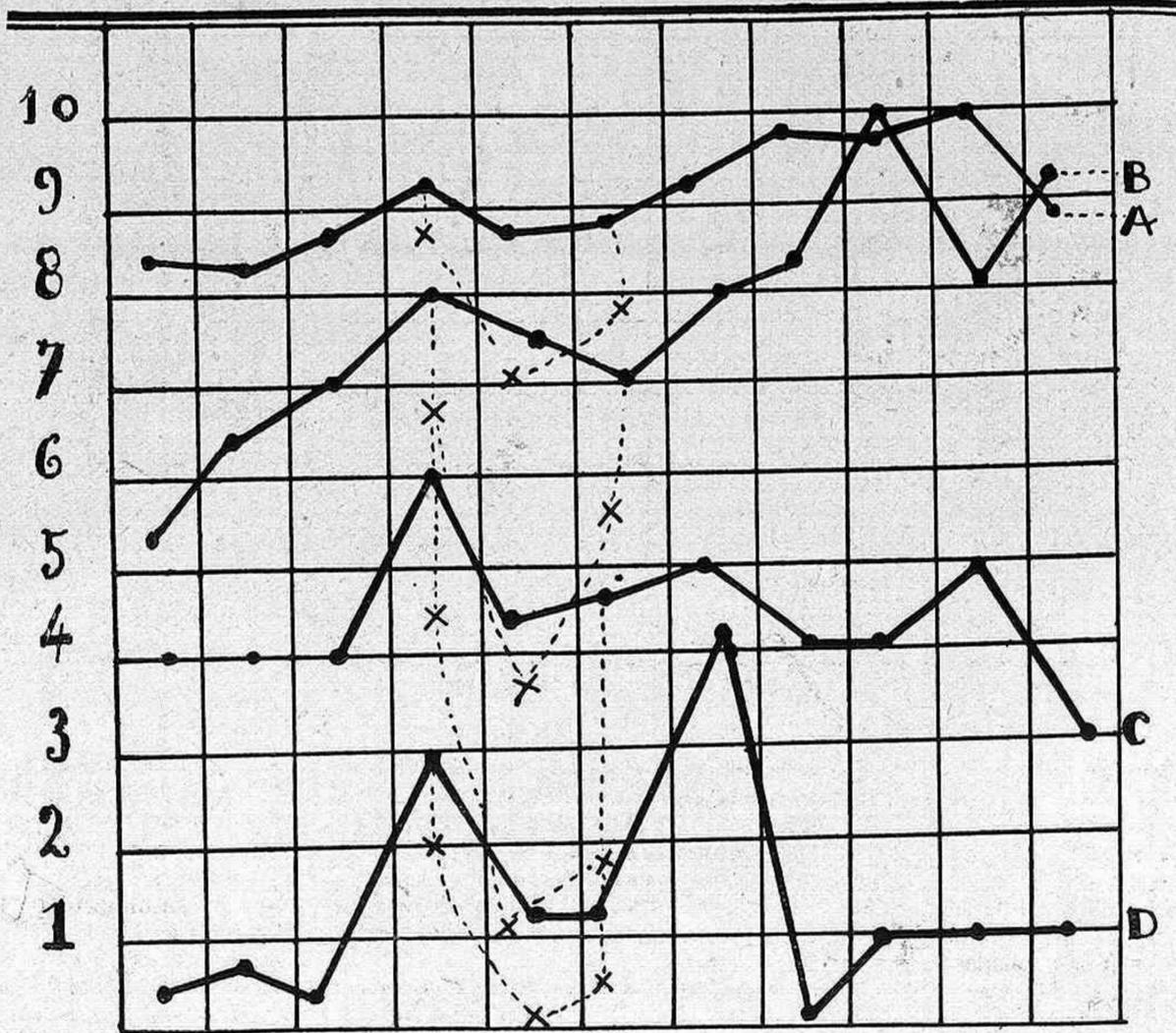
Cierto que la labor no es aún completa; que el estudio previo de las diversas profesiones no está aún hecho con toda la cantidad de observaciones diversas, y cierto también que falta el estudio, más minucioso y lento aún, de cómo evolucionaron esas diversas condiciones que

pleo, y así continúa siendo una gran verdad aquello de

«Río y lloro cuando veo tantos hombres sin empleo, tantos empleos sin hombre.»

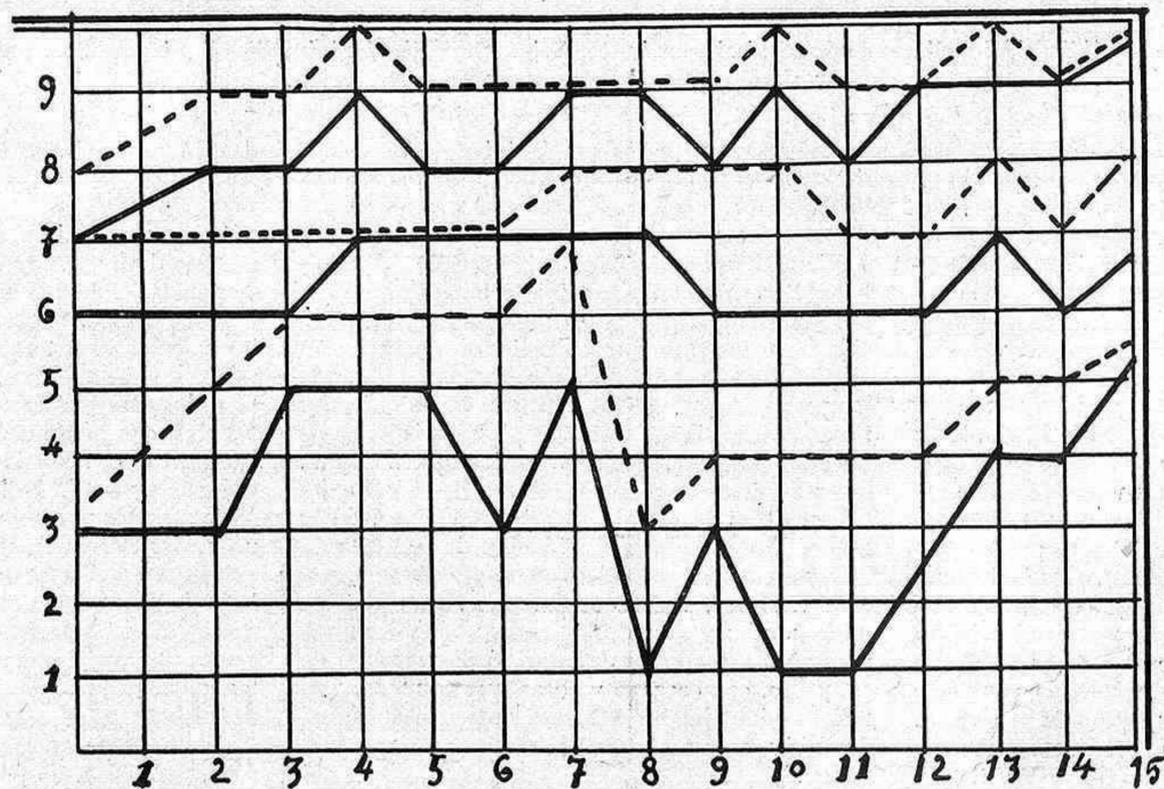
Fuera de nuestro país, hace ya tiempo que se inició el camino contrario: el aspecto económico del problema sigue interesando, naturalmente; pero no se concibe la producción favorable de una profesión, salvo las de escala muy rigurosamente cerrada, que no suelen ser, ni con mucho, las más productivas, y, además, desaparecen ya de todos los países progresivos; sino dependiendo en una gran parte de la más perfecta adaptación del individuo á su función social.

Por eso, al lado del problema técnico de la *selección profesional*, nacido con un fin utilitario preferentemente social, y de que ya habló LA ESFERA no hace mucho, surgió casi inmediatamente el problema de la *orientación profesional*, cuyo fin utilitario es más marcadamente individual.



PERFILES PSICOLÓGICOS DE ENFERMOS MENTALES (ROSSOLIMO)

Los diversos puntos, de izquierda á derecha, representan los niveles á que alcanzan la atención, la voluntad, la adquisividad de conocimientos, la memoria visual, la auditiva, la de nombres, la comprensión, la ingeniosidad, la imaginación y el espíritu de observación.—Las líneas perfiles señaladas con las letras A, B, C, D, corresponden á sujetos de mentalidades respectivamente correspondientes á estados diversos de un parálitico general



PERFILES PSICOLÓGICOS DE NIÑOS BELGAS, NORMALES, DE DIVERSAS EDADES (VERMEYLEN)

Los diversos puntos, de izquierda á derecha, son niveles de atención (1-2), memoria (3-4-5), imaginación elemental, asociación, comprensión, juicio, razonamiento, análisis, abstracción, imaginación, habilidad manual y poder combinatorio.—Las líneas, de abajo á arriba, son perfiles medios de niños de 6, 7, 8, 9, 10 y 11 años, respectivamente.—La inferior contrasta, por su irregularidad, con la superior, que muestra ya un cierto equilibrio mental

dan el triunfo, para llegar á ser como las encontramos en los elegidos; pero con lo hecho hay ya bastante para que la elección de carrera constituya hoy un problema técnico resuelto en lo fundamental.

No hay modo de detallar aquí los métodos, que constituyen una ciencia muy amplia y compleja, mediante los cuales se llega á esas determinaciones; pero sin entrar de lleno en el detalle de ellos, y limitándonos al campo puramente mental, dejando á un lado los caracteres, las tendencias y la afectividad, que tanto influyen en los éxitos sociales, podemos mostrar de qué modo se diferencian, mediante los llamados perfiles psicológicos, los diversos tipos humanos y consiguientemente los diversos tipos profesionales.

Un perfil psicológico no es sino una línea quebrada que va uniendo puntos situados sobre una cuadrícula (sistema de coordenadas, dicen los técnicos), que representan el nivel de las diversas funciones mentales en el sujeto examinado, ó, por término medio, en grupos de individuos profesionalmente selectos.

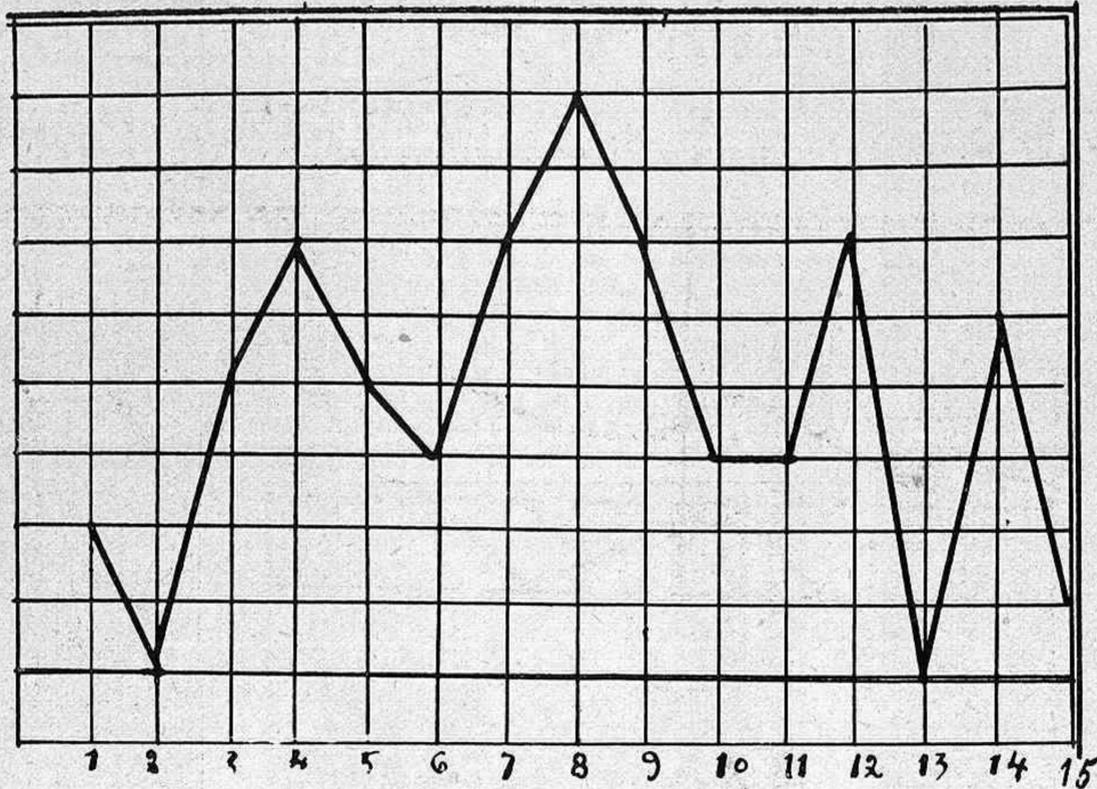
Fundamentalmente se mide, por procedimientos diversos de probada eficacia en psicología experimental, las funciones psíquicas consideradas como fundamentales; pero tratándose de orientación profesional, se miden además, y más cuidadosamente si cabe, las que pueden ser consideradas como más necesarias para una función profesional determinada.

Así, en el laboratorio de orientación profesional de Utrech se llega á la medición exacta de 120 funciones psíquicas distintas. En realidad, son aspectos distintos de las funciones capitales; así, por ejemplo, se hace una verdadera «diseción» de la memoria y se hace la medida de los diversos aspectos y modalidades de ella, llegando á una minuciosa diferenciación.

En el esquema de Rossolimo aparecen ya cuatro modalidades diferentes de memoria (fig. 1.^a) y en el de Vermeyley (figura 2.^a), tres.

No hay, por otra parte, coincidencia entre ellas: las unas atienden al excitante que determinará el recuerdo. Las otras, á la forma de éste, es decir, á las maneras de recordar.

En un perfil muy detallado, esas siete formas podrían figurar simultáneamente, y además, si se trataba de un perfil para orientación profesional, habrían de figurar, como figuran en los esquemas de Utrech, otras muchas formas de la misma función de recordar. La atención puede igualmente ser medida atendiendo á puntos de vista muy diversos; en el esquema de Vermeyley hay dos de esas modalidades, como hay dos medidas diversas de la imaginación que realmente corresponden á estados evolutivos distintos, pero posiblemente coexistentes.



PERFIL DE UN DELINCUENTE MADRILEÑO DE CATORCE AÑOS (Colección A. GONZALEZ)
Los puntos tienen la misma significación que en los perfiles de Vermeyley. Obsérvese la irregularidad claramente representativa de desequilibrio mental

Los perfiles, en relación con la evolución psíquica de los sujetos, tienen una gran importancia pedagógica. Sólo ellos pueden decir al maestro de qué actividades psíquicas del niño puede servirse en cada momento de la vida escolar, y sólo ellos pueden decir en qué se diferencia un niño determinado del tipo general á que corresponden los demás.

En Medicina tienen también extraordinario valor, singularmente en enfermedades de tipo demencial, en que la mentalidad del sujeto va degradándose y en que, consiguientemente, su perfil inicial—que no en todos los casos es dado conocer—va descendiendo en el esquema; determinando así los efectos de la enfermedad y pudiendo servir para valorar los efectos del tratamiento, que si es eficaz contiene ese descenso, porque contiene la marcha de la dolencia.

Desgraciadamente, ni en Pedagogía ni en Medicina tienen aún esos métodos, salvo en países muy adelantados, la boga que merecen. La evaluación de los síntomas psíquicos no sólo en las

men, se puede clasificar á ese sujeto como apto ó inepto para una determinada profesión; como atravesando un determinado ciclo patológico, etc., etc.

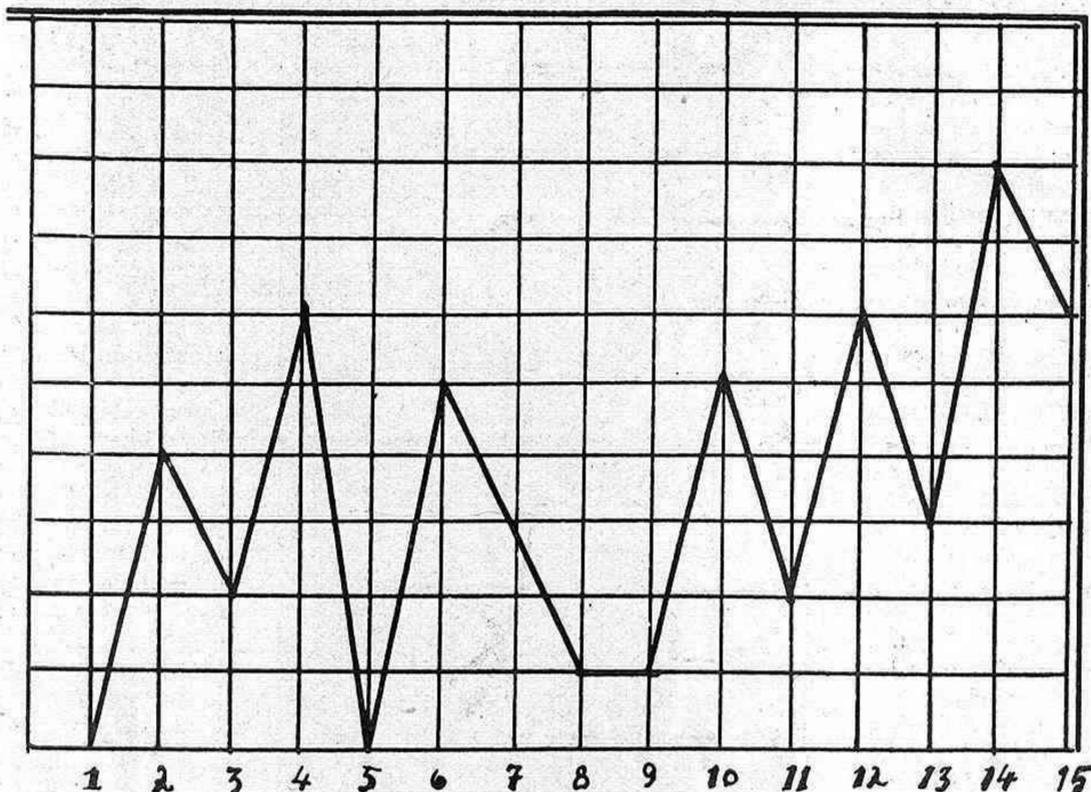
Las mejores colecciones de esos perfiles tipos para lo patológico son las formadas por el famoso psiquiatra ruso Rossolimo, inventor del método de los perfiles; para tipos de mentalidades distintas en relación con la evolución psíquica, los de Vermeyley, modificador del método con aplicación preferentemente pedagógica. Los mejores perfiles profesionales son los reunidos en la Oficina de orientación profesional de Utrech, que dirige un jesuita de la mayor autoridad técnica, el padre Heinicke, cuyos trazados tienen la particularidad de estar hechos no sobre cuadrícula rectilínea, sino sobre una serie de circunferencias concéntricas. Los perfiles conseguidos en Utrech son también los más minuciosos, porque examinan mayor número de funciones (120) que todos los demás.

En España ha publicado perfiles de delincuentes, sobre todo de delincuentes jóvenes, Anselmo González, y sus trabajos han tenido recientemente confirmación en Bélgica en perfiles de tipo análogo obtenidos por uno de los discípulos de Vermeyley.

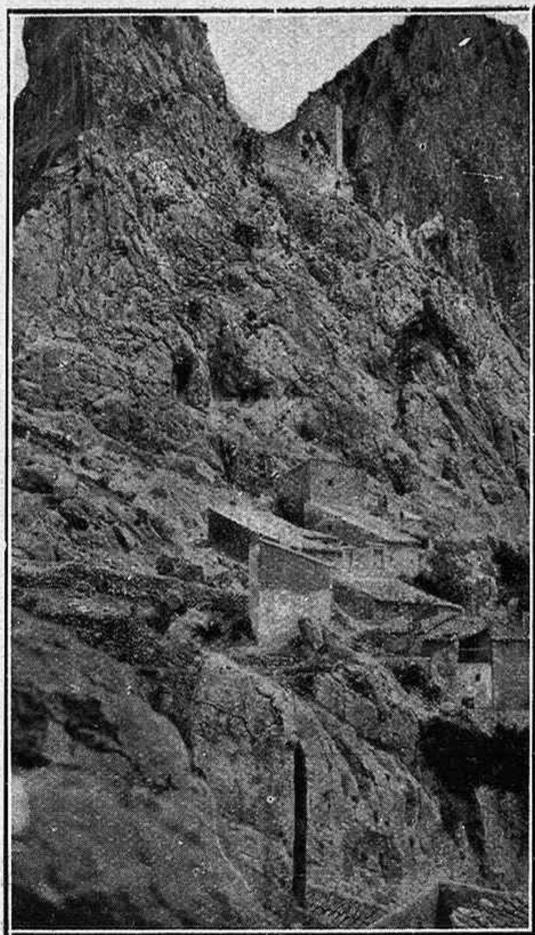
Los resultados conseguidos ya por los laboratorios de orientación profesional invitan á pedir su creación en todas partes y á propagar sus amplísimas posibilidades.

Esta labor la realizan ya muy activamente los países más avanzados. En nuestra patria, desgraciadamente, la propaganda es aún más indispensable, porque, en realidad, sólo funcionan dos laboratorios: el de Barcelona y el municipal de Madrid

El Ministerio del Trabajo los ha incluido en su amplio programa de educación técnica. Confiamos en que al fin llegará á tener, esa aplicación de la Psicología moderna, el mismo desarrollo y alcance en nuestro país que en los extranjeros.



PERFIL MENTAL DE UN PARRICIDA CONDENADO A MUERTE EN MADRID E INDULTADO DESPUES
Obsérvese que el nivel medio de las diversas funciones corresponde á la mentalidad de un niño de seis á siete años. Es, asimismo, muy marcada la irregularidad. Los puntos elevados tienen una significación especial que no mejora el diagnóstico



Castillo y caserío de Tiscar (Quesada)

ESTÁ, como sabemos, Tiscar en el camino de las acometidas musulmanas, contra Ubeda y Baeza y todo el reino de Jaén. Hoy no vienen á combatir bajo la Peña Negra sino millares de romeros que el día 8 de Septiembre llegan á congregarse un formidable ejército con su estado mayor, sus tambores y sus charangas, su impedimenta y su tren de abastecimientos. El resto del año acuden, por Quesada—la villa más próxima—algunos fieles y algunos turistas, muchos menos de lo que merece la hermosura de este maravilloso rincón. Del otro lado, por Baza y Pozo Alcón, mirando á la Andalucía granadina, vienen también á cumplir votos y penitencias, á pie, descalzos, gentes de otros lugares; pero los autos tienen que detenerse muy lejos. Es lugar conocido de la devoción regional, y sin el santuario pocas personas vendrían á contemplar la soledad abrupta del castillo de Tiscar.

Saliendo de Quesada, bordeando y dejando atrás el cerro de la Magdalena, sube el camino de Tiscar aguas arriba del riachuelo que toma el nombre de aquella villa histórica. Marcha primero entre olivares. Luego empieza á levantarse á mano derecha de la carretera el monte bravo con peñascales, mientras del otro lado un delicioso valle de olivos, huertos y caseríos va acompañándonos, por todas las revueltas del viaje, hasta los primeros riscos en que se alza la «Atalaya de Don Enrique». Entre estos cortijos del tipo clásico en toda Andalucía hay algunos modernos, avanzadas de la civilización ciudadana—pase la redundancia—en plena Sierra, cortijos que soportan satisfactoriamente las dos pruebas más duras á que pueden someterse estas creaciones artificiales: la biblioteca y el jardín. Yo quiero corresponder aquí á la amable acogida de D. Pedro Villar, que ha sabido rodearse de un ambiente grato, armonizando bajo el techo familiar lo mejor de la ciudad y lo mejor del campo. Luego asoma la carretera frente á lo alto del puerto y empieza á destacarse la peña del castillo en el agujero de Tiscar. Ese hueco que nos descubre tanto cielo, esa dentellada en las rocas, parece como si se la hubieran labrado, no las aguas, sino los vientos. El agua tiene aquí mucha labor; ha creado el valle; ha dejado en el corazón de estos montes unas grutas de cuento de hadas: la cueva del Agua, la cueva de los Abades; surte las fuentes con frondosas alamedas alrededor; lanza, peñas abajo, regatos y arroyuelos que van al Guadiana chico para engrandecer el Guadalquivir. Pero el viento es quien ha roto la muralla de piedra, labrándola y dándole ese terrible

Itinerarios españoles

Tiscar y el santuario

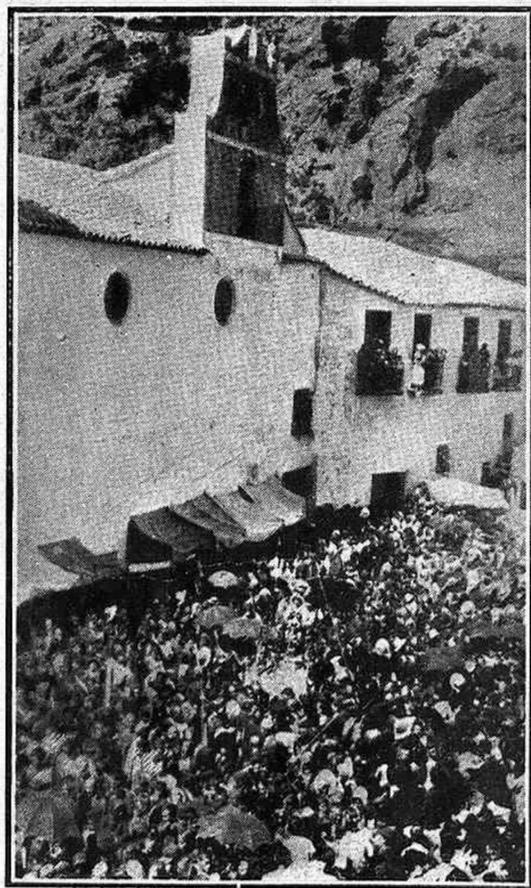
aspecto de campo de batalla geológica. El viento es quien envía inesperadamente esas nubes que caen por encima de Peña Negra y estallan como en una gran ofensiva celeste contra la pecadora tierra.

Decir «tierra» aquí es dar al mundo una blandura que no tiene. Todo esto es peña viva, con aristas hirientes, masas ceñudas, hostiles. ¡Buen

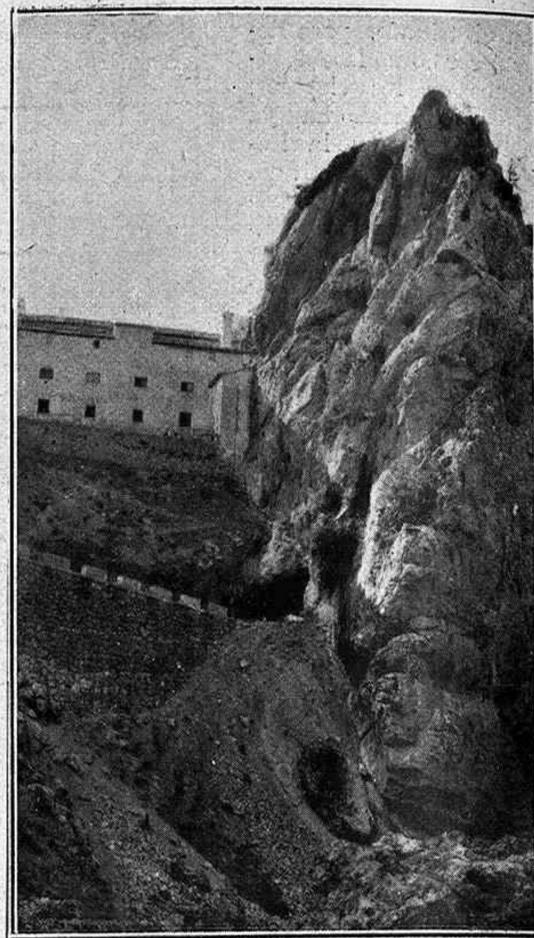


La Virgen del Camarín, hermosa talla del siglo XVI

paisaje de reconquista! La tierra está entre estos picachos y el macizo de Sierra Nevada que asoma al término de la extensa llanura de Huelma y de Guadix. Parece cielo, de blanda y suave que es, comparada con la rudeza del primer término. Los pinares que ahora llegan, dando la vuelta desde la Sierra de Cazorla, tratan, en vano, de dulcificar un poco estas cumbres, por donde imaginamos ver, entre los matorros, bri-



A la puerta del Santuario, en plena romería



La casa de la Virgen y el túnel, en Tiscar (Quesada)

llo siniestro de cascos y de espadas medievales y un avance de montañeses guerrilleros al asalto con el cuchillo—ó el alfanje—entre los dientes.

Aquí están como testimonio los restos ya casi pulverizados del castillo de Tiscar. Queda una torre. Y algunos muros derruidos asoman todavía alrededor de lo que fué recinto del poblado fronterizo. Véase, según refiere la *Crónica de Alfonso XI*, cómo se ganó el castillo de Tiscar en 1319. (Recojo la cita del trabajo de Juan de Mata Carriazo: *La atalaya de Tiscar y el infante don Enrique*): «Fuese luego el Infante don Pedro para Sevilla e fizo facer muchos picos, et labró y quatro ingenios, et fizolos cargar et llevar á Córdoba. E dende fuese para Ubeda, et llegaron y á él los maestros de Santiago et de Calatrava, et el de Alcántara et los arzobispos de Toledo et Sevilla; et acordó luego, et dixo que quería ir cercar á Tiscar, que era la mas fuerte cosa que tenían los moros, que era señor de ella Mohamed Haudon. Et desde allá llegó, et la vió, fué mucho espantado de quan fuerte era el magüer que cada día le combatía con engaños, et los caballeros todos le combatían de pie, tan fuerte era que no le podían entrar. Pero en cabo quiso Dios que un ome muy pequeño que decían Pero Hidalgo, que era del maestre de Calatrava, subió de noche por mandado del Infante don Pedro, en una peña, que decían la peña Negra, que estaba sobre la villa cerca del castillo, que era una de las fortalezas que y avia; et que la estaban guardando diez moros; et subió suso con pocos omes que con él iban, sabado, vispera de cincuesma; et quando amanesció recudió con los moros que le velabant, et matolos, et tomó la peña et apoderose de ella. Et quando esto vió el Infante don Pedro, mandó armar toda la gente de su hueste et fizo combatir toda la villa, et entrole luego por fuerza. Et el moro señor de la villa que decían Haudon, desde vió perdida la peña et que la afincaba mucho á do estaba en el castillo movió pleytesía al Infante don Pedro que le dexase salir á él et á todos los otros moros con todo lo suyo, et que le dexaria el castillo. Et como quiera que el infante don Pedro la pudiera tomar por fuerza, pero por non se detener y óvolo de facer; et los moros salieron e fueron quatro mil et quinientas personas, et púsolos en salvo fasta Baza.»

Hoy, lo que fué villa de Tiscar es un minúsculo poblado que vive del milagro del monte y de los milagros de la ermita santuario. Todo conserva, sin embargo, su ambiente de gesta guerrera.

LUIS BELLO



El grato deber de
todas las mañanas:

¡limpiarse los
dientes con

PASTA DENS!

La persona cuidadosa conoce
bien los beneficios de esa
práctica higiénica.

Inofensiva y eficaz, la
Pasta Dens limpia el esmalte
dental con la suavidad de
una esponja, sin atacarlo ni
rayarlo. Desinfecta la boca.
Perfuma el aliento.

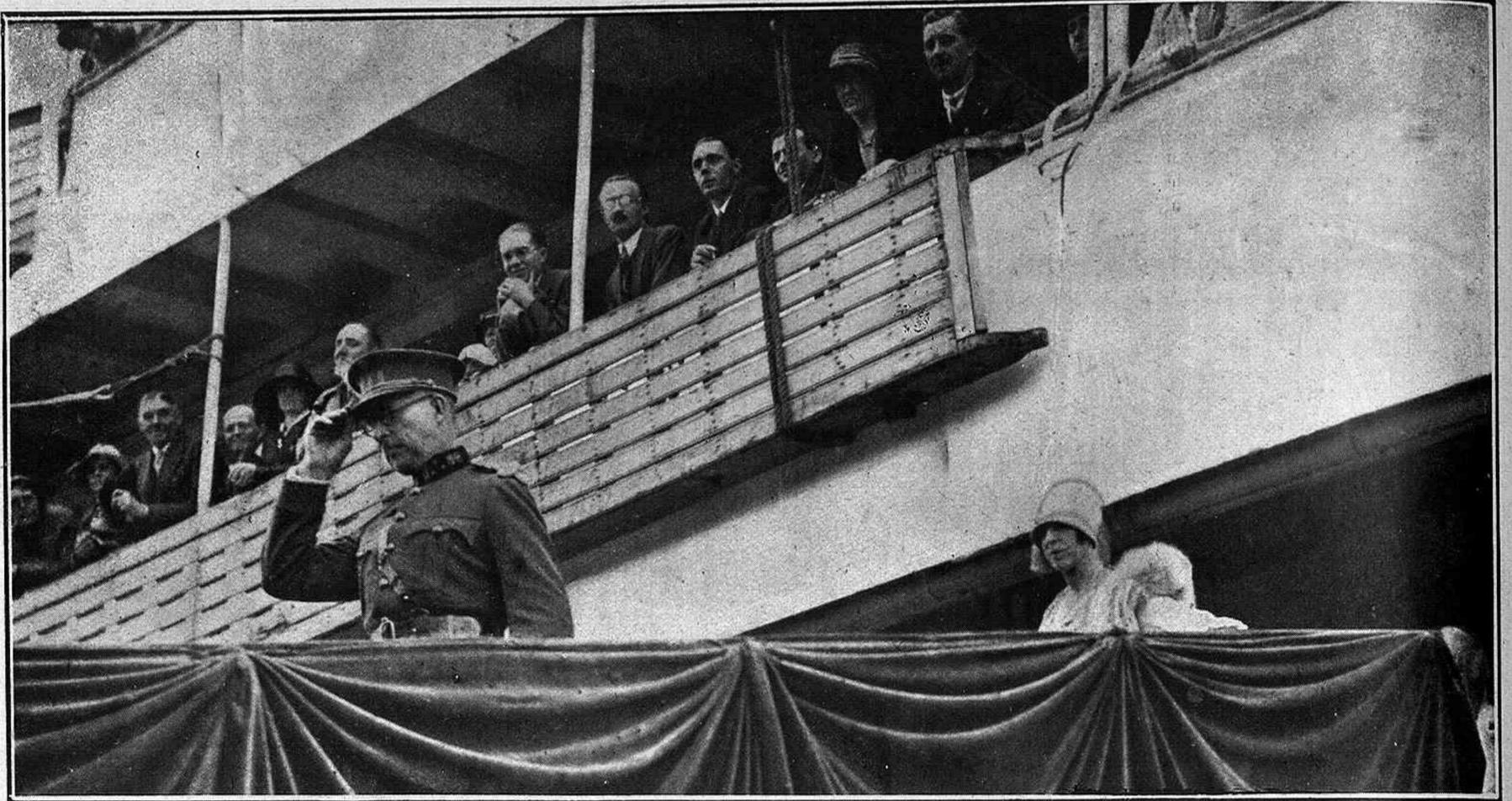
Tubo grande, 2 ptas.; pequeño, 1,25
en toda España.

El impuesto del Timbre a cargo del comprador.

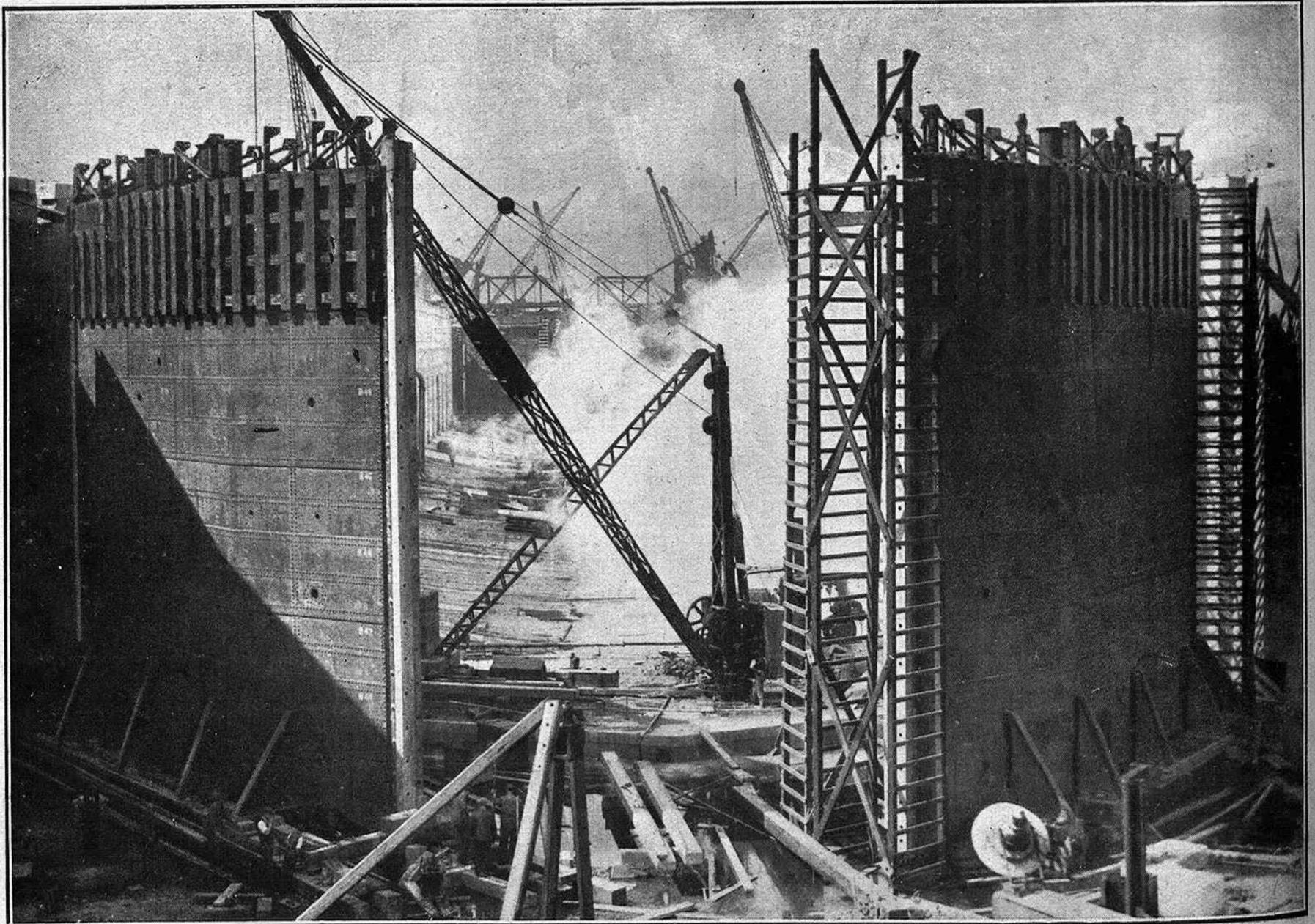
Recomendamos el cepillo aséptico VICTORIA, con
cerdas cortadas en bisel, fabricado exclusivamente para
nosotros por la Casa Kent de Londres. Pesetas 3.

PERFUMERÍA GAL. - MADRID

Los Reyes de Bélgica, en su país ✧ *El mayor dique del mundo*



Amberes.—El Rey de Bélgica, seguido de su augusta esposa, desembarcando en el puerto de Amberes, á su regreso de la larga excursión al Congo belga, que ha constituido para los Soberanos una ininterrumpida adhesión entusiasta de sus súbditos



Tilbury.—Aspecto de las obras del nuevo dique que se construye en Tilbury (Inglaterra), cuya obra, una vez terminada, será la más grande del mundo en su clase, capaz para alojar á los mayores trasatlánticos construídos

(Fots. Ortiz y Agencia Gráfica)